

Club DEL MISTERIO

Rex Stout
**CUANDO
SUENA
EL TIMBRE**

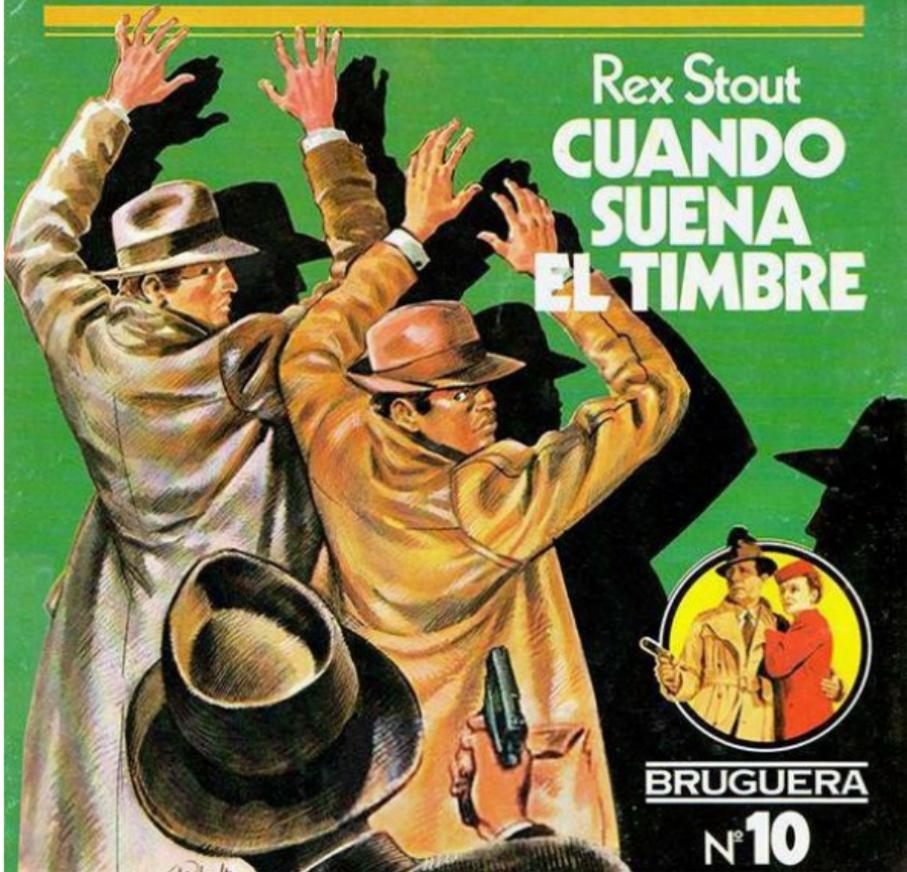


BRUGUERA

Nº 10

Club DEL MISTERIO

Rex Stout
**CUANDO
SUENA
EL TIMBRE**



BRUGUERA

Nº 10

CUANDO SUENA EL TIMBRE

Rex Stout



Título original: THE DOORBELL

RANG

**1.^a edición en Club del Misterio:
julio, 1981**

**La presente edición es propiedad
de Editorial Bruguera, S. A.**

**Camps y Fabrés, 5. Barcelona
(España)**

**Edición original: © 1965 by Rex
Stout**

**Traducción: © Editorial Molino —
Barcelona**

Ilustraciones: Edmundo Fernández

Cubierta: Isidre Monés

**Diseño de colección: Soulé—
Spagnuolo**

Printed in Spain

ISBN 84-02-08090-1 Depósito

legal: B 20.901 — 1981

**Impreso en los Talleres Gráficos
de Editorial Bruguera, S. A.**

**Carret. Nacional 152, km. 21,650.
Parets del Vallès (Barcelona) - 1981**

RESEÑA

Rex Stout

CUANDO SUENA EL TIMBRE

El asesino había dejado el cadáver, pero se había llevado la bala. Todas las pistas habían quedado borradas. Para colmo, el F. B. I. estaba en el ajo, con sus escuchas electrónicas y esos mil aparatos que obligaban a Nero Wolfe a vivir en condiciones insoportables. Aquello tenía que acabar. ¿Wolfe trabajando en un

cuartucho, hablando en susurros y con el televisor en marcha para no ser oído? Intolerable: caiga quien caiga, pese a quien pese, la normalidad ha de volver, pero para ello es preciso descubrir al criminal.



En la foto: Edward Arnold es Nero Wolfe, Lionel Stander es su ayudante Archie, Victor Jory y Joan Perry en el film. *Meet Wero Wolfe*, 1936.

1



Puesto que resultaba ser el factor decisivo, lo mejor que puedo hacer es describirlo. Tratábase de una tira de

papel rosado de unos siete centímetros de ancho y dieciocho de largo. Se decía en el texto que el First National City Bank pagaría cien mil dólares a la orden de Nero Wolfe. Firmado: Rachel Bruner. El papel se encontraba sobre la mesa de Wolfe, en el mismo sitio en que lo había colocado la señora Bruner. Una vez hecho esto, ella había vuelto a sentarse en el sillón tapizado en cuero rojo.

Hacía media hora que estaba allí, desde las seis y cinco minutos. Como su secretaria había telefonado pidiendo hora para una entrevista noventa minutos antes, no había habido tiempo material para realizar averiguaciones sobre su persona. Ya era bastante que supiéramos

que era la viuda y heredera de Lloyd Bruner. De la docena de edificios Bruner, con más de doce pisos cada uno, ocho, por lo menos, habían ido a parar a sus manos. Uno de ellos podía divisarse desde cualquier punto de la ciudad, norte, sur, este y oeste. En realidad, nos había bastado con telefonar a Lon Cohén, de la *Gazette*, preguntándole si disponía de alguna información no publicable acerca de una persona apellidada Bruner. Sin embargo, hice otro par de llamadas más. Me puse al habla, por ejemplo, con el vicepresidente de nuestro banco y con Nathaniel Parker, el abogado. No saqué nada en limpio, excepto que el primero

comentó:

— ¡Oh...! Es raro, chocante...

Luego guardó silencio.

Le pregunté a qué se refería.

—No tiene importancia, verdaderamente. El señor Abernathy, nuestro presidente, recibió un libro enviado por ella...

—¿Qué clase de libro?

—Pues..., no, no recuerdo. Disculpe, señor Goodwin. Estoy muy ocupado.

No logré más informes. Cuando tocaron el timbre de la casa de fachada color pardo rojizo de la calle Treinta y Cinco Oeste, yo atendí la llamada. La invité a pasar al despacho. Una vez que

se hubo sentado en el sillón rojo, dejó su abrigo de piel de marta cebellina en el sofá. Luego, me acomodé ante mi mesa. Aquella mujer era demasiado baja y gruesa para merecer el calificativo de elegante, pese a su vestido modelo Dior. La cara resultaba también excesivamente redonda. En cambio, no había nada que objetar a aquellos ojos castaños que observaban atentamente a Wolfe en el instante de preguntarle si era necesario explicarle quién era.

Él la estaba mirando sin el menor entusiasmo. Sucedía algo malo. Acababa de comenzar un nuevo año y todo parecía indicar que no tendría más remedio que entregarse al trabajo. En

los meses de noviembre y diciembre, cuando Wolfe quedaba incluido en un apartado de la ley sobre la renta que significaba la pérdida de tres cuartos — más, probablemente— de cualquier ingreso adicional, la negativa ante nuevas ofertas de labor era automática. Pero el mes de enero era otra cosa. Y estábamos a cinco de enero. Y aquella mujer disponía de muchos medios. A Nero no le agradaba mucho la cosa, de todas formas.

—El señor Goodwin ha citado su apellido —replicó fríamente—, y yo leo los periódicos.

Ella asintió.

—Lo sé. Sé mucho sobre usted. Por

eso ahora estoy aquí. Deseo que usted haga algo que otro hombre, quizá, no podría hacer. Usted lee libros también. ¿Ha leído uno titulado *El FBI que nadie conoce*?

—Sí.

—Entonces no necesito añadir nada.

¿Le impresionó esa obra?

—Sí.

—¿Favorablemente?

—Sí.

—¡Dios mío! ¡Qué lacónico es usted!

—He contestado sus preguntas, señora.

—Ya lo he advertido. Yo también puedo ser lacónica, si quiero. A mí

también me impresionó la lectura de ese libro, al punto que compré diez mil ejemplares y los envié a otras tantas personas del país.

—¿De veras?

Una de las cejas de Wolfe se había alzado levemente.

—Sí. Envié esos ejemplares a los miembros del gabinete gubernamental, a los tribunales supremos, a los gobernadores de todos los estados, a senadores y representantes, a los miembros de las legislaturas, editores de revistas y diarios, jefes de corporaciones y bancos, locutores de radio, columnistas, fiscales, profesores... y otros. ¡Ah, sí! A los jefes

de policía también. ¿Debo explicar por qué lo hice?

—No tiene por qué explicarme nada.

Hubo como un centelleo en los ojos de color castaño oscuro.

—No me agrada el tono que emplea usted al hablar. Yo deseo encargarle un trabajo y le pagaré el máximo y aún más. No hay límite, prácticamente. Pero, bueno, no vale la pena seguir, a menos que... Usted me ha dicho que el libro le impresionó favorablemente. ¿Está de acuerdo con la opinión del autor sobre el FBI?

—Excluyendo detalles de escasa importancia, sí.

—¿También con lo que afirma de J.

Edgar Hoover?

—Sí.

—Entonces no le causará sorpresa saber que me están siguiendo a todas partes día y noche. Me creo vigilada, de verdad. Lo mismo ocurre con mi hijo y mi hija, con mi secretaria, con mi hermano. Mis teléfonos están controlados. Mi hijo piensa lo mismo con respecto a los suyos... Está casado y vive en un apartamento. Varios empleados de la Bruner Corporation han sido interrogados. La firma ocupa dos plantas del Edificio Bruner, en las que trabajan más de cien empleados. ¿Le sorprende o no le sorprende eso?

—No —gruñó Wolfe—. ¿Envió

usted cartas junto con los libros?

—Nada de cartas. Una tarjeta mía con unas breves palabras.

—Pues entonces no debiera usted sentirse extrañada.

—Pues lo estoy. Lo estaba. Yo no soy miembro del Congreso, ni editor de un periódico, ni locutor o profesor... Estas son personas que tienen un empleo del cual han de vivir. No pueden permitirse el lujo de perderlo. ¿Cree que esa institución megalómana me está perjudicando?

—Podría ser.

—No. Me está solamente molestando. Varios de mis asociados y amigos han sido interrogados...

Discretamente, desde luego. Se han alegado excusas, ¡no faltaba más! Todo empezó hace un par de semanas. Y hace diez días me intervinieron los teléfonos. Mis abogados afirman que lo más probable es que no haya forma de detener la cosa, pero están considerando la cuestión. Constituyen una de las firmas más importantes de Nueva York y, sin embargo, ¡temen al FBI! Desaprueban mi acción. Declaran que fue un mal paso, un paso quijotesco, lo del envío de los libros. A mí lo que ellos digan me tiene sin cuidado. Cuando leí esa obra me puse furiosa. Llamé a los editores y les dije que me enviaran a uno de sus empleados, quien

me informó que no habían logrado vender más de veinte mil ejemplares. ¡En un país de casi doscientos millones de habitantes, de los cuales veintiséis habían votado por Goldwater! Pensé en pagar algunos anuncios, pero decidí que sería mejor remitir los libros y conseguí un descuento del cuarenta por ciento sobre su precio —la señora Bruner agarró con ambas manos los brazos del sillón—. Ahora *ese hombre* me está irritando y deseo pararle los pies. Pretendo que sea usted quien se encargue de hacerlo.

Wolfe movió la cabeza, denegando.

—Es absurdo, ridículo.

La señora Bruner cogió su bolso de

cuero y lo abrió. Extrajo del mismo un talonario y una pluma, empezando a llenar una de las hojas, sin precipitación, metódica y cuidadosamente. Luego, separó el papelito de la matriz y lo colocó encima de la mesa de Wolfe, volviendo luego a su sillón.

—Esos cincuenta mil dólares son solamente un «adelanto» —manifestó—. Ya he dicho antes que no habría límite.

Wolfe continuó inmóvil, sin echar ni siquiera un vistazo al cheque.

—Señora —declaró—, yo no soy ni un taumaturgo, ni tampoco un estúpido. Si es verdad que la vigilan, la habrán seguido hasta aquí. Todos supondrán,

entonces, que ha venido a esta casa a contratar mis servicios. Es muy probable también que esta vivienda haya comenzado a ser vigilada. Si no es así, la cosa empezará en cualquier instante a partir de ahora, siempre que yo sea tan necio como para aceptar su encargo — Wolfe me miró—. Archie, ¿cuántos agentes tiene en Nueva York esa organización?

—¡Oh...! —apreté los labios—. No lo sé... Unos doscientos, quizá. Van y vienen... —agregué vagamente.

Nero fijó de nuevo la vista en ella.

—Yo dispongo tan sólo de uno: el señor Goodwin. Nunca salgo de mi casa cuando estoy ocupado en algún asunto.

Sería...

—Dispone también de Saúl Panzer, Fred Durkin y Orrie Cather.

En circunstancias normales, mi jefe se habría sentido afectado al oír aquellos nombres. Esta vez, no.

—No puedo pedirles que corran ciertos riesgos. Lo mismo me sucede con respecto al señor Goodwin. Además, todo sería inútil y fatuo. Ha hablado usted de pararles los pies... Entiendo que lo que quiere es que impidamos que el FBI siga molestándola.

—Sí.

—¿Y cómo?

—¡Ah! Eso lo ignoro.

—Yo también —Wolfe volvió a menear la cabeza—. No, señora. Usted ha provocado la actual situación y no tiene más remedio que hacerle frente. No diré que desapruebe el envío de los libros a sus destinatarios, pero estoy de acuerdo con sus abogados en juzgar quijotesca su acción. Tiene que asumir las consecuencias. Esto no va a durar siempre y, como ha señalado, menos mal que usted no es un miembro del Congreso o un profesional en trance de perder su empleo. No envíe más libros a nadie: eso le aconsejo.

Ella se mordió los labios.

—Yo tenía entendido que usted era un hombre que no temía a nada ni a

nadie.

—¿Quién habla de temores? Sé discutir muy bien una tontería sin caer por ello en el miedo.

—Me figuré que el único hombre capaz de llevar adelante esa tarea era usted.

—Entonces, ha llegado a un callejón sin salida.

La señora Bruner volvió a coger su bolso y lo abrió, sacando el talonario. Al igual que unos minutos atrás, rellenó primeramente la matriz. Después se levantó, reemplazando el cheque que había sobre la mesa con el que acababa de extender. Luego, se sentó.

—Esos cien mil dólares —manifestó

— siguen siendo sencillamente un «adelanto». Pagaré todos los gastos que se produzcan. De salir usted airoso en el caso que nos ocupa, sus honorarios, libremente indicados, se agregarán a esa suma. Si fracasa en su trabajo, se quedará con los cien mil dólares.

Nero Wolfe se inclinó hacia adelante para leer el cheque. Después de examinarlo atentamente, volvió a dejarlo encima de su carpeta, recostándose en su sillón con los ojos cerrados.

Conociéndolo como lo conozco, yo sabía perfectamente qué era lo que estaba considerando. No se trataba del trabajo, no. Como ya había dicho, era absurdo, ridículo. Contemplaba una

hermosa perspectiva... Con cien mil dólares en su caja podría permitirse el lujo de no aceptar ningún caso por el resto del invierno, toda la primavera y parte del verano, quizá. Dispondría de tiempo para leer cien libros y cultivar un millón de orquídeas más. Total: el paraíso. Una de las comisuras de sus labios pareció erguirse. Para él, esto venía a ser una amplia sonrisa. Se recreaba en sus reflexiones. Aquello no tenía nada de particular si no duraba más de treinta segundos: todos los hombres tienen derecho a soñar. Pero cuando pasaba ya del minuto juzgué oportuno toser...

Abrió los ojos, irguiendo el cuerpo.

—Archie, ¿se le ocurre alguna sugerencia?

Así pues, había mordido el anzuelo. Era inexplicable. Pero claro, aquello no podía ir adelante. Lo mejor era sacarlo cuanto antes de un posible atolladero.

—No. No tengo sugerencia alguna. Le ofrezco un comentario. Antes ha dicho usted que si esta señora se halla vigilada la habrán seguido hasta aquí. Ahora bien, si sus teléfonos están intervenidos, esa gente no se habrá molestado ni siquiera en venir. Sin duda, escucharían la conversación de la secretaria concertando la entrevista.

Nero frunció el ceño.

—Pues esta casa ahora está vigilada.

—Probablemente. Pero tal vez la cosa no se presente tan fea como ella dice. Ya sé, ya sé que la señora Bruner no iba a exagerar porque sí, pero...

—No acostumbro exagerar nunca — me interrumpió la visitante.

—Ya me lo imagino, señora — respondí; y agregué, mirando a Wolfe—: La gente que no está habituada a que la molesten se enoja con facilidad. Ahora mismo podríamos averiguar ese particular —miré nuevamente a la viuda—. ¿Ha venido aquí en un taxi, señora Bruner?

—No. Ahí fuera está mi coche, con el chófer.



—Perfectamente. La acompañaré

hasta la calle y esperaré allí mientras usted se aleja, para ver qué pasa —me puse de pie—. El señor Wolfe le comunicará mañana su decisión.

La cosa dio resultado. A ella no le gustó mi intervención. Había ido a contratar los servicios de Nero Wolfe... Continuó insistiendo cinco minutos más, pero pronto vio que lo único que conseguía era exasperarle. Finalmente, abandonó el sillón y se puso el abrigo. Intuyendo que él no gustaba del clásico apretón de manos, se abstuvo de tenderle la suya. En cambio, escaleras abajo, apretó la mía con firmeza, consciente de que yo iba a influir en la decisión que mi jefe tomara. Había algo

de nieve en los siete peldaños de la puerta, y yo la cogí del brazo hasta llegar a la acera. El chófer la aguardaba con la portezuela del coche abierta. Antes de acomodarse en el interior del vehículo, la señora Bruner me miró, diciéndome:

—Gracias, señor Goodwin. Desde luego, habrá un cheque para usted y se lo entregaré personalmente.

El chófer ni siquiera la rozó. Al parecer, ella prefería valerse por sí misma. No era de esas viudas de media edad que gustan de sentir sobre su brazo la garra de un varón enérgico, fuerte. Se instaló detrás del volante y el automóvil partió. A unos treinta metros al este, en

dirección a la Novena Avenida, otro automóvil cuyas luces acababan de encenderse arrancó, situándose cerca del primero. En los asientos delanteros iban dos hombres. Yo aguanté el viento frío de aquella noche de enero el tiempo suficiente para verlo girar y entrar en la Décima Avenida. Aquello era para reírse y yo me reí. Recuperé la seriedad al estar de nuevo en el vestíbulo de la casa.

Wolfe se había recostado en su sillón. Permanecía con los ojos cerrados. Tenía los labios apretados y en las comisuras no se observaba curvatura alguna. Al sentir que yo me aproximaba a su mesa despegó un poco

los párpados. Cogí el cheque, examinándolo detenidamente. Nunca había visto ninguno por aquella cantidad. ¡Cien mil dólares contantes y sonantes, como quien dice! Los había visto, en cambio, de cifras más altas. Volví a dejarlo en su sitio, fui a mi mesa, me senté y anoté en una hoja de papel el número de la matrícula del coche. Luego descolgué el teléfono, marcando un número. Me puse al habla con un funcionario a quien en otro tiempo hiciera yo un gran favor. Me comunicó que para conseguir la identificación del coche necesitaba, por lo menos, una hora. Le contesté que esperararía.

Al colgar, oí la voz de Wolfe.

—¿No le parece una sarta de desatinos?

Di una vuelta con mi sillón.

—No, señor. La señora Bruner se encuentra realmente en peligro. Cerca de su coche había otro ocupado por dos hombres. En el momento en que el «Rolls» de esa mujer se adentraba en la Décima Avenida se le pegaron tanto que casi lo tocaban. La seguían, evidentemente. Un frenazo del «Rolls» y se hubiera producido un choque. La señora Bruner está en peligro, sí.

—¡Uf!

—Sí, señor. Estoy de acuerdo. La cuestión es ésta: ¿quiénes son esos hombres? Si se trata de particulares,

usted podría ganarse muy bien esos cien mil dólares. En cambio, si los individuos que la siguen son agentes secretos federales, lo único que puede hacer ella es resignarse, como usted ya le indicó. Dentro de una hora aproximadamente sabremos a qué atenernos.

Wolfe echó un vistazo al reloj de pared. Faltaban doce minutos para las siete. Me miró.

—¿Está el señor Cohén en su despacho?

—Es probable que sí. Suele irse alrededor de las siete.

—Pregúntele si quiere cenar con nosotros.

Era éste un paso muy astuto. Si yo sugería que aquello no valía la pena, ya que la cosa resultaba absurda, ridícula, él me respondería que yo debía tener forzosamente en cuenta la necesidad de mantenernos en buenas relaciones con el señor Cohén, en lo que no se equivocaba. Hubiera agregado que hacía más de un año que no lo veía, detalle que era cierto.

Di otra vuelta a mi sillón y descolgué el teléfono para marcar un número.

2

A las nueve estábamos de vuelta en el despacho. Lon se había acomodado en el sillón rojo y Wolfe y yo nos encontrábamos en nuestras respectivas mesas. Fritz servía café y coñac. Habíamos pasado hora y media en el comedor, haciendo los honores a muy diferentes manjares: pasteles de almejas con salsa de chile, carne cocida con vino tinto, calabaza con crema amarga y pepinillos, aguacate con berros, nueces y *Liederkranz*. En la conversación se

había tratado del estado general de la Unión y de la mente femenina en general... Hablamos de las ostras cocidas, de la estructura de determinadas lenguas y de los precios de los libros. La discusión se había exasperado solamente al enfocar el tema de la mentalidad del sexo opuesto. Lon había sido el provocador, con el único propósito de ver hasta qué punto Wolfe se irritaba.

Lon tomó un sorbo de coñac, consultando su reloj de pulsera.

—Si les parece bien —dijo—, pongamos punto final a esto. Me esperan en otro sitio a las diez. Ya sé que ustedes no se esperan ni desean que

pague mi cena... Ahora bien, yo no pierdo de vista un hecho: generalmente, cuando tenéis que dar o pedir algo, Archie me llama por teléfono o me visita. Aquí, pues, debe de haber algo especial. Tendrá que ser tan extraordinario como este coñac.

Wolfe cogió un papel alargado que se encontraba sobre su mesa, contemplándolo un momento con el ceño fruncido y dejándolo a continuación. Yo lo había puesto allí media hora antes. Durante la cena yo había tenido que atender una llamada telefónica. El funcionario a quien recurriera me llamaba para facilitarme la información solicitada. Antes de regresar al

comedor, había escrito «FBI» en una hoja que dejé encima del escritorio de Nero. Aquello no había estimulado precisamente mi apetito. De haberse equivocado la señora Bruner en sus suposiciones, podrían haberse abierto para nosotros grandes posibilidades. Pensaba en él cheque que me ofreciera...

Wolfe sorbió un poco de café. Dejando la taza, respondió:

—Me quedan catorce botellas de la misma marca.

—¡Dios santo! —exclamó Lon.

Se acercó la copa a la nariz, aspirando el aroma que se desprendía del licor. Sus cabellos, lisos y peinados

hacia atrás, y su cara delgada no me recordaban a nadie en particular. En todo caso, hiciese lo que hiciese, me evocaban al personaje que ocupaba cierta habitación en el piso vigésimo del edificio de la *Gazette*, a dos puertas de la del redactor jefe. Identificaba también su figura con la de un hombre bailando con una muñeca en el Flamingo o sentado a la mesa con nosotros, en el apartamento de Saúl Panzer, donde pasábamos las horas jugando al póquer.

Echó otro trago de licor.

—Venga ya. Lo único que deseo es no aparecer nunca en el asunto.

—La verdad: no se trata de nada especial —declaró Wolfe—. La nota

fantástica, ciertamente, no se da aquí. Primera pregunta: ¿sabe usted de alguna relación, por remota que sea, existente entre la señora de Lloyd Bruner y el Federal Bureau of Investigation?

—Claro que sí... Esa mujer envió a un millón de personas ejemplares del libro de Fred Cook. Entre esas personas figuraban nuestro redactor jefe y el editor. Yo no pude procurarme ninguno. ¿Usted sí, Wolfe?

—No. Yo tuve que comprarme el mío. ¿Sabe usted de alguna represalia que el *Bureau* haya podido tomar? Estamos hablando privadamente y esta conversación es confidencial.

Lon sonrió.

—Todas las acciones que haya podido emprender ese organismo serán también privadas y confidenciales. Tendría usted que ponerse al habla con J. Edgard Hoover... A menos que ya posea una información. ¿La posee o no?

—Sí.

Lon levantó la cabeza.

—No es posible. Entonces, la gente que le paga estará enterada de ciertos detalles.

Wolfe asintió.

—Ese punto de vista es muy natural en usted. Usted busca informaciones con el fin de publicarlas. Yo hago lo mismo para satisfacer mi interés personal. De momento, lo único que busco es decidir

dónde está mi interés. En la actualidad no tengo cliente alguno ni he contraído ningún compromiso. Debo decir que en caso contrario, no me hallaré en condiciones de facilitarle una información publicable, cualquier rumbo que tomen las cosas. Si puedo, lo haré, pero dudo de que sea factible. ¿Le debemos algo?

—No. Yo sí que estoy en deuda con ustedes.

—Muy bien. Trabajemos sobre la información que tenemos... ¿Por qué la señora Bruner envió esos libros a distintas personas?

—Lo ignoro —Lon tomó un poco más de coñac, moviendo a continuación

labios y carrillos para remojarse bien la boca—. Sería a la manera de aquel que estima estar efectuando un servicio público. Yo mismo compré cinco ejemplares, que envié a otros tantos individuos. Hubieran debido leer la obra, cosa que, probablemente, no hicieron. Un amigo mío compró treinta ejemplares para regalarlos como obsequio de Navidad.

—¿Sabe usted si esa mujer tiene algún motivo particular para mostrarse enemiga del FBI?

—No.

—¿Ha oído alguna indiscreción en ese sentido?

—No. Su caso es distinto,

evidentemente. Dígame, señor Wolfe: ¿quién, exactamente, pretende contratar sus servicios? De conocer yo tal dato, quizá pudiera aportar un hecho o dos.

Nero volvió a llenar su copa.

—Es posible que nadie contrate mis servicios —respondió—. Si sucede lo contrario, es muy probable que usted se quede sin saber a qué persona quiero servir. En cuanto a los hechos... Sé cuáles son los que preciso. Necesito disponer de una lista de todos los casos en los que han trabajado recientemente los agentes del FBI y en los que están trabajando en la actualidad, dentro y en los alrededores de Nueva York. ¿Puede suministrarme usted tal información?

—¡Diablos! No —declaró Lon, sonriente—. ¡Maldita sea! Estaba pensando... Es increíble, pero he estado pensando si le habrá pedido Hoover que se ocupe de la señora Bruner. Eso sería un notición. En caso afirmativo... ¡Maldita sea! —Lon cerró a medias los ojos—. ¿Se dispone usted a realizar un servicio público?

—No. Puede que tampoco realice ningún servicio privado. Estoy considerándolo. ¿Sabe usted cómo podría hacerme con esa lista?

—No logrará nada en tal sentido. Desde luego, muchos de los casos encomendados a esa gente son conocidos por todo el mundo, como el

robo de la joya del Museo de Historia Natural y el del camión del banco de Jersey: medio millón de dólares en billetes pequeños. Pero hay otros casos que distan mucho de ser del dominio público. Usted ha leído ese libro... Claro, siempre se habla mucho y no todo lo que se dice es publicable. ¿Le ayudaría en algo eso?

—Quizá. Especialmente si debiera enfrentarme con una circunstancia extralegal.

—Ciertamente. No resulta muy divertido ocuparse de una cuestión rutinaria —Lon volvió a consultar su reloj—. Dispongo tan sólo de veinte minutos. Si se me ofrece otra ración de

coñac y usted continúa su camino hacia donde me parece verle encaminarse ahora, será para mí una gran satisfacción intervenir —Lon me miró—. Va a necesitar pronto su agenda, Archie.

Veinte minutos más tarde su copa de coñac se había vaciado nuevamente. Yo había llenado cinco páginas de mi libreta. Lon se había esfumado. No diré nada del contenido de las cinco páginas porque se utilizó poco del material reunido, aparte de que las personas mencionadas en dichos apuntes no agradecerían la alusión a sus nombres.



Al regresar al despacho, tras haber acompañado a Lon hasta la puerta, yo

pensaba en Wolfe y no en la libreta. ¿Estaba él considerando realmente la cuestión? No. Imposible. Él se había dedicado a dejar pasar tranquilamente el tiempo, intentando, quizá, sacarme de mis casillas. ¿Y cómo barajar aquello? ¿Qué esperaba de mí? Me encaminé a mi mesa y con una sonrisa le dije:

—¿Verdad que fue divertido?

Arranqué las páginas escritas de la libreta y las partí por la mitad. Iba a repetir la operación cuando él me gritó:

—¡Basta!

Arqueé una ceja, gesto que él no sabe hacer.

—Lo siento —respondí cordialmente—. ¿Quiere conservar estos

papeles como recuerdo?

—No. Siéntese, por favor.

Me senté.

—¿Se ha olvidado algo?

—No creo. Raras veces le sucede a usted eso. Una pregunta hipotética: si yo le comunicara que he decidido ganarme los cien mil dólares de la señora Bruner, ¿usted qué diría?

—Absurdo, ridículo. Lo que usted dijo al principio.

—Se sobreentiende. Continúe, por favor.

—¿Quiere que sea más explícito?

—Sí.

—Diría que usted se dispone a vender esta casa, al objeto de ingresar

en una clínica, ya que anda mal de salud en todos los aspectos. A menos que desee estafar a esa mujer.

—No.

—Entonces es que usted no va bien. Ya ha leído el libro. No podríamos ni empezar. Lo ideal sería ponerse al habla con el FBI, en comunicación franca y directa. Agitando un lodazal no conseguiremos nada. Habría que disponer de medios eficaces para acorralar a esa gente, a todo su equipo...

—Perfectamente. Supongamos que nos hemos puesto en marcha. Cojamos uno de esos casos —manifesté tocando las hojas rotas de mi libro-agenda— y

adentrémonos en él. A partir de ese momento, cada vez que abandone la casa se me presentará la tarea de deshacerme de mis seguidores. Lo mismo ocurrirá con todas las restantes personas relacionadas con nosotros. Las conversaciones telefónicas serán escuchadas. Igual ocurrirá con otros teléfonos: los de la señorita Rowan, Saúl, Fred y Orrie... Y el de Parker, desde luego. Es posible que no realicen ninguno de sus métodos, pero si lo hacen estamos arreglados. Tendré que dormir en este despacho. Las ventanas y las puertas, aun con cadenas, son pan comido para ellos. Pueden controlar nuestro correo. No exagero. Que

recurran a uno y otro procedimiento depende de ciertas circunstancias, pero la verdad es que pueden emplearlos todos. Poseen todos los elementos necesarios, los que conocemos y otros de los cuales no hemos oído hablar.

Crucé las piernas.

—En estas condiciones, jamás conseguiremos algo positivo para nosotros. En cambio, si alguna vez dejamos una brecha en nuestra frente, ellos no dejarán de aprovecharla en beneficio propio. Cuentan con seis mil hombres concienzudamente adiestrados, algunos de ellos de óptimas cualidades, y una subvención de trescientos millones de dólares por año. Me gustaría

consultar el diccionario, para encontrar un vocablo más expresivo que «absurdo».

Volví a poner mis piernas en posición normal.

—Bueno. Vamos a ella, ahora. Yo no creo que se trate simplemente de que esté enojada. A mí se me antoja que está más bien asustada. Sabe seguramente que hay algo sucio aquí o allí, si no en su persona, en la de su hijo, o hija, o hermano, o incluso su esposo ya muerto... Teme que den con ello, con lo que sea. La señora Bruner está convencida de que no pretenden únicamente molestarla. Esos hombres andan detrás de algo que ha de doler,

que puede levantar cierta polvareda. En cuanto a los cien mil dólares, hay que notar que para ella no son nada, ya que se encuentra incluida en un capítulo de los impuestos oficiales que le permitirá convertir en cualquier momento esa tirita de papel en dinero contante y sonante.

Volví a cruzar las piernas, concluyendo:

—Así veo yo este asunto.

Wolfe gruñó:

—La última parte de sus declaraciones carece de importancia.

—Yo mismo aparezco a los ojos de los demás como un hombre carente de ella. Por eso, la gente sufre a menudo

ciertas confusiones.

—No deja usted de mover las piernas.

—También eso ayuda a desorientar a la gente.

— ¡Uf! Le veo inquieto. Yo creía conocerle, Archie, pero ahora me encuentro frente a un nuevo hecho.

—No es nada nuevo. Se trata simplemente de una exhibición de sentido común.

—No. Es otro sentido muy distinto ese del que hace gala. Me recuerda a un perro: no cesa de mover las piernas porque nota el rabo entre ellas. He aquí lo que usted me acaba de decir: se me ha ofrecido un trabajo mejor pagado que

todos los que he emprendido hasta el presente. En realidad, no hay límites para los gastos ni para los ingresos. Pero debo renunciar a él. Y he de renunciar no porque sea difícil o imposible (yo llevo hechas cosas que a primera vista fueron juzgadas así), sino porque mi labor ofendería a cierto hombre, porque la organización que él dirige se vengaría. Declino el encargo porque no me atrevo con él. Preferiría someterme a una amenaza antes que...

—¡Yo no he dicho eso!

—Estaba implícito en sus palabras. Usted se ha acobardado. Está asustado, sí. He de admitir que con razón. Las manos y las voces de muchos hombres-

que ocupan puestos destacados en la sociedad han temblado a consecuencia de la misma trepidación. Es posible que a mí me sucediera lo mismo si todo se redujera sencillamente a rechazar o aceptar un trabajo. Pero yo no devolveré el cheque de cien mil dólares que tengo aquí porque alguien me inspire miedo. Mi amor propio no me permitirá nunca dar un paso semejante. Le sugiero que se tome unas largas vacaciones. Pagadas, ¿eh? Ahora puedo permitirme ese gasto.

Apoyé los pies en el suelo.

—¿Fecha de inicio? ¿Ahora mismo?

—Sí.

Wolfe sonreía.

—Esas notas han sido escritas

utilizando mi clave particular. ¿He de pasarlas a máquina?

—No. Tal medida le comprometería. Me entrevistaré nuevamente con el señor Cohén.

Entrelacé los dedos de las manos detrás de la nuca, contemplando detenidamente el rostro de Nero.

—Sigo pensando que usted no está bien —dije—. Y niego que tuviera el rabo entre las piernas, puesto que las mantenía cruzadas. Sería un espectáculo para uno quedarse aparte y ver cómo se las arreglaba usted sin mí. Ahora, después de todos los años que llevamos bailando juntos, sería una rastrería abandonarlo a su suerte. Si en el camino

llego a tener miedo, se lo comunicaré debidamente —cogí los papeles rotos—. ¿Quiere que mecanografie esto?

—No. Para nuestra discusión irá traduciendo las notas a medida que las necesitemos.

—Conforme. Una sugerencia. Dada su actitud, ¿piensa declarar la guerra telefoneando a su cliente? Dejó un número que no figura en la guía y el teléfono se hallará intervenido. ¿La llamo?

—Sí.

Procedí a hacer lo que Nero Wolfe me indicaba.

3

Al acercarme a la cocina, antes de acostarme —alrededor de la medianoche—, para comprobar si Fritz había cerrado la puerta posterior de la casa, observé complacido que el batidor de la leche, necesario para la elaboración de los pastelillos de trigo moreno, se hallaba sobre una fuente, al alcance de la mano. En tal situación, las resacas tostadas o los escamosos *croissants* habrían resultado inadecuados.

En consecuencia, la mañana del miércoles, poco después de las nueve, mientras bajaba las escaleras, sabía que iba a ser convenientemente abastecido de «combustible». Al verme entrar en la cocina, Fritz encendió la llama de la plancha. Le dije buenos días y abrí el frigorífico para sacar mi jugo de naranja.

Wolfe, que toma habitualmente en su habitación el desayuno que le lleva Fritz, había subido a las habitaciones de las plantas, para pasar entre sus orquídeas el par de horas de costumbre por las mañanas. Oí el zumbido del ascensor como siempre. Al aproximarme a la mesita arrimada a una

de las paredes, donde yo suelo acomodarme, pregunté a Fritz si pasaba algo.

—Sí —me respondió—. Y usted va a decirme qué es.

—¡Ah! ¿No te lo explicó él?

—No. Me indicó solamente que puertas y ventanas tenían que encontrarse cerradas a todas horas y que yo tenía que mostrarme... oiga, ¿qué quiere decir *circumspecto*?

—Significa que has de mirar bien donde pisas; que no has de contestar por teléfono nada que no quisieras ver escrito; y que cuando salgas a la calle te portarás con las chicas a quienes acompañes igual que si te estuviese

observando el «objetivo indiscreto» de la televisión... Mantente aislado. Desconfía de todos los desconocidos.

Fritz guardaba siempre silencio hasta que los pastelillos que tuviera entre manos no alcanzaban su punto de color exacto. Cuando me los colocó delante (era el primer par), junto con el platillo de la salsa, y en tanto yo colocaba sobre ellos una fina capa de mantequilla, el hombre declaró:

—Deseo estar enterado, Archie. Hay más: tengo derecho a que se me informe. Me dijo que usted ya me explicaría. Bien. Estoy esperando que usted lo haga.

Cogí mi tenedor.

—Sabes lo que es el FBI, ¿verdad?

—Ciertamente: el señor Hoover.

—Eso es lo que él se figura. Vamos a meter las narices en la organización por encargo de una cliente. No hay nada de extraordinario en eso, pero nuestro hombre es muy receloso e intentará pararnos los pies.

Di el destino adecuado al trozo de pastel que había cortado.

—Pero... él es un gran personaje, ¿no?

—Naturalmente. Supongo que habrás visto más de una fotografía suya.

—Sí.

—¿Y qué opinas de su nariz?

—No es proporcionada. No me parece exactamente *épaté*. Se me antoja

aplastada, ancha. Nada de *bien fait*...

—Pues entonces habrá que darle un tirón.

Ataqué la salsa.

Fritz se tranquilizó cuando yo acabé mi desayuno, trasladándome a continuación al despacho. Las comidas marcharían perfectamente, por lo menos aquel día. Quité el polvo de las mesas, arranqué hojas a los calendarios, abrí el correo (en su gran parte cosas sin interés), y me dediqué a considerar el experimento en perspectiva. Si yo marcaba un número de teléfono, uno cualquiera —el de Parker, por ejemplo— podría descubrir en seguida si aquél se hallaba intervenido. Me dije que

sería interesante saber si habían reaccionado ya ante la conferencia de la señora Bruner. Me lo prohibí. Era preciso que me atuviera rigurosamente a mis instrucciones. Procediendo en consecuencia, cogí mi agenda, junto con otra que se encontraba en uno de los cajones de mi mesa, abrí la caja fuerte para hacerme con el cheque, fui a la cocina para decirle a Fritz que no me esperara para comer, cogí sombrero y abrigo del perchero y salí a la calle.

Me encaminé hacia el este, paseando, simplemente. Es fácil descubrir si uno es seguido, aunque *el otro* actúe bien, especialmente en un día de invierno como aquél. El viento, frío y

a ráfagas, conservaba las aceras bastante vacías de transeúntes. De todas maneras, *ellos* sabían hacia donde me encaminaba. Entonces, ¿por qué preocuparme? En el banco, dentro de la avenida Lexington, tuve el placer de notar cómo los ojos del cajero se dilataban al echar un segundo vistazo al cheque. Sencillos placeres de ricos... De nuevo en la calle, giré hacia la parte alta de la ciudad. Tenía que recorrer unos tres kilómetros. Bien. Eran solamente las diez y veinte. Soy un andarín y pensé, además, que si alguien me seguía los pasos, a ese alguien no le iría mal ejercitar pulmones y piernas.

El edificio de piedra de cuatro

pisos, en la calle Setenta y Cuatro entre Madison y Park, era por lo menos el doble de ancho que la casa de Wolfe y no tenía el color pardo rojizo de esta última construcción. La puerta que daba al vestíbulo, al pie de tres peldaños, era sólida. Su interior se reducía a un enrejado metálico con vidrios. Fue abierta por un individuo vestido de negro, que carecía de labios, quien tiró del pomo con viveza únicamente después de haber escuchado mi nombre. Me guió por el vestíbulo hacia otra puerta que se hallaba abierta, invitándome a cruzarla.

Entré en una oficina no muy grande, en la que había armarios, archivadores,

una caja de caudales, dos mesas, estanterías y un escritorio atestado de papeles. En el muro del fondo se veía una ampliación fotográfica del edificio Bruner. El vistazo que eché a mi alrededor se detuvo en una cara que exigía una mirada más minuciosa. El rostro en cuestión pertenecía a una joven sentada frente a una de las mesas. Sus ojos avellanados se fijaron en los míos.

—Soy Archie Goodwin —dije.

Ella asintió.

—Yo soy Sarah Dacos. Siéntese, señor Goodwin.

La chica apretó el botón de un intercomunicador, diciendo a alguien que yo había llegado. Seguidamente,

anunció que la señora Bruner no tardaría en presentarse en el despacho.

Una vez sentado, le pregunté:

—¿Cuánto tiempo hace que usted trabaja para la señora Bruner?

Ella sonrió.

—Sé que usted es detective, señor Goodwin. No tiene por qué demostrármelo.

Le devolví la sonrisa.

—Debo mantenerme siempre en forma, señorita —insistí—. ¿Cuánto tiempo?

No costaba ningún trabajo ser amable con una interlocutora como Sarah Dacos.

—Tres años, casi. ¿Desea que le

conteste con toda exactitud?

—Más adelante, quizá. ¿Tengo que esperar forzosamente a la señora Bruner para formular ciertas preguntas?

—No es necesario. Ella dijo que yo podía atenderle por lo que me concierne.

—Seguiremos, entonces. ¿Qué hacía usted antes?

—Trabajé como taquígrafa en la Bruner Corporation. Más adelante fui la secretaria del señor Thompson, el vicepresidente.

—¿Ha trabajado alguna vez para el gobierno, para el FBI, por ejemplo?

La sonrisa de Sarah se intensificó.

—No. Nunca. Tenía veintidós años

cuando me coloqué en la Bruner Corporation. Ahora tengo veintiocho. Observo que no toma usted notas.

—Todo se queda apuntando aquí — repliqué señalándome la frente—. ¿Qué le hizo pensar que los hombres del FBI la estaban siguiendo?



—Yo no sé si eran los hombres del

FBI. Pienso, sin embargo, que deben de ser ellos. ¿Quién más podría hacer una cosa semejante?

—¿Hasta qué punto está segura de eso?

—¡Oh! Lo estoy, sí. No suelo ir por la calle mirando hacia atrás, pero... Mi horario es irregular. Salgo siempre a horas distintas. No obstante, cuando llego a la parada del autobús suelo encontrar a un hombre que, inevitablemente, va adónde voy yo. Es el mismo todos los días.

—Ese autobús... ¿es el de la avenida Madison?

—No. Es el de la Quinta Avenida. Vivo en el Village.

—¿Cuándo comenzó eso?

—No estoy segura. La primera vez que noté la presencia del desconocido fue el lunes siguiente al día de Navidad. Se presenta por la mañana también. Me figuré que cuando una persona sigue a otra lo hace de manera que su asedio pase inadvertido.

—Depende... A veces hay interés en que la persona seguida se entere. Se trata entonces de una vigilancia abierta. ¿Podría describirme a ese hombre?

—Ciertamente. Es de talla superior a la mía, de unos quince o dieciocho centímetros. Debe de tener treinta años o poco más. La cara es larga, de mentón cuadrado, nariz larga y fina y boca

pequeña. Los ojos son de un gris verdoso. Como siempre lleva sombrero, no me he podido fijar en sus cabellos.

—¿Ha hablado usted alguna vez con él?

—Por supuesto que no.

—¿Ha comunicado esta situación a la policía?

—No. El abogado dijo que no lo hiciera... El abogado de la señora Bruner. Alegó que si es un hombre del FBI siempre tienen la posibilidad de declarar que se trata de una comprobación.

—Pueden hacerlo. Y lo hacen. A propósito: ¿sugirió usted a la señora Bruner el envío del libro a algunas

personas?

Sarah Dacos arqueó las cejas. Resultaban muy bonitas, por cierto, en aquella posición.

—No. Ni lo conocía. Lo leí posteriormente.

—¿Cuándo notó que la seguían?

—Después de que ella decidió enviar los ejemplares.

—¿Sabe usted quién le inspiró tal idea?

—Ignoró si se la sugirió alguien — Sarah sonrió—. Me imagino que es natural que me haga esa pregunta, puesto que es usted detective, pero me parecería más lógico que se la formulara a ella. Incluso en el caso de que yo

estuviese informada de eso, creo...

Se oyó un rumor de pasos que se aproximaban en el vestíbulo y pronto tuvimos delante de nosotros a la señora Bruner. Al entrar ella en el despacho yo me puse de pie. Cogí la mano que me ofrecía y correspondí a su saludo. Al verla sentarse en la otra mesa, cambié de silla. Ella miró brevemente un montón de documentos colocados debajo de un pisapapeles, echando aquél a un lado.

—Sospecho que estoy obligada a darle las gracias, señor Goodwin. Y a algo más, tal vez.

Moví la cabeza.

—No. No es que eso importe, puesto

que el cheque ha sido depositado; pero la verdad es que yo estaba en contra. Ahora mi postura es otra...

Saqué de un bolsillo lo que había cogido de uno de los cajones de mi mesa de trabajo, poniéndolo en sus manos. Era una hoja de papel en la que yo había mecanografiado el siguiente texto:

Sr. Nero Wolfe

Calle Treinta y Cinco Oeste, 914

NUEVA YORK-1

6 de enero de 1965

«Distinguido señor:

»Confirmando nuestra conversación

de ayer, por la presente contrato sus servicios, a fin de que actúe en defensa de mis intereses en el asunto que discutimos. Creo que el *Federal Bureau of Investigaron* es responsable del espionaje al que yo, mis familiares y asociados estamos sometidos, por las razones que le expuse. De todas formas, usted habrá de realizar las investigaciones oportunas acerca del presente caso, haciendo todos los esfuerzos posibles para dar fin a dicha situación. Sea cual sea el resultado de sus gestiones, los cien mil dólares que le he entregado no estarán sujetos a ninguna reclamación por mi parte. Le pagaré todos los gastos originados por

mi causa y si llega a obtener los resultados que yo deseo le haré efectivos los honorarios que determine libremente.

»Firmado: Viuda de Lloyd Bruner».

La señora Bruner leyó el texto dos veces, primero superficialmente y después palabra por palabra. A continuación levantó la mirada.

—Habré de firmar esto, ¿no?

—Sí.

—No me es posible. Antes de firmar cualquier papel he de presentarlo a mi abogado.

—Pues llámelo y que lea este documento.

—Es que mi teléfono está intervenido.

—Lo sé. Cabe la posibilidad de que cuando esa gente se entere de que se dispone a conceder a Nero Wolfe amplios poderes, unos poderes prácticamente ilimitados, dé marcha atrás. Hágale esa observación al abogado. No es que les inspire terror la figura de mi jefe, no, ya que ellos no temen a nadie; pero sí es cierto que saben muchas cosas en relación con su persona. En cuanto a las últimas frases del documento, debo señalar que existe una expresión muy ambigua... *y si llega a obtener los resultados que yo deseo...* Evidentemente, quien decida en último

término será usted. En consecuencia, no firma ningún cheque en blanco. Su abogado estará de acuerdo.

La señora Bruner volvió a leer el papel y su entrecejo se desarrugó.

—No puedo proceder así. Mis abogados no saben que fui a ver a Nero Wolfe. No lo hubieran aprobado. Hasta ahora, nadie está informado de eso, si exceptuamos a la señorita Dacos.

—Entonces nos hemos metido en un callejón sin salida —volví las palmas de mis manos hacia arriba—. Mire, señora Bruner: el señor Wolfe no trabajará para usted si no hay algún papel de por medio. ¿Qué pasaría si luego la cosa se pusiera mal y usted

pretendiera salirse de ella? ¿Qué pasaría si usted decidiera retirarse y se empeñara en que le devolviesen su dinero?

—Yo no haría nunca eso, señor Goodwin. No acostumbro faltar a mis compromisos.

—Perfectamente. Pues firme.

La señora Bruner repasó el papel. Luego, me miró. Finalmente, sus ojos se detuvieron en la señorita Dacos.

—Tome, Sarah —dijo—. Saque una copia.

—No hace falta. Ya la saqué yo al redactar el escrito —manifesté.

Al decir esto le entregué otro papel, que ella examinó detenidamente. La

señora Bruner había sido bien aleccionada por su esposo, o por sus abogados tras la muerte de aquél. Cogió una pluma y puso su firma al pie del documento original.

—Era para esto, pues, que el señor Wolfe deseaba que se acercase usted por aquí esta mañana.

Asentí.

—En parte. Quería que hiciese unas preguntas a la señorita Dacos, detalle que ya he cumplimentado. Ayer observé que usted era seguida. Nada más arrancar su coche, otro se lanzó tras él. Este último vehículo iba ocupado por dos hombres. Me hice con el número de la matrícula del automóvil. Era gente del

FBI. Ellos quieren que usted esté enterada de su actitud. De aquí en adelante, nosotros no tendremos nada que preguntarle, quizá, ni qué decirle tampoco, a menos que se den otras circunstancias. Podemos y debemos establecer un acuerdo. Como ha leído ese libro, ya sabrá de qué van las cosas. ¿Ha observado si en esta habitación hay algún equipo de micrófonos oculto?

—Desde luego había pensado en ello, y procedí a registrarla varias veces. No estoy segura de lo que afirmo. Hubieran tenido que entrar, ¿no? Habrían montado alguna instalación, ¿verdad?

—Sí. A menos que en el terreno de

la electrónica se haya dado con algún descubrimiento inédito, pero lo dudo. No quisiera exagerar, señora Bruner, pero opino que esta parte de la casa no ofrece buenas condiciones para charlar. Afuera hace frío, pero un poco de aire fresco no le irá mal. ¿Y si se pusiera un abrigo?

Ella hizo un gesto afirmativo.

—Ya lo ve, señor Goodwin. *En mi propia casa*. De acuerdo —la señora Bruner se puso de pie—. Espere aquí.

Seguidamente, se marchó.

Sarah Dacos me miró sonriente.

—Tenía usted que haber subido a la otra planta —declaró—. Yo no soy capaz de oír a través de las paredes, ni

siquiera a través de los ojos de las cerraduras.

—¿No? —la miré de arriba abajo, satisfecho de disponer de una excusa para proceder así. Era una joven que se podía mirar—. Usted podría haber sido preparada para ciertos efectos, y con seguridad no le agradaría que le aplicasen el único procedimiento existente para comprobarlo.

Los ojos avellanados rieron.

—¿Cómo sabe usted que no me agradaría?

—Me lo dice el conocimiento que poseo acerca de la naturaleza humana. Usted cae dentro del tipo de mujer delicada, escrupulosa. Ni siquiera le ha

pasado por la cabeza la idea de aproximarse al hombre que la seguía para preguntarle su nombre y qué pretendía con su incesante persecución.

—¿Cree que hubiera debido proceder de ese modo?

—No. El caso es que no lo ha hecho. ¿Me permite usted que le pregunte si baila...?

—A veces.

—Me enteraría de más cosas acerca de su persona si bailara conmigo. No he querido referirme a la posibilidad de que usted le estuviese haciendo el juego al FBI. De tener ellos a una persona metida dentro de la casa no se dedicarían a seguirle los pasos a la

señora Bruner ni a sus familiares. La única razón que yo...

La cliente se dejó ver en la puerta. Yo no había oído el rumor de sus pasos. Mal. La señorita Dacos era una mujer atractiva, pero no lo bastante para privarme de aquella facultad, aunque estuviese hablando. Esto significaba solamente que, por efecto de la opinión que me merecía el caso, no llegaría a entregarme jamás a él por completo. Seguí a la dueña de la casa, con los labios apretados, hacia la puerta principal, que nos abrió el hombre vestido de negro. Pronto estuvimos fuera, sometidos a las forzosas caricias del viento de enero. Torcimos en

dirección al este, hacia Park Avenue, deteniéndonos en la primera esquina.

—Hablaemos mejor de pie —dije—. Es imposible prever lo que va a suceder. Es probable que el señor Wolfe y yo hayamos de abandonar la casa que ocupamos, alojándonos en cualquier otra parte. Si usted recibe un mensaje, por teléfono o escrito, notificándole que «la pizza está amarga», vaya en seguida al Churchill Hotel y busque a un hombre llamado William Coffey. Es el policía del establecimiento, un funcionario del servicio de seguridad. Puede proceder abiertamente, sin tapujos de ninguna especie. Tendrá algo para usted, es decir: le dirá o le dará algo. *La pizza*

está amarga. Churchill Hotel. William Coffey. Grabe estos nombres en su memoria. No los escriba en ninguna parte.

—Conforme —la señora Bruner frunció el ceño—. ¿Está usted seguro de que puedo confiar en ese hombre?

—Sí. Si usted conociera mejor al señor Wolfe no me habría hecho tal pregunta. ¿Entendido?

—Sí.

La señora Bruner se arropó con el cuello del abrigo.

—Bien. Pasemos ahora a la operación de ponerse al habla con nosotros si lo necesita, a fin de comunicarnos cualquier información que

no desea que se divulgue. Entre en una cabina telefónica y marque un número, el de Wolfe. Al que le conteste, sea quien sea, le dirá: *Fido está enfermo*. Nada más que esto. Seguidamente colgará. Aguarde dos horas y váyase al Churchill Hotel, buscando a William Coffey. Lo dicho vale para aquellos detalles que es preciso que esa gente ignore. Tratándose de algo que hayan hecho o de lo que ya se sabe, la comunicación telefónica será normal. *Fido está enfermo*.

Ella continuaba con el ceño fruncido.

—Sin embargo, ellos se enterarán de la existencia de William Coffey a la

primera visita.

—Puede que le utilicemos solamente una vez. Deje eso en nuestras manos. En realidad, señora Bruner, de un modo o de otro, usted se encuentra fuera de la operación. Nosotros vamos a trabajar para usted, pero no sobre su persona o alrededor de la misma. Quizá no tengamos siquiera necesidad de establecer contacto... Le he hablado de simples precauciones. Ahora viene algo que nosotros debemos conocer. Usted ha declarado que fue en busca del señor Wolfe y puso en sus manos ese cheque de seis cifras... sólo porque estaba irritada. Desde luego usted es una mujer muy rica, pero cuesta un poco de trabajo

creerlo. Supongamos que existe algo, relativo a su persona o a los suyos, que no desea que trascienda y que teme que ellos lleguen a descubrir. En caso afirmativo, nosotros hemos de estar informados... ¿Qué es? ¿Hasta qué punto es apremiante? ¿Marcha esa gente tras una buena pista?

Una ráfaga de viento azotó su rostro. Ella inclinó la cabeza, alzando instintivamente un hombro.

—No —el viento restó fuerza a su voz y entonces la señora Bruner repitió, con más fuerza—: No.

—Existe el riesgo, sin embargo.

La señora Bruner me miró atentamente. La molestia del viento le

hizo desviar la mirada.

—Dejemos ese tema, señor Goodwin —manifestó—. Yo creo que en todas las familias existe... algo especial, que a nadie agrada que trascienda. Es posible que no considerara tal riesgo cuando me decidí a enviar los libros a sus diversos destinatarios. Obré así, no obstante, y no me arrepiento de mi acción. Que yo sepa, no han dado con ninguna *buen pista*. Al menos de momento.

—¿Es eso todo lo que tiene que decirme acerca del tema?

—Sí.

—Bien. Ya sabe lo que ha de hacer cuando se decida a ser más explícita.

¿Qué es lo que está amargo?

—**La pizza.**

—¿Quién está enfermo?

—**Fido.**

— ¿Cuál es el nombre que tiene que recordar?

—William Coffey. En el Churchill Hotel.

—Está bien. Será mejor que vuelva a su casa. Tiene las orejas al rojo vivo. Nos volveremos a ver, probablemente, pero Dios sabe cuándo.

Ella me tocó el brazo.

—¿Qué van a hacer?

—Mirar a nuestro alrededor, correr de un lado para otro, indagar...

Iba a decirme algo, pero de pronto

decidió lo contrario, dio media vuelta y se alejó. Yo continué en mi sitio, inmóvil, hasta que ella llegó a la puerta de su casa, perdiéndose en su interior. Eché a andar, encaminándome hacia el oeste. Desde la acera fui echando una mirada a los coches aparcados. En uno de los puntos próximos a la avenida Madison descubrí un automóvil ocupado por dos hombres. Me detuve. No me miraban... Di unos pasos, saqué mi libreta de notas y apunté el número de la matrícula. Ya que querían que todo fuese así de abierto, de descarado... Continuaban sin mirar y yo proseguí mi camino.

La noche anterior, desde un teléfono

público, había quedado con un amigo llamado Al Goller. En mi reloj eran las once y treinta y cinco minutos... Disponía de tiempo suficiente y me paraba aquí y allá, escudriñando en los escaparates de los establecimientos que iba encontrando. En la esquina de la calle Sesenta y Cinco me metí en un bar y sentándome en un taburete, cerca de la salida, pedí un bocadillo y un vaso de leche. En la mesa de Nero Wolfe no aparece nunca la carne de vaca ni el pan de centeno, que era lo que yo había exigido al camarero... Liquidado el pequeño refrigerio, pedí pastel de manzana y café. A las doce y veintisiete minutos terminaba de apurar mi segunda

taza. Giré en el taburete para mirar por una de las ventanas del establecimiento. A las doce y treinta y un minutos un taxi amarillo y castaño se detenía frente al local. Me moví rápidamente. Una mujer que se encaminaba hacia la puerta estuvo a punto de tomarme la delantera. La alcancé en el último instante, subiendo al coche. El chófer bajó la bandera y el taxi arrancó.

—Nada de policías, espero —dijo Al por encima del hombro.

—Nada —respondí—. Arabes montados en camellos. Adelante, entretanto. Se trata de una oportunidad muy endeble, pero necesito disponer de libertad de movimientos. Perdóname si

ahora te doy la espalda.

Volví la cabeza, mirando hacia atrás. Seis giros y diez minutos más tarde ya no había duda: nadie nos seguía. Avanzamos por la Primera Avenida y la calle Treinta y Seis. Indiqué a mi amigo que se detuviera y que me esperase durante veinte minutos, alejándose después si no me veía aparecer. Habría bastado con la separación inmediata, pero, en fin, nuestra cliente podía soportar el gasto y era probable que volviésemos a necesitar a Al. Me dirigí hacia el sur, a lo largo de manzana y media, entrando en un edificio que tres años atrás no existía en aquella zona. Consulté la guía impresa en uno de los

muros del vestíbulo, enterándome de que la Evers Electronics, Inc., se hallaba en la octava planta. Luego, tomé el ascensor.

La entidad ocupaba todo el piso. El mostrador de la oficina de recepciones quedaba frente a la cabina del ascensor. No se hallaba atendido por la dama de costumbre, sino por un tipo de anchas espaldas, de voz ronca, mentón cuadrado y ojos poco cordiales. Le abordé.

—El señor Adrián Evers, por favor. Me llamo Archie Goodwin.

No me creyó. No me hubiera creído aunque le hubiese dicho que estábamos a seis de enero. Inquirió, fríamente:

—¿Ha sido usted citado para una entrevista?

—No. Trabajo para Nero Wolfe, el detective privado. Dispongo de una información que he de comunicar al señor Evers.

Tampoco dio crédito a estas últimas palabras mías.

—¿Nero Wolfe, ha dicho usted?

—En efecto. ¿Tiene usted una Biblia?

No molestándose siquiera en remarcar la ironía, agarró un teléfono. Habló unos momentos y escuchó otros. Finalmente me indicó:

—Espere aquí.

Estudió atentamente mi físico.

Probablemente, estaba calculando el esfuerzo que le hubiera costado deshacerse de mí. Para demostrarle que no me sentía acobardado le di la espalda, dedicándome a contemplar una fotografía colgada de una de las paredes. Era una reproducción de un edificio de pisos. La cartulina llevaba al pie una leyenda: *Planta de la Evers Electronics en Dayton*. Estaba a punto de terminar mi recuento de las ventanas cuando se abrió una puerta y se asomó una mujer que pronunció mi nombre. Me acerqué a ella y luego la seguí por un largo corredor, hasta llegar a otra puerta. *Mister*

Evers, se leía sobre el tablero

central. Mi acompañante la abrió. Yo pasé y ella se quedó fuera.

El hombre se encontraba sentado frente a una mesa, entre dos ventanas, dando buena cuenta de un bocadillo. Di dos pasos más, luego me detuve y dije:

—No era mi propósito interrumpirle durante su almuerzo.

El continuó masticando, calibrándome detrás de los cristales de sus gafas. Tenía un rostro menudo y limpio, de esos que pasan inadvertidos la primera vez que casualmente se contemplan. Cuando hubo engullido lo que tenía en la boca, el ocupante del despacho tomó un sorbo de café de la taza de papel que se encontraba encima

de la mesa.

—Siempre surge alguien con la consabida e inevitable interrupción. ¿Qué hay sobre ese informe de Nero Wolfe? ¿De qué se trata?

Otro mordisco al bocadillo...

Me aproximé a una silla situada a un extremo de la mesa, tomando asiento.

—Es posible que ya lo conozca —manifesté—. Guarda relación con un contrato del gobierno.

Mi interlocutor empezó a masticar más aprisa, engullendo precipitadamente lo que tenía en la boca.

— ¿Nero Wolfe trabaja ahora para el gobierno?

—No. Trabaja para un particular. El

cliente se interesa por el siguiente hecho: tras una comprobación de seguridad efectuada por el gobierno sobre uno de los empleados de su compañía, aquél ha cancelado un contrato o está muy próximo a hacerlo. Es una cuestión de interés público y...

—¿Quién es el cliente?

—No puedo dar su nombre. Es algo confidencial y...

—¿Se trata de alguna persona relacionada con esta compañía?

—No, no, en absoluto. Como le estaba diciendo, señor Evers, el problema es de interés público. Usted ya comprende... Cuando se abusa, si es que se abusa, del derecho a realizar

comprobaciones de ese tipo concernientes a las personas, de manera que son violados determinados privilegios de los ciudadanos, el problema pierde su carácter de asunto privado. El cliente del señor Wolfe está interesado en tal aspecto. Todo lo que usted me diga será considerado por mí estrictamente confidencial y sus declaraciones serán utilizadas siempre y cuando nos conceda su autorización. Naturalmente, usted no querrá perder su contrato... Tenemos entendido que es muy importante. Ahora bien, como simple ciudadano querrá evitar también que se cometan ciertas injusticias. Esa es la opinión del cliente del señor

Wolfe.

El señor Evers había liquidado el resto del bocadillo. No apartaba los ojos de mí.

—Usted dijo que poseía una información. ¿De qué se trata?

—Nosotros pensamos que cabía la posibilidad de que usted ignorara que el contrato iba a ser cancelado.

—Eso lo saben más de cien personas. ¿Qué más hay?

—Al parecer, el motivo de la cancelación radica en que la comprobación efectuada sobre la persona del vicepresidente revela unas circunstancias muy especiales, relacionadas con su vida privada. Ello

da lugar a dos preguntas: ¿hasta qué punto son exactas aquéllas?, y, ¿suponen realmente un riesgo para él o para su compañía? Otra más: ¿están jugándoles una mala pasada a ese hombre y a usted mismo?

—¿Qué más hay?

—Eso es todo, señor Evers. Me parece suficiente. Si no quiere discutir el tema conmigo, póngase al habla con el señor Wolfe. Si no está informado con precisión sobre su fama, haga averiguaciones. Me ordenó que dejara bien claro que si usted obtiene algún beneficio de cualquier cosa que él haga, no desea honorarios de ninguna especie. No busca cliente. Dispone ya de uno.

El señor Evers me miró frunciendo el ceño.

—No lo entiendo. Ese cliente... ¿es un periódico?

—No.

—¿Una revista? ¿El *Time*?

—No —decidí estirar un poco mis instrucciones—. Sólo puedo decirle que se trata de un particular que cree que el FBI se está pasando en sus atribuciones.

—No le creo. Y añadiré que no me gusta —el señor Evers apretó un botón de una tablilla que tenía delante—. ¿Es usted del FBI? contesté negativamente. Iba a seguir hablando cuando se abrió la puerta del despacho y entró la misma mujer que me había acompañado

minutos antes.

Evers, muy seco, le dijo:

—Llévese a este hombre, señorita Bailey. Métalo en el ascensor.

Alegué objeciones. Señalé que si discutía el asunto con Nero Wolfe lo peor que podía ocurrir sería la pérdida del contrato, añadiendo que, evidentemente, eso no tenía remedio y que si existía alguna posibilidad de zafarse de... Pero la expresión de su rostro me dio a entender que estaba perdiendo el tiempo. El hombre llegó incluso a acercarse de nuevo la mano, derecha a la tablilla, para pulsar otro botón. Ya no me cabía abrigo esperanza alguna. Me levanté y abandoné la

habitación. La mujer me seguía los pasos. Tuve que reconocer para mis adentros que no estaba en uno de mis días más afortunados.

Ya fuera, vi que salía un hombre de la cabina del ascensor. No me era desconocida su faz. Trabajando en un caso, un año atrás, me las había tenido que ver con un agente secreto federal llamado Morrison. Allí estaba. Nuestras miradas se encontraron. Al ofrecerle la mano, comentó:

—Vaya, vaya... ¿Nero Wolfe se vale de los adelantos electrónicos ahora?

Sonreía cordialmente, haciendo luego una mueca.

—Tratamos de mantenernos al día.

Pretendemos montar una instalación «espía» en cierto edificio de la calle Sesenta y Nueve —avancé hacia el ascensor y apreté el botón—. Quiero conocer los últimos hallazgos en la materia.

Él se echó a reír a modo de cortesía. Según Morrison, al final los suyos se verían obligados a hablar en clave.

La puerta del ascensor se abrió. Entré en la cabina y aquélla se cerró. Con toda seguridad aquél no era mi día. No había llegado a nada positivo con Evers. Pero esto era lo de menos. Lo que me preocupaba era que el inicio hubiese sido tan fatal. Cuando puse pie en la acera, para dirigirme hacia la parte

alta de la ciudad, iba poco menos que a rastras...

Más de veinte minutos después, Al se había marchado. A aquella hora circulaban taxis en abundancia por la Primera Avenida. Hice una señal al más próximo. Pocos segundos después daba una dirección a su conductor.

4

A las once menos cuarto de la noche de aquel miércoles, invadido por un profundo pesimismo, subí la corta escalera de la entrada a la casa de color pardo rojizo, y toqué el timbre. Al estar puesta la cadena, tuve que esperar a que Fritz me abriera. Nada más pisar el vestíbulo, el hombre me preguntó si me apetecía un plato de guisado de pato que acababa de calentar. Gruñí una negativa y pasé al despacho después de despojarme de sombrero y abrigo.

El genio de tamaño extra se hallaba acomodado ante su mesa, en el sillón expresamente construido para él, apto para soportar un peso equivalente a la séptima parte de una tonelada. Sobre una bandeja se veía una botella de cerveza y el correspondiente vaso. Leía, complacido, el libro de turno, *El Tesoro de nuestra Lengua*, de Lincoln Barnett. Yo me acerqué a mi escritorio, hice girar el sillón y tomé asiento. Mi jefe levantaría la vista cuando hubiese terminado con el párrafo que leía.

Eso fue lo que ocurrió, efectivamente. Incluso insertó entre las páginas su señal, una fina plaquita de oro de forma alargada, que le regalara

años atrás uno de sus clientes.

Finalmente, dejó el libro sobre la mesa.

—Supongo que habrá cenado, ¿no?

—Pues no —crucé las piernas—.

Perdone el juego constante de mis extremidades inferiores. Comí algo grasiento, ya no recuerdo qué, en un sitio asqueroso del Bronx. Ha sido...

—Fritz calentará ese guisado de pato y...

—Le dije que lo dejara. He vivido una jornada insulsa, desagradable. Hacía tiempo que no conocía un día igual. Haré un informe completo y luego me iré a la cama con un sabor a grasa totalmente insoportable en la boca. En

primer lugar...

—¡Maldita sea! ¡Tiene usted que cenar!

—He dicho que no. Primero el cliente...

Le expliqué todo ce por be. Empecé por los dos hombres metidos en el automóvil aparcado, cuyo número de matrícula había tomado. Al final, enriquecí mi relato con algunas opiniones: a) representaría una pérdida de tiempo lamentable Id comprobación del número de la matrícula; b) podíamos proceder a eliminar de nuestra lista a Sarah Dacos, o bien archivaríamos su nombre, para futura referencia, y c) sea cual fuere el detalle oculto en la familia

Bruner, el secreto se mantendría hasta que la cliente cambiara su actitud.

Cuando me levanté para entregar a Wolfe el papel que había firmado la señora Bruner, él lo miró apenas, rogándome que lo guardara en la caja de caudales.

Le expliqué también y al pie de la letra, mi entrevista con Evers. Aludí seguidamente a Morrison, como es natural. Opiné que yo no había enfocado bien la charla, pues hubiera debido decirle que nosotros poseíamos una información secreta, que él no tenía ni podría conseguir, agregando que estábamos en condiciones de ejercer ciertas presiones para salvar su contrato

con la esperanza de vernos recompensados por nuestra labor si lográbamos el objetivo. Desde luego, el paso implicaba algún riesgo, pero puede que le hubiera hecho cambiar de actitud. Wolfe denegó con un movimiento de cabeza, manifestando que en dicha posición resultábamos demasiado vulnerables. Me levanté, girando en torno a una mesa, con el fin de acercarme al estante en que se hallaba el diccionario. Encontré en él lo que buscaba y regresé a mi sillón.

— «En condiciones de poder ser herido». «Expuesto al ataque o a la injuria». Tal es el significado del vocablo *vulnerable*. Sería una jugada

tornarnos más vulnerables de lo que ahora somos. Pero terminemos con la jornada... Se me fue toda la tarde en localizar a Ernest Muller, a quien se acusa de transportar a través de las líneas fronterizas objetos sustraídos, y se halla ahora en libertad bajo fianza. Se portó peor que Evers, incluso. Le pasó por la cabeza la idea de aporrearme. No estaba solo, de manera que tuve que reaccionar. Es posible que le haya roto un brazo. Luego...

—¿Le han herido a usted?

—En mis sentimientos, únicamente.

Después de haberme comido la grasa marché en busca de Julia Fenster, una mujer juzgada por delito de espionaje y

posteriormente puesta en libertad. Me pasé parte de la noche tras ella. Por último, di con su hermano pero no con ella. Nadie podría sacar menos de un día entero de trabajo. Lo mío es un verdadero récord. Y éstos fueron los tres personajes de entre los escogidos que ofrecían mejores perspectivas. No puedo quedarme para ver el programa que ha montado usted para mañana. Lo colocaré debajo de mi almohada.

—Todo depende del estado de su estómago —argumentó Wolfe—. Ya que no el guisado de pato, una tortilla, por lo menos.

—No.

—Un poco de caviar, entonces. Lo

tenemos muy fresco.

—Usted sabe perfectamente que a mí el caviar me disloca. No quisiera hacer un desprecio a ese manjar exquisito.

Wolfe escanció cerveza en su vaso aguardando pacientemente a que el nivel de espuma descendiera un par de centímetros. A continuación, se la llevó a los labios, pasó la punta de la lengua por ellos y me miró.

—Archie... ¿Intenta acaso incitarme con todos los medios a devolver a su dueña esa primera cantidad de dinero?

—No. Sé que no conseguiría nada en tal sentido.

—Pues entonces usted no para de decir tonterías. Usted advierte

claramente que nos hemos hecho cargo de un trabajo que, considerado con lógica, hay que calificar de absurdo, de ridículo. Los dos nos hemos expresado en esos términos. Es totalmente improbable que cualquiera de las sugerencias facilitadas por el señor Cohén venga a ser el arranque que precisamos... Es concebible, no obstante, la existencia de una probabilidad. En todas las operaciones hay algo de casual, de fortuito. En la presente, todo es así. Estamos a merced de los avatares de la diosa Fortuna. Podemos invitarla a servirnos; aquí no hay órdenes que valgan. Carezco de programa para mañana. Todo dependía

de lo que sucediera hoy, un día desperdiciado. Alguien tiene que haber pasado a la acción. Mañana sucederán otras cosas; o la semana próxima, quizá. Está cansado y hambriento, Archie. ¡Maldita sea! ¡Coma algo, hombre!

Moví la cabeza.

—¿Mañana, qué?

—Consideraremos la cuestión a primera hora. Por esta noche se acabó.

Nero volvió a coger su libro.

Abandoné mi sillón, propinándole una leve patada. Cogí el papel, que había quedado sobre mi mesa, guardándolo en la caja de caudales. A continuación me trasladé a la cocina para servirme un vaso de leche. Fritz se

había ido a la cama. Comprendiendo que lo que había sido un desprecio para el caviar iba a serlo también para la leche, volví a verterla en su recipiente. Luego, cogí otro vaso y la botella de aguardiente «Oíd Sandy». Me serví unos tres dedos de licor y me lo bebí de un trago. Se llevó toda la grasa o lo que de ella restara. Repetí la suerte mientras comprobaba si la puerta posterior de la casa había quedado bien cerrada. Posteriormente enjuagué los vasos y subí las escaleras camino de mi habitación, donde troqué mi indumentaria callejera por el pijama. Me despojé inmediatamente del calzado, que sustituí por mis zapatillas.

Consideré la conveniencia de hacer uso de la manta eléctrica. Rechacé la idea. En los aprietos, el hombre ha de rechazar las blanduras y buscar a propósito lo que es duro. De la cama saqué inmediatamente la almohada y de un armario empotrado extraje sábanas y mantas. Cargado con todo ello, bajé las escaleras y entré en el despacho. Llegado al diván, aparté los cojines, extendiendo sobre él las sábanas. Cuando desplegaba una manta llegó a mis oídos la voz de Wolfe.

—Me pregunto qué necesidad hay de proceder así.

—Yo no —continué mi labor, volviéndome hacia él—, pero usted ha

leído ese libro. Esa gente sabe moverse con rapidez y en el momento exacto. En el archivo hay cosas sustanciosas... Además está la caja de caudales...

—¡Bah! Exagera usted. ¿Quién piensa que se puede volar una caja de caudales dentro de una vivienda habitada?

—¿Por qué han de recurrir a un método tan anticuado? Le convendría adquirir unos cuantos libros que le pusieran al corriente de los avances de la electrónica.

Wolfe se puso de pie y después de desearme las buenas noches salió del despacho llevándose *El Tesoro de nuestra Lengua*.

El jueves por la mañana existía la posibilidad de que, cuando Fritz bajara del dormitorio de Nero Wolfe con la bandeja del desayuno, me pasase un recado para que subiera, al objeto de recibir instrucciones. No sucedió lo que yo me figuraba. En consecuencia, como mi jefe no saldría de las habitaciones de las plantas hasta las once, concentré mi atención en las tareas ordinarias de todos los días. Serían las diez cuando todo empezó a tener un cariz normal.

Las ropas de cama ya habían sido devueltas a mi habitación. Ya había desayunado y también echado un vistazo al *Times*. Finalmente había colocado el correo, ya abierto, sobre la mesa de

Wolfe, debajo de un pisapapeles. Fritz fue puesto al corriente de todo. No se quedó tranquilo, sin embargo. Tenía una muy buena memoria y se acordaba perfectamente de la noche en que los proyectiles de una ametralladora emplazada al otro lado de la calle habían bombardeado las habitaciones de las plantas, rompiendo centenares de cristales, destrozando docenas de orquídeas... Estaba convencido de que yo había dormido en el despacho porque mi habitación daba a la calle Treinta y Cinco y temía que se repitiese la representación aludida. Le expliqué que yo era un guardián y no un refugiado. Fritz no me creyó, diciéndome

exactamente lo que pensaba.

En el despacho, después de haber abierto el correo, lo único que tenía que hacer era malgastar el tiempo. Hubo una llamada telefónica para Fritz. Le llamaba un vendedor de pescado. Escuché la conversación y no noté nada que me hiciese pensar que la línea se hallaba intervenida. Pero lo estaba, sin embargo. Un hurra por los técnicos. La ciencia moderna arreglaba todo de manera que cualquiera pudiese hacer lo que se le antojara, al mismo tiempo que nadie sabía a qué atenerse. Saqué mi libro de notas de uno de los cajones y comencé a estudiar los datos que Lon Cohén nos facilitara, calculando

determinadas posibilidades.

Había allí catorce anotaciones, en conjunto. En cinco de ellas, por lo menos, no había ni que pensar... En tres casos de las otras habíamos hecho averiguaciones, sin resultado. Quedaban seis, que calibré una por una. Decidí que la más prometedora —es decir, la menos desalentadora— era la concerniente a una mujer que había perdido su colocación en un departamento estatal, reintegrándose posteriormente a su empleo. Me disponía a coger la guía telefónica de Washington, para comprobar si su nombre figuraba en ella, cuando sonó el timbre de la puerta.

Al dirigirme al vestíbulo para mirar

por el cristal de la puerta, transparente sólo por un lado, pensaba que estaba a punto de enfrentarme con un desconocido. O con dos, quizá. Un acercamiento directo, vamos. Por mi mente pasó también la figura de Morrison. Pero, no. En los peldaños de la entrada había una cara bien conocida: la del doctor Vollmer, que tiene su consulta en una casa de su propiedad situada un poco más abajo de la nuestra. Le abrí la puerta, saludándole e invitándole a pasar. Con él pareció llegar una bocanada de aire fresco, casi helado. Volviéndome mientras cerraba, le dije que si buscaba ampliar su clientela habría de visitar la casa

vecina. Extendí una mano, solicitando su sombrero.

El doctor supo ponerse una vez más a la altura de mis bromas hacia sus pacientes.

—Tengo bastante con los clientes que me visitan en la actualidad, Archie. Todo el mundo está enfermo ahora. Es que, ¿sabe?, me han pasado por teléfono un recado para usted. Era un hombre. Nada de apellidos. Me rogó que le diera personalmente el mensaje. Tiene usted que presentarse en el Westside Hotel, habitación número doscientos catorce, en la calle Veintitrés, a las once y media o tan pronto le sea posible, asegurándose primeramente de que

nadie le sigue.

Enarqué las cejas.

—¡Vaya mensaje!

—Lo mismo pensé. Me indicaron lo que usted me diría: que fuese reservado.

—Pues delo usted por dicho. ¿Qué más dijo el desconocido?

Consulté mi reloj de pulsera: eran las diez y cuarenta y siete minutos.

—Ese fue el mensaje. Luego, el hombre me preguntó si accedería a venir aquí con el exclusivo fin de entrevistarme con usted.

—Habitación número doscientos catorce, Westside Hotel.

—Conforme.

—¿Observó algo particular en la voz

del hombre?

—No distinguí nada particular. No descubrí en ella ninguna nota característica. Se expresaba en un tono mesurado: ni alto ni bajo. Era el tono de una voz normal de hombre.

—Perfectamente, doctor. Muy agradecido. Necesito que me haga otro favor ahora... Andamos metidos en un asunto un tanto complicado. Es posible que alguien tenga interés en saber la causa de esta visita. Si se le acercan, conteste...

—Diré que usted me pidió que le visitara, para que le echara un vistazo a la garganta.

—No. Se ha equivocado por

segunda vez. Él sabrá que a mi garganta no le ocurre nada, así como que no telefoneé. Nuestra línea se halla intervenida. Lo malo es que si alguien se entera de que recibo mensajes a través de usted, a su teléfono le pasará lo mismo que a éstos...

—¡Dios mío! ¡Pero si ésa es una medida ilegal...!

—Así resulta más divertido. Si alguien le pregunta algo, haga como si se indignase, manifestando que las cosas del prójimo le tienen sin cuidado. Podría también mostrarse afable, declarando que vino a tomarle a Fritz la presión sanguínea... No. No ha traído los instrumentos necesarios. Usted vino

por...

—Vine para que me diera la receta de los *escargots bourguignonne*. Prefiero eso, que no tiene nada que ver con la profesión —el doctor Vollmer se encaminó hacia la puerta—. ¡Dios mío, Archie! Sí que debe ser enredado el asunto en que están metidos...

Asentí dándole nuevamente las gracias. El hombre me dio recuerdos para Wolfe. Cuando cerré la puerta no me preocupé de echarle la cadena porque pensaba marcharme en seguida. Fui a la cocina, indicándole a Fritz que él acababa de darle al doctor Vollmer la receta de los *escargots bourguignonne*. Seguidamente pasó al despacho,

llamando a las habitaciones de las plantas. Me negaba a creer que alguien pudiera intervenir un aparato como aquél, un intercomunicador casero. Me contestó Wolfe y le dije lo que había. Gruñendo me preguntó:

—¿Tiene usted alguna idea?

—En absoluto. No hay que pensar en el FBI. ¿Por qué habían de sugerir...? Mis últimas gestiones, sin embargo, pueden haber producido alguna agitación sorda, invisible. Estoy pensando en Evers, en la señorita Fenster, en Muller, incluso. ¿Hay instrucciones?

Wolfe me contestó «¡Uf!», y colgó. Admito que merecía su respuesta.

Se me plantearía primeramente el problema de localizar a mi seguidor y luego el de deshacerme de él. Así pues, tendría que buscarme una ayuda si quería llegar con puntualidad al lugar de la cita. Me hallaba preparado, además, frente a la remota posibilidad de que Ernest Muller fuese excesivamente sensible ante el hecho de su brazo retorcido, pretendiendo devolverme el cumplido. Saqué en consecuencia mi «Marley 38», que procedí a cargar, y la funda de hombrera. Previendo la compra de alguna munición, abrí la caja de caudales, sacando del compartimiento en el que estaba la reserva un billete grande y varios de menor cuantía.



Dejé la casa a las once menos un

minuto. Sin echar ni un vistazo a mí alrededor, me dirigí al establecimiento que hay en la esquina de la Novena Avenida, entré en él y me metí en la cabina telefónica. Marqué el número del garaje de la Décima Avenida en el que Wolfe deja su «Heron», un coche sedán que yo conduzco a menudo. Tras una breve espera, conseguí localizar a Tom Halloran, que presta sus servicios allí desde hace diez años, y le expliqué el programa. Me comunicó que en cinco minutos estaría preparado. Pensando que sería mejor concederle diez, antes de marcharme me entretuve repasando la estantería en que se alineaban los últimos libros publicados en ediciones

de bolsillo. Luego volví a la calle Treinta y Cinco y dejando atrás la casa de fachada color pardo rojizo, doblé hacia la Décima Avenida, entré en la oficina del garaje y la crucé, acercándome a un «Ford» cuyo motor estaba en marcha. Tom se había acomodado detrás del volante. Subí a la parte posterior, me quité el sombrero y me tumbé en el piso. El vehículo, entonces, arrancó.

Aquel modelo de «Ford» tenía espacio suficiente para las piernas de un pasajero. Otra cosa era pensar que el mismo sitio pudiera albergar el cuerpo de un hombre de un metro y ochenta y tres centímetros que no fuese experto

contorsionista. Sufrí lo mío, por tanto. Al cabo de cinco minutos de viaje comencé a sospechar que Tom hacía paradas y describía curvas sólo con el propósito de comprobar mi resistencia. Resistí como pude. Pero mis costillas estaban ya muy castigadas y sentía que las piernas se me entumecían progresivamente, cuando se detuvo por sexta vez. Llegó a mis oídos la voz de Tom.

—Muy bien, señor Goodwin. El campo está libre.

—¡Dios mío! Hazte con una palanca para sacarme de aquí, Tom.

Él se echó a reír. Haciendo un penoso esfuerzo erguí la cabeza y los

hombros. Me agarré al borde del asiento para terminar de levantarme. Seguidamente, me encasqueté el sombrero. Nos hallábamos en la calle Veintitrés con la Novena Avenida.

—¿Hasta qué punto estás seguro? —
inquirí.

—¿No voy a estarlo? ¿Qué oportunidad le hemos dado a su probable seguidor?

—Es maravilloso. Pero la próxima vez procura proveerte de una ambulancia. Ahí dentro, en cualquier rincón, es posible que encuentres algún trozo de mi oreja. Guardártelo como recuerdo.

Tom me preguntó si había algún

trabajo más para él y yo le contesté que no. Más tarde le daría las gracias. El hombre se fue.

El Westside Hotel, en el centro de la manzana, no era exactamente un depósito de basuras, pese a que alguien lo habría calificado de tal. Evidentemente, andaba necesitado de reformas, pese a que un par de años atrás la fachada había sido cambiada y el vestíbulo modificado. Al entrar en el establecimiento me desentendí de todo y de todos, incluido un botones de cabeza calva, dirigiéndome al ascensor. Pulsé el botón de subida. Al salir de la cabina me acerqué a la puerta más próxima para ver el número correspondiente. Advertí

que, instintivamente, mi mano derecha se perdía debajo de la chaqueta, acariciando la culata de mi «Marley». Sonreí. Si era J. Edgar Hoover quien me aguardaba, lo mejor que podía hacer era estar prevenido, pues corría el peligro de salir acribillado. Pasillo abajo, a la izquierda, vi que la puerta de la habitación número 214 se hallaba cerrada. En mi reloj eran las once y treinta y tres minutos. Llamé, oí un rumor de pasos y la puerta se abrió. Erguí el cuerpo, ensayando una mirada impertinente. Pronto fijé la vista en la redonda y rojiza cara del inspector Cramer, de la Brigada de Investigación Criminal del Sur.

—Es usted puntual —gruñó—.

Entre.

Se echó a un lado, cediéndome el paso.

Mis ojos registraron involuntariamente la habitación... Vi la cama de matrimonio, la cómoda con su espejo, dos sillas, la mesa, cuya carpeta reclamaba ya el cambio, una puerta abierta que daba al cuarto de aseo... Sucedió esto mientras yo me iba reponiendo de la impresión sufrida.

Después, mientras dejaba encima de la cama el sombrero y el abrigo, sufrí otra gran sorpresa. Cerca de la mesa había una silla y encima de ésta vi un recipiente con leche y un vaso. ¡Dios

Santo! Aquello era para el huésped... No tengo palabras de reproche para quien no me crea. Yo también me mostré incrédulo en aquel instante. Pero la realidad es algo que no se puede negar.

Cramer se acomodó en una silla de brazos, preguntándome a continuación:

—¿Le han seguido hasta aquí?

—Seguro que no. He obedecido sus instrucciones.

—Siéntese.

Me acerqué a la otra silla libre.

—¿Está intervenido el teléfono de Wolfe?

Nuestras miradas se cruzaron.

—Bueno, ya se habrá dado cuenta de lo que me pasa. De haberme entretenido

en confeccionar una lista de cien personas, calibrando aquellas que podía encontrar en este hotel, usted no hubiera figurado en la relación. ¿Es para mí la leche?

—Sí.

—Entonces usted ha perdido la cabeza. Usted no puede ser el inspector Cramer y yo tengo que preguntarme con quién me enfrento en estos momentos. ¿Por qué desea saber si nuestro teléfono está intervenido?

—Porque no quiero que las cosas se compliquen más de lo que ya lo están. Me agradan bien sencillas. Deseo saber si yo hubiera podido llamarle y pedirle que se acercara por aquí.

—Pues sí. Pero en ese caso le habría sugerido la conveniencia de salir los dos a dar un paseo.

Cramer asintió.

—Conforme. Pretendo informarme, Goodwin. Sé que Wolfe anda enredado con el FBI y deseo conocer la situación de un modo completo, en detalle. Aunque hayamos de pasar el día entero en esta habitación.

Moví la cabeza a un lado y a otro.

—Eso es excesivo y usted lo sabe.

El inspector Cramer explotó.

—¡Diablos! ¡También esto lo es! Lo de encontrarme yo aquí. Lo de haberle hecho venir a este lugar... Pero, ¿no se da cuenta de lo que estoy haciendo?

—No. No tengo la más mínima idea de lo que usted lleva entre manos.

—Pues voy a explicárselo. Le conozco muy bien, Goodwin. Sé que usted y Wolfe se atreven con todo, pero tengo conciencia de sus limitaciones. Le daré una explicación, sí... Hace un par de horas me llamó el comisario. Había hablado con Jim Perazzo... ¿Sabe usted quién es Jim Perazzo?

—Creo que sí. Pertenece al Departamento del Estado, en Nueva York, y se halla adscrito a cierta sección con la que nosotros estamos relacionados profesionalmente: Broadway, número doscientos setenta.

—Bien. El FBI quiere que Perazzo

les retire a ustedes sus licencias de detectives privados. Perazzo aspira a que el comisario le dé cuenta de todo lo que yo pueda tener contra los dos. Mi superior está informado, naturalmente, de que en el curso de los años yo... ¡hum!... he tenido contactos con ustedes, y desea que le facilite un informe completo y por escrito. Ya sabe lo que son esta clase de papeles. Todo depende de quién los escribe. Antes de redactar el presente quiero saber qué es lo que Wolfe ha hecho o está haciendo para dar motivo a que el FBI se lance contra él. Deseo, ya se lo he indicado, un cuadro completo de la situación actual.

Cuando uno se enfrenta con algo que

requiere atenta consideración, ayuda mucho a concentrarse en el tema emplear las manos en algún quehacer. En tales casos se suele encender un cigarrillo (lo malo es que yo no fumo), o sonarse la nariz. Cogí el recipiente de la leche, el clásico *cartón*, abrí la solapa y vertí cuidadosamente parte del contenido en el vaso. Una cosa era evidente... Él podía haberme llamado por teléfono, o hubiera podido ir a la casa de Wolfe. No había procedido así porque sin duda sospechaba que el teléfono estaba intervenido y la vivienda vigilada. Por consiguiente, no quería que el FBI estuviese enterado de aquel contacto. Se habría creado muchas

complicaciones. Y acababa de hablarme del FBI, de Perazzo y del comisario. Un inspector de policía se ponía en ridículo abordando tales temas en una conversación celebrada con un detective privado. Había que deducir que él no deseaba que nosotros perdiéramos nuestras respectivas licencias oficiales. Algo le preocupaba, entonces, y lo más conveniente era averiguar qué era. En una situación como aquélla, antes de nada, yo hubiera debido llamar a Wolfe, recurso que tenía que descartar. Yo tenía instrucciones para obrar como mejor me inspirase mi cerebro, guiado por la experiencia, en las situaciones apremiantes.

Ese fue el camino que seguí. Sorbí un poco de leche, dejé el vaso sobre la silla y dije:

—Si usted puede quebrantar una norma, yo también. He aquí lo que ocurre...

Se lo conté todo: la charla con la señora Bruner, lo de la importante cantidad anticipada, la velada de Lon Cohén, mi conversación con la señora Bruner y Sarah Dacos, mi visita a la *Evers Electronics*, mis entrevistas con Ernest Muller y Julia Fenster y las circunstancias de mi temporal traslado de cama al despacho de Wolfe... No hice un relato detallado, pero toqué todos los puntos y fui contestando las

preguntas que Cramer me hizo sobre la marcha. Cuando terminé de hablar, la leche se había acabado y él tenía un cigarro entre los dientes. Cramer no fuma puros. Simplemente, los mastica.

Apartándose el puro de la boca, me dijo:

—Así pues, los cien mil dólares son suyos, suceda lo que suceda.

Hice un gesto afirmativo.

—Y además habrá un cheque para mí. ¿No he mencionado tan interesante dato?

—Sí que lo ha hecho. No me extraña lo de Wolfe. Dado su carácter egoísta, es capaz

de aceptar lo que se le ofrezca

siempre y cuando se le pague. Lo de usted me sorprende más. Usted sabe perfectamente que al FBI no se le puede atacar. Ni siquiera la Casa Blanca podría con la organización. Y, sin embargo, observo que anda a salto de mata, de un lado para otro, recurriendo incluso a ciertos bribones. Se la está buscando y no digo que no se la gane. Ha perdido la cabeza, ¿verdad, Archie?

Escurrí el *cartón* de leche.

—Tiene usted razón, Cramer. Tiene más razón que un santo, se mire por donde se mire la cosa. Hace una hora, yo habría llegado a decir «amén». Pero ahora, en este instante, ¿sabe?, pienso de otro modo. Anoche, Wolfe dijo algo que

no sé si he mencionado. Manifestó que existía la posibilidad de que alguien hubiese sido inducido a pasar a la acción. Esa gente, efectivamente, ha espoleado a Perazzo, quien, a su vez, se ha puesto en seguida al habla con el comisario, quien, por su parte, ha hablado con usted. La cadena sigue... Usted me ha hecho venir aquí solo, obsequiándome con un cuarto de litro de leche, algo auténticamente increíble. Cuando se da un hecho que suscita asombro en los demás, puede muy bien darse otro de análoga naturaleza. ¿Se aviene a contestar a una pregunta que voy a formularle?

—Venga.

—Ni Nero Wolfe ni yo le inspiramos precisamente sentimientos amorosos. Entonces, ¿por qué desea pasar al comisario un informe que dificulte la supresión de nuestras licencias profesionales?

—Yo no he dicho que pensaba hacer eso.

—Tonterías —señalé el recipiente de la leche—. Esto habla por sí solo. También son elocuentes las circunstancias de mi presencia aquí. ¿Por qué, inspector Cramer?

Abandonó la silla, echando a andar. Acercóse de puntillas, silenciosamente si se tenían en cuenta su edad y volumen, a la puerta, que abrió de pronto,

asomándose al pasillo. Desde luego, no estaba seguro de que no me hubieran seguido hasta allí. Cerró la puerta y se trasladó al cuarto de baño. Escuché el familiar rumor del agua cayendo de un grifo. Se me aproximó con un vaso lleno de ella, que se llevó a los labios pausadamente. Tras colocar el vaso sobre la mesa me miró con los párpados entreabiertos.

—Hace treinta y seis años que soy agente de policía y ésta es la primera vez que trato de arrojar la carga que pesa sobre mis hombros a los de un extraño.

Mis ojos ofrecieron una irónica expresión.

—Me siento profundamente halagado. Y estoy seguro de que Nero Wolfe piensa igual que yo.

—Tonterías. Goodwin, voy a decirle algo que es exclusivamente para usted y Wolfe... El círculo de auditores se acaba ahí. No hay que pensar ni en Lon Cohén, ni en Saúl Panzer, ni en Lily Rowan, ¿vale?

—Ignoro por qué ahora saca usted a relucir a la señorita Rowan, una amiga particular, simplemente. ¿Y por qué contarme algo que luego no voy a poder utilizar?

—Hará usted buen uso de ello. Pero he de insistir en que no procede de mí, ¿entendido? Ha de conducirse con la

máxima discreción.

—Conforme. El señor Wolfe no está aquí. Le es imposible, por tanto, darle su palabra de honor. Lo haré yo por él. Hablaré por los dos. Tiene usted nuestra palabra de honor de que procederemos de acuerdo con sus deseos.

—Perfectamente. Gracias a su memoria de cinta magnetofónica, no será preciso que tome notas. ¿Le dice algo el nombre de Morris Althaus?

Cramer deletreó el apellido.

Asentí.

—Acostumbro leer los periódicos. Es un caso que ustedes no consiguieron aclarar. Recibió unos disparos en el pecho. Fue en los últimos días de

noviembre. No se encontró el arma con la que lo acribillaron.

—Ocurrió un viernes por la noche, el veinte de noviembre, exactamente. El cadáver fue encontrado a las ocho de la mañana siguiente, por una de las mujeres de la limpieza. El hombre murió entre las ocho de la noche del viernes y las tres de la madrugada del sábado. No fueron varios los disparos, sino uno solamente, en el pecho, sí. El proyectil le atravesó un pulmón, saliéndole por la espalda, después de astillarle una costilla. La bala prosiguió su trayectoria, dando en la pared, aproximadamente a un metro y veinticinco centímetros del suelo. Había

perdido fuerza y no hizo más que arañar el muro. El cadáver estaba tendido de espaldas, con las piernas extendidas. Tenía el brazo izquierdo pegado al cuerpo y el otro cruzado sobre el tórax. Iba vestido, pero sin chaqueta, en mangas de camisa. No había señales de desorden a su alrededor; no encontramos indicios que revelaran que en el escenario del crimen había habido lucha. Como usted ya ha indicado, no se encontró arma alguna. ¿Voy demasiado de prisa?

—No.

—Interrúmpame si desea formular alguna pregunta. Esto había sucedido en el cuarto de estar de su apartamento, en

la tercera planta de un edificio sito en la calle Sesenta y Tres Arbor: dos habitaciones, cocina y baño. Hacía tres años que vivía allí, solo. Contaba treinta y seis años de edad. Era un escritor «franco tirador» y a lo largo de los últimos cuatro años había redactado siete trabajos para la revista *Tick-Tock*. Iba a contraer matrimonio en el mes de marzo con una joven llamada Marian Hinckley, de veinticuatro años, perteneciente a la plantilla de la citada publicación. Bueno; podría ampliar estos detalles si ordenara que me facilitasen el expediente del caso. Sin embargo, he de señalar que no hay en él nada relativo a los movimientos de ese

hombre, a sus amistades o colaboradores, nada que valga la pena saber. Nosotros pudimos sacar muy poco partido de todo ello.

—Ha olvidado citar un pequeño detalle: el calibre del proyectil.

—No es que se me haya olvidado. Allí no encontramos la bala.

Mis ojos debieron de dilatarse.

—¡Vaya! Un crimen perfecto, por lo que veo.

—Sí. Un crimen muy cuidado, planeado a sangre fría, probablemente. El proyectil sería del treinta y ocho, o más, quizá, a juzgar por el tamaño de la herida. Vienen dos hechos ahora... Primero: por espacio de tres semanas,

Althaus había estado reuniendo materiales para escribir un artículo sobre el FBI, que saldría en la revista *Tick-Tock*. En el apartamento no fueron hallados papeles sobre el tema, nada en absoluto. Segundo: alrededor de las once de la noche de aquel viernes, salieron de la casa de la calle Sesenta y Tres Arbor tres hombres del FBI, quienes después de doblar la esquina se metieron en un coche, alejándose de allí inmediatamente.

Permanecí inmóvil, mirando atentamente al inspector Cramer. Existen varias razones para mantener la boca cerrada, pero la mejor es no tener nada que decir.

—Le mataron, en consecuencia —
manifestó el policía—. ¿Se presentaron
en su apartamento con tal fin? Por
supuesto que no. Existen diversas
formas de explicar lo sucedido. Voy a
aludir a la que más me convence.
Seguramente, llamaron por teléfono a la
casa. Como nadie contestó, pensaron
que nuestro hombre había salido. Ya
delante de la puerta del piso, pulsaron el
timbre, llamada que nadie atendió.
Abrieron y se introdujeron en la
vivienda. Pretendían efectuar una
«limpieza». El sacó un arma y uno de
los visitantes se le adelantó, haciendo
fuego con la suya. Esa gente recibe al
respecto una instrucción muy completa

en Washington... Localizaron lo que buscaban y se fueron, llevándose el proyectil, para que nadie descubriese que procedía de una de sus pistolas.

Yo seguía escuchando. Nunca había habido un oyente más atento...

—¿Tenía un arma ese hombre? — pregunté.

—Sí. Una «Smith and Wesson» del treinta y ocho. Poseía la correspondiente licencia. No estaba allí. Se la llevaron. Tendría que preguntarles a ellos por qué. Había una caja de municiones casi llena en un cajón.

Reflexioné unos instantes.

—Así pues, descubrieron ustedes lo sucedido. Vaya, vaya... Mi felicitación

más cordial.

—Está equivocado, Goodwin.

—¿Quién vio a esos hombres?

Cramer hizo un movimiento denegatorio con la cabeza.

—Se lo diré todo menos eso. La persona en cuestión no le serviría de nada. El les vio salir, meterse en el coche y acto seguido marcharse. Se procuró de este modo el número de la matrícula del vehículo. De ahí proceden nuestros datos. Nos vemos atados de pies y manos. Supongamos que pudiéramos citar los nombres de esos personajes. ¿Adónde nos llevaría eso? Yo he visto a muchos criminales, que podría mencionar... ¿De qué me sirve

~si no estoy en condiciones de probar nada? Ahora daría la paga de un año por descubrir a los que integraban aquella maldita pandilla. Esta ciudad no les pertenece; es cosa mía. Nuestra. Hablo del Departamento de Policía de Nueva York. Nos han tenido rechinando los dientes por años. ¿Pero qué se han creído? ¿Creen acaso que pueden entrar impunemente en las casas de los ciudadanos, cometiendo, además, homicidios? ¿Cómo se atreven a actuar a su antojo dentro de mi territorio? ¿Por qué han de reírse de mí?

—¿Se han reído de usted?

—Sí. Me presenté en la Calle Sesenta y Nueve, entrevistándome con

Wragg. Le dije que, desde luego, ellos, estaban informados de que Althaus se dedicaba a recoger materiales para un trabajo suyo. Suponía que habían sostenido alguna discusión con él la noche en que fuera asesinado. De ser así, indiqué que agradecería una pequeña colaboración. Wragg me contestó que, de haberle sido posible, me habría echado una mano, pero que tenía cosas más importantes de las que ocuparse. No le comuniqué que habían sido vistos. Se hubiera echado a reír a carcajadas.

A Cramer le temblaba la barbilla.

—Desde luego, esta cuestión fue discutida varias veces en el despacho

del comisario. Y yo sigo cómo antes; sin poder hacer nada. Nada nos gustaría más que ahorcar a esos tres individuos. Sin embargo, ¿qué podríamos exponer a un jurado? y, ¿qué conseguiríamos en definitiva? Así que lo dejamos todo a un lado. Finalmente, concretaré. No me limitaré únicamente a redactar un informe sobre Wolfe y usted... Veré al comisario, le hablaré. No creo que pierdan ustedes sus licencias. Ahora bien, no pienso poner a mi superior al tanto de la presente entrevista.

Cramer se puso de pie, cogiendo del lecho su sombrero y su abrigo.

—Apure el *cartón* si quiere, Goodwin. Me figuro que la señora

Bruner será correspondida con un trabajo que no desmerecerá su dinero — me tendió una mano—. Feliz Año Nuevo.

—Lo mismo le deseo —yo me había levantado también—. ¿Podría ese hombre identificarlos si llegara la oportunidad?

—¡Por el amor de Dios, Goodwin! ¿Tres contra uno?

—Ya lo sé, ya lo sé... Pero, de ser preciso, ¿podría él? ¿Eh?

—Quizá. El cree que podría, al menos. Le he dicho a usted todo lo que tenía que decirle. No vaya a verme. No me telefonee. Concédame ahora unos minutos para salir —el inspector

Cramer se acercó a la puerta, desde la cual se volvió para agregar—: Muy afectuosos recuerdos para Wolfe de mi parte.

Dicho esto se marchó.

Terminé de *limpiar* el vaso de leche en pie.

5

Eran las doce y veinte minutos cuando salía yo del vestíbulo del Westside Hotel. Tenía ganas de estirar las piernas. Sabía que nadie me seguía, y caminar sin la desagradable compañía de un vigilante me proporcionaba una impresión maravillosa. Por otro lado, de momento no quería calentarme la cabeza con arduas reflexiones. Prefería mirar esto y aquello, aprovechando el soleado día invernal. Apenas hacía viento. Crucé en dirección a la Sexta Avenida y luego

giré hacia el sur.

En el instante de pasar por la plaza de Washington iba diciéndome que el hecho de que la calle Arbor estuviese en el Village y que Sarah Dacos viviese allí constituía una coincidencia. La verdad es que en el Village habitan doscientas cincuenta mil personas, y yo había conocido coincidencias mucho más fantásticas. Bueno, dejaré tal pensamiento como simple muestra de los *productos* que elabora mi cerebro cuando paseo.

Yo había estado antes en la calle Arbor; con un objetivo que nada tiene que ver con el presente relato. Es una vía estrecha, con tres bloques de casa,

viejos edificios de fachadas de ladrillos ya muy desgastados, a los dos lados. El número 63, que quedaba hacia el centro, no presentaba ninguna peculiaridad. Las ventanas del tercer piso, en el que Morris Althaus había vivido y encontrado la muerte, tenían las cortinas de color oscuro corridas. Doblé la esquina, donde los agentes secretos federales dejaron su coche. Como ya he dicho, yo iba contemplando distraídamente todo lo que hallaba en el camino. Pero, profesionalmente, estaba escudriñando el escenario de un crimen. Esta actitud ayuda, a veces. Bueno. Me sirve a mí, pero no a Wolfe, quien no sería capaz de comportarse como yo en

parecidas circunstancias. Me habría gustado poder subir al tercer piso para echar un vistazo al cuarto de estar, mas también deseaba llegar a casa a tiempo para comer, de manera que retrocedí hasta la calle Christopher, donde requerí los servicios de un taxista.



¿Por qué pretendía estar allí a la hora de comer? Para observar la regla

de que durante las comidas no se debía hablar de las actividades profesionales. Fritz me abrió la puerta a la una y veinte minutos. Dejé sombrero y abrigo en la percha. Wolfe se había sentado ya a la mesa. Al entrar en el comedor, mientras me acomodaba frente a él, formulé un comentario acerca del tiempo. El me correspondió con un gruñido, engullendo un buen bocado de ternera asada, fritz me pasó la fuente y yo me serví una pequeña porción. No es que me sintiera mezquino. Quería poner de relieve que a veces ciertas normas pueden suponer una verdadera estupidez. Hay costumbres que permiten gozar de una comida. El mismo hábito, en otros

casos, puede echarla a perder. No es eso precisamente lo que a mí me ocurrió, pero la verdad es que intercambiamos muy pocas frases.

Después de levantarnos comuniqué a Wolfe que quería enseñarle algo en la planta baja. Comencé a caminar por el vestíbulo, torcí a la derecha y descendí por unas escaleras, siempre seguido por él. En la planta baja Fritz tiene su habitación y baño; además hay un pequeño almacén y un gran cuarto con una mesa de juego y un sillón grande sobre una tarima. En ese sitio gusta Wolfe de vernos, a Saúl Panzer y a mí, para estudiarnos a placer, cuando decide utilizar nuestras sugerencias, lo cual

sucede una vez por año. Manipulé en el conmutador de pared...

—Su nuevo despacho. Espero que le guste. Hay una probabilidad entre un millón de que esa gente sea capaz de sembrar este recinto de micrófonos sin meterse previamente dentro. Siéntese, por favor.

Me acomodé en el borde de la mesa, frente al gran sillón.

Los ojos de Nero Wolfe me miraron centelleando.

—¿Será posible que ahora pretenda usted fastidiarme con estas tonterías?

—Tratándose de mí, sí es posible. Debo comunicarle que el inspector Cramer me dio muy afectuosos

recuerdos para usted. Añadiré que me tenía preparado un *cartón* de leche, que estrechó mi mano y que me deseó toda clase de venturas para el año que acabamos de estrenar.

—¡Bah!

—Le digo que se trataba de Cramer.

—¿Era Cramer la persona que le esperaba en la habitación del hotel?

—Sí.

Wolfe subió a la tarima, sentándose.

—Explíquese —gruñó.

Obedecí sin precipitación porque quería estar seguro de que no se me olvidaba nada. De habernos encontrado en el despacho, él se habría recostado en su asiento, cerrando los ojos. Pero al

sillón aquel no le permitía tales expansiones. Más bien, le obligaba a permanecer erguido. Durante los últimos diez minutos estuvo escuchándome con los labios apretados, no sé si por lo que iba oyendo o por la irritación que pudiera producirle su asiento, o ambas cosas a la vez. Terminé con el relato de mi breve paseo, manifestando que cualquier hombre plantado ante las ventanas de los dos edificios opuestos podía haber visto al grupo abandonar el número 63, contemplando su inmediato desplazamiento hasta el coche. No hubiera ofrecido ninguna dificultad tomar nota de la matrícula del mismo... En la esquina había una luz.

Wolfe hizo una aspiración profunda, resoplando ruidosamente a continuación.

—Nunca hubiera podido figurarme que Cramer fuese tan necio.

Bajé la cabeza, afirmando.

—Ya me doy cuenta de que es eso lo que parece. Pero él no sabía, hasta que se lo dije, por qué razón el FBI nos seguía los pasos. Suponía solamente que nosotros les habíamos declarado la guerra por algún motivo y pensaba que se enfrentaba con un crimen que no lograba aclarar; decidió entonces poner el caso en nuestras manos. Debe usted admitir que es halagador que él se figurara la existencia de urja remota probabilidad en cuanto a la aceptación

de tal encargo por su parte. Ya ve las molestias que se tomó. Y después de hablarle de la señora Bruner no cambió de opinión. Quizá haya cambiado a estas horas. Tiene que comprender que la cosa no encaja bien... Supongamos que se da el milagro y que usted consigue atribuir el crimen a esos agentes, de una manera irrefutable. Tal hecho no va a satisfacer las exigencias de su cliente. El episodio la favorecería, y nosotros nos ganaríamos dignamente nuestros honorarios, si usted pudiese decir a los agentes: «Yo me olvidé del crimen si ustedes a su vez, se olvidan por completo de la señora Bruner». A Cramer no le gustaría eso, en absoluto.

No es ésa su idea. El pacto con un criminal no entra dentro de nuestras normas, ¿verdad? ¿He comprendido bien la cuestión?

Otro gruñido de mi jefe.

—Usa usted los pronombres personales con mucha libertad.

—En esta ocasión he dicho bien: «nuestras normas». Ese es también mi estilo.

Wolfe movió la cabeza. Las comisuras de sus labios se enderezaron.

Le miré fijamente, inquiriendo:

—¿Qué diablos le hace sonreír ahora?

—Considero una alternativa. Ha dicho usted que sería una imbecilidad

establecer que el FBI mató a ese hombre. Perfectamente. Entonces, procuraremos demostrar que no fueron los agentes los autores del crimen.

—¿Y luego?

—Ya veríamos —Nero Wolfe me mostró expresivamente la palma de sus manos—. Mire, Archie... Nosotros no tenemos nada. Las orientaciones facilitadas por el señor Cohén carecen de importancia. No dan pie ni a la más leve esperanza. Ahora, gracias al inspector Cramer, disponemos de una almendra con su correspondiente pepita: un caso de asesinato no resuelto, en el que anda metido hasta las narices el FBI, fueran o no los agentes autores del

crimen. Se trata de un reto a nuestro ingenio, a nuestras inteligencias, si es que verdaderamente las tenemos. Necesitamos primeramente averiguar con toda seguridad quién mató a ese hombre. Usted contempló el rostro de Cramer mientras hablaba, usted apreció el tono de su voz en aquellos momentos. ¿Le producía satisfacción que el FBI se hallase complicado en el asunto?

—Sí.

—¿Y cree obrar justamente adoptando esa postura?

—El piensa que sí. Desde luego, el caso suscita su indignación. Se refiere a ellos llamándolos pandilla, puñado de desalmados, etcétera. Después de

enterarse de que los tres agentes secretos federales habían estado en el lugar del crimen a la hora crítica calibró, quizá, otras probabilidades. Es un buen policía y de haber existido otra pista convincente la habría seguido. No hubo nada de esto, al parecer. Y si Althaus era ya cadáver en el momento en que entraron en el piso, ¿por qué esos hombres no facilitaron el informe oportuno? Anónimamente, desde luego, después de haberse marchado. Prefirieron obrar de otro modo, sin duda. Y tenemos la cuestión de la bala. Son pocos los criminales capaces de hacerse cargo de que el proyectil, después de atravesar el cuerpo de la

víctima, ha acabado dando en la pared; de proceder a continuación a su búsqueda y de localizarlo y llevárselo. Este incidente puede ser significativo en manos de Cramer. Sí. Digamos que Cramer cree tener razón.

Wolfe me miró frunciendo el ceño.

—¿Quién es ese señor Wragg que mencionó Cramer?

—Richard Wragg, quien ostenta un cargo de importancia en Nueva York, dentro de la organización. Es un agente especial.

—¿Sabe él o cree que Althaus muriera a consecuencia de un disparo efectuado por uno de sus hombres?

—Tendría que preguntárselo. Podría

saber que uno de ellos lo hizo, pero es imposible que lo sepa si no fue así, ya que no se encontraba en el lugar del delito. No es ningún tonto. Lo sería si diese crédito a todo lo que le contaran. ¿Importa mucho el dato?

—Podría importar bastante.

—Pues yo supongo que él piensa en la existencia de una probabilidad en el sentido indicado, o bien está informado de que uno de los agentes mató a Althaus. En otro caso, cuando Cramer fue en su busca, solicitando colaboración, lo más seguro es que se lo hubiese entregado. Al FBI le agrada servir a los policías normales cuando no hay que hacer ningún sacrificio, cuando,

por ejemplo, no existe el riesgo de perder un poco de prestigio... Wragg sabría que Cramer no hubiera dicho nada ante la eventualidad de una visita al piso de Althaus sin que nadie invitara a su gente. Los policías que he llamado normales también suelen proceder así. Así pues, no sería nada extraño que Wragg incluso guardase la bala homicida en uno de los cajones de su mesa de trabajo.

—¿Usted qué opina? ¿Está de acuerdo con el señor Cramer?

—Partiendo de Nero Wolfe, ésa es una extraña pregunta. Yo no aventuro opiniones y usted tampoco. A lo mejor resulta que el que mató a Althaus fue el

dueño del piso, por no hallarse el hombre al día en cuanto al pago del alquiler. O, o, o...

Nero asintió.

—Por ahí es por donde hemos de orientar nuestros pasos. Va usted a empezar ahora mismo y por donde le parezca mejor. Por su familia, quizá. Yo me acuerdo de que el padre de la víctima, David Althaus, confeccionaba prendas de vestir femeninas.

—Conforme. Séptima Avenida —me deslicé del borde de la mesa, quedándome de pie—. Puesto que nosotros preferimos la hipótesis de que no fue asesinado por un agente secreto federal, me imagino que no tenemos por

qué interesarnos por el material que había ido reuniendo sobre el FBI.

—Nosotros nos interesamos por todo —replicó Wolfe, haciendo una mueca—. Y si usted da con alguna persona que cree que debo ver, hágala venir —ensayó otra mueca y agregó—: Da igual que sea hombre o mujer...

—Lo haré y con mucho gusto. Mi primera parada será en la *Gazette*, para escudriñar en el archivo. Puede ser que Lon conozca hechos que no hayan sido publicados. Claro que por cuanto se refiere a hacer venir aquí a alguien... Piense que la casa puede estar vigilada, desde la fachada principal a la posterior. ¿Cómo voy a arreglármelas

para hacerlos entrar y salir?

—Entrarán y saldrán por la puerta. Estamos efectuando investigaciones sobre un crimen con el cual el FBI nada tiene que ver. Es lo que el señor Wragg dijo al inspector Cramer. Y, por una vez, este último no se quejará.

—Entonces... ¿ya no tengo que preocuparme de si me siguen o no?

—No.

—¡Menudo alivio! —comenté.

6

En mi reloj eran las cuatro y treinta y cinco minutos cuando entré en un establecimiento situado cerca del Grand Central. Consulté la guía telefónica de Manhattan, entré en una cabina, cerré la puerta y marqué un número.

Con la ayuda de los archivos de la *Gazette* y los informes verbales de Lon Cohén, había llenado una docena de páginas de mi libro de notas. Si me detuviera en todos los detalles, resultaría un informe demasiado largo,

de manera que doy cuenta exclusivamente de lo que el lector necesita saber para poder comprender. He aquí los nombres principales:

Morris Althaus, muerto; 36 años; estatura: un metro y ochenta centímetros; peso: 78 kilos; complexión robusta, buen aspecto. Siempre les había caído bien a los hombres y más que bien a las mujeres. Había vivido un episodio amoroso de dos años de duración, 1962 y 1963, con cierta actriz de teatro, cuyo nombre no va a darse aquí. Ganaba con la pluma alrededor de diez mil dólares anuales. Probablemente, sus ingresos se habían visto incrementados por la madre, sin que el padre tuviese

conocimiento de semejante hecho. Ignorábase en qué fecha él y Marian Hinckley habían decidido casarse, pero se sabía que durante varios meses no había frecuentado otras mujeres. En su apartamento había sido hallada una novela sin terminar: trescientas ochenta y cuatro cuartillas escritas a máquina. Nadie en la *Gazette*, ni siquiera Lon, opinaba con fundamento sobre la probable identidad del asesino. Antes de ser cometido el crimen nadie estaba enterado de que se dedicaba a recoger documentación para un trabajo sobre el FBI. Lon creía que aquello era una desgracia para el periodismo en general y para el personal de la *Gazzette* en

particular. Al parecer, Althaus había ido con pies de plomo en lo referente a su proyecto, guardándolo para sí.

David Althaus, padre de Morris: edad: 60 años aproximadamente; socio de la firma Althaus and Greif, confeccionistas de vestidos en la línea «Peggy Pilgrim». (Véanse los periódicos de la localidad.) David había soportado mal que Morris, su único hijo, hubiese dicho a «Peggy Pilgrim» *ahí te quedas...* Por tal motivo, los dos se habían distanciado en los últimos años.

Ivana Althaus, esposa de David. Se había negado a recibir a los periodistas desde el principio. Siete semanas después de la muerte de su hijo

continuaba viviendo en pleno aislamiento. Únicamente se reunía con algunos amigos íntimos.

Marian Hinckley, de 24 años de edad, había pertenecido a la plantilla de la revista *Tick-Tock* durante casi dos años. En el archivo había fotografías de la joven y viéndolas se comprendía en seguida por qué motivo Althaus había concentrado su atención en ella. La joven también se había negado a hablar con los periodistas, pero al final un *elemento* del *Post* logró una entrevista, colocando algo en entredicho a la *Gazette*. A esta revista le dolió tanto el desaire que no se sabe cómo, entre las paredes de la redacción se incubó la

hipótesis de que Marian Hinckley había hecho fuego sobre Althaus con un arma propia, porque ella pensaba que su novio la engañaba. Tal teoría, sin embargo, no prosperó.

Timothy Quayle, de 40 años de edad aproximadamente, era el redactor jefe de

Tick-Tock. Lo incluyo en esta relación porque se había enfrentado ásperamente con un periodista del *Daily News* que intentó, acorralar a Marian Hinckley en el vestíbulo del edificio en que se hallaban las oficinas de la mencionada revista. Los hombres galantes merecen un poco de atención.

Vincent Yarmack, de unos cincuenta

años, ocupaba un cargo similar al de Timothy Quayle en *Tick-Tock*. Hago referencia a él porque el trabajo que Althaus llevaba entre manos había sido idea suya.

Aquello no parecía muy prometedor... Estudié la figura de la actriz. Su aventura con Althaus había terminado hacía más de un año, y, además, un par de experiencias previas me habían enseñado que las actrices son mejores a partir de la quinta o sexta riña. A los dos redactores jefes había que eliminarlos. En el padre no había, probablemente, ni que pensar. Marian Hinckley me atraía, pero pensaba en sus negativas. El camino más seguro era el

que me ofrecía la madre... Busqué en la guía su número de teléfono, tras lo cual me metí en la cabina telefónica.

Lo primero que tenía que conseguir era que se pusiese al habla. A la mujer que atendió la llamada no le di nombre alguno. Me limité a decirle, en tono solemne, que comunicara a la señora Althaus que hablaba desde una cabina pública y que me acompañaba un hombre del FBI. Añadí que, ineludiblemente, teníamos que intercambiar unas palabras. La treta dio resultado. A los dos minutos llegó a mis oídos una voz nueva.

—¿Con quién hablo? ¿Un hombre del FBI, ha dicho?

—¿La señora Althaus?

—Sí, soy yo.

—Me llamo Archie Goodwin. No soy agente del FBI. Trabajo para Nero Wolfe, el investigador privado. No hay ningún hombre del FBI conmigo en la cabina. Está detrás de mí porque me sigue. Me vigila. Me seguirá hasta su casa, pero eso me tiene sin cuidado si a usted tampoco le importa. He de verla... Ahora mismo, si es posible. Es preciso...

—No recibo a nadie.

—Lo sé. Bien. Usted habrá oído hablar de Nero Wolfe. ¿Me equivoco?

—He oído hablar de él, en efecto.

—Una persona a quien conoce

perfectamente le ha dicho que sabe que su hijo Morris fue asesinado por un agente del FBI. Ese es el motivo de que me sigan. Y tal es la razón de que quiera verla. Podría presentarme en su casa dentro de diez minutos. ¿Ha oído mi nombre? Archie Goodwin.

Silencio. Y finalmente:

—¿Usted sabe quién mató a mi hijo?

—No conozco su nombre. No sé nada. Solamente sé lo que le han dicho al señor Wolfe. Es cuanto puedo decirle por teléfono. Si me permite formular una sugerencia... Nosotros creemos que la señorita Marian Hickley debiera estar informada de esto. Quizá usted pueda llamarla por teléfono y hacerla ir a su

casa, para que yo pudiese charlar con las dos. ¿Puede usted?

—Sí, desde luego. ¿Es usted un reportero? ¿Es esto una treta?

—No. De serlo habría que juzgar burda la triquiñuela. Luego, con despedirme... Yo soy Archie Goodwin.

—Es que yo no... —una larga pausa—. Muy bien. Al llegar le exigirán que se identifique.

Contesté que era lo normal en aquella situación y colgué el teléfono antes de que pudiese cambiar de opinión.

Al salir de casa había decidido desentenderme por completo de mis posibles vigilantes. Sin embargo, no

pude evitar, mientras exploraba la calle en busca de un taxi libre, que mis ojos repasaran atentamente las filas de vehículos aparcados. Después, cuando ya rodaba avenida Madison arriba hacia el Park, no miré a mi espalda ni una sola vez. ¡Al diablo mis seguidores!

El edificio era de los de estilo clásico en Park Avenue, y pertenecía, por tanto, a la serie de construcciones levantadas en el año 1880 y siguientes... El portero se levantó de un salto de su asiento al ver detenerse el taxi. Cuando le enseñé mi licencia de investigador privado, el hombre la examinó atentamente, devolviéndomela a continuación, al tiempo que me

notificaba que la vivienda que buscaba era la 10 B. Me acerqué al ascensor...

En el piso décimo fui recibido por una mujer uniformada, quien se quedó con mi sombrero y abrigo, que dejó en un armario. Por una arcada pasé a una habitación más grande que la de Lily Rowan, donde podían danzar veinte parejas. Poseo un test especial que aplico a las gentes que usan habitaciones tan desmesuradas... No me guío por las alfombras, ni por los muebles, ni por las cortinas. Me fijo especialmente en los cuadros que cuelgan de las paredes. Si puedo decir qué representan, nada hay que objetar. Si todo lo que puedo hacer es mirar haciendo conjeturas, se trata de

gente capaz de soportar las observaciones del prójimo. Aquel cuarto aguantó muy bien mi test. Me hallaba contemplando un lienzo en el que aparecían tres chicas sentadas sobre la hierba, debajo de un árbol, cuando oí un rumor de pasos a mi espalda y volví la cabeza. Ella se acercaba. No me ofreció su mano. Limitóse a decirme, en voz suave y muy baja:

—¿El señor Goodwin? Soy Ivana Althaus.

Seguidamente, tomó asiento en una silla.

También sin el test de los cuadros hubiera podido catalogar a Ivana Althaus; era una figura menuda y esbelta.

Toda ella respiraba honestidad. Advertíase eso en las proporciones de su cuerpo, en sus cabellos grises, en sus ojos, de vacilante expresión. Al coger yo otra silla para colocarme delante de la dueña de la casa, me dije que, a mi vez, sería todo lo honesto posible. La señora Althaus me dijo que la señorita Hinckley no tardaría en llegar, pero que ella había preferido no tener que esperar. Me había oído afirmar por teléfono que su hijo había sido asesinado por un agente del FBI. ¿Era eso cierto?

Sus ojos no se apartaban un momento de mi rostro.

—No del todo —respondí—. Yo le

indiqué que una persona se lo había dicho al señor Wolfe. Debo explicar algo en relación con la personalidad de mi jefe. Wolfe es... un excéntrico, cuya cabeza alberga determinadas ideas sobre el Departamento de Policía de Nueva York. Lamenta la actitud de los miembros de dicho organismo hacia él y su trabajo. Piensa que cometen muchas interferencias. Lee los periódicos y de modo muy especial las informaciones relativas a hechos delictivos, crímenes, etcétera. Hace un par de semanas se le ocurrió pensar que la policía y el fiscal del distrito habían abandonado el caso de su hijo. Después, al enterarse de que su hijo había estado recogiendo

documentación para un artículo sobre el FBI, sospechó que la despreocupación podía ser deliberada. En tal situación, se le presentaba la oportunidad de poner en evidencia a la policía. Nada hubiera podido complacerle más.

La señora Althaus apenas parpadeaba.

—No teníamos ningún caso entre manos y en seguida inició sus pesquisas. Descubrimos una cosa, un hecho que no se había dado a conocer al público. Esto: la policía no encontró en el apartamento de su hijo nada acerca del FBI, ni documentos, ni notas... Seguramente, usted está informada de tal extremo...

—Sí.

—Me lo imaginaba. Por eso mencioné el incidente. Igualmente, nos hemos procurado otras informaciones. He recibido instrucciones de silenciarlas. Usted comprenderá... El señor Wolfe desea reservárselas hasta contar con lo suficiente para ponerse en marcha. Pero ayer por la tarde un hombre le comunicó que sabía que su hijo había sido asesinado por un agente del FBI. Respaldó oportunamente su información. Mire... No voy a facilitarle su nombre ni ciertos detalles. Insistiré en que es una persona en quien se puede confiar, y que su argumentación es sólida, si bien ésta no constituye una

prueba definitiva. En consecuencia, el señor Wolfe desea obtener todos los detalles posibles que quienes vivieron cerca de su hijo están en condiciones de aportar. Por ejemplo: gente a la que pudo haber referido cosas reservadas sobre el FBI de las que se había enterado. Naturalmente, usted es una de esas personas y también la señorita Hinckley. Y el señor Yarmack. Se me ha indicado que pusiese de relieve que el señor Wolfe no está buscando un cliente ni unos honorarios. Lleva el presente asunto por su cuenta y riesgo y no espera paga de ninguna clase.

Los ojos de aquella mujer continuaban fijos en mí. Su mente no, en

cambio. Estaba reflexionando, considerando detenidamente algo.

—No veo por qué... —comenzó a decir de pronto, para volver a sumirse en su mutismo.

Esperé unos segundos. Y luego...

—¿Decía usted, señora Althaus?

—No veo por qué no he de decírselo a usted. Siempre sospeché que hubiera sido el FBI el autor de la muerte de mi hijo, pese a que el señor Yarmack me comunicó que la policía no había hallado nada en el apartamento acerca de la organización. No soy una persona vengativa, señor Goodwin, pero es que se trata... —iba a quebrársele la voz y la mujer se interrumpió brevemente,

para luego añadir—: Es que se trata de mi hijo. Todavía tengo que hacer esfuerzos para acostumbrarme a la idea de su ausencia. ¿Le conoció usted? ¿Habló alguna vez con él?

—No.

—Usted es detective, ¿verdad?

—Sí.

—Usted espera que le ayude a encontrar... Usted quiere localizar al culpable de la muerte de mi hijo. Muy bien. Voy a hacerlo. Sin embargo, ¿de qué va a servirle mi colaboración? Seguramente que para nada. Morris apenas me hablaba de su trabajo. Ni siquiera recuerdo que mencionara alguna vez al FBI. Sobre esto me han

hecho preguntas la señorita Hickley y el señor Yarmack. Siento no poder decirle nada acerca de ello; lo siento muchísimo, porque si es verdad que esa gente le mató, espero que reciba el castigo correspondiente. Se dice en el Levítico: «No te vengarás»... Pero Aristóteles señaló que la venganza era justa. Ya ve usted que he pensado en esto. Yo creo...

Volvió la cabeza para mirar hacia la arcada. Se había oído el rumor de una puerta al cerrarse y unas voces. Entonces apareció una joven. Como se aproximaba, yo me puse de pie. La señora Althaus continuó en la misma posición. Las fotografías de la *Gazette*

no revelaban la realidad, no estaban a la altura de las circunstancias. Marian Hinckley era un bombón. No era morena ni rubia. Sus cabellos tenían un color castaño delicioso, que contrastaba con sus ojos azules. Se movía la chica con naturalidad. Debía de haberse despojado del sombrero, si acaso lo llevaba, en el vestíbulo.

Besó a la señora Althaus en la mejilla, volviéndose hacia mí cuando aquélla pronunció mi nombre. Cuando los ojos azules de la muchacha se posaron en mí adopté la firme resolución de ignorar todo aspecto de la situación que no estuviese rigurosamente relacionado con la tarea emprendida. En

el momento en que la señora Althaus invitó a Marian Hinckley a tomar asiento, yo le acerqué una silla.

La joven habló así a la madre de Morris:

—No sé si he comprendido bien lo que usted me dijo por teléfono... ¿Me comunicó que Nero Wolfe sabía que... fue el FBI? ¿Era eso?

—Temo no haberlo entendido muy bien todo, Marian —respondió la señora Althaus—. ¿Quiere darle las explicaciones oportunas, señor Goodwin?

Aludí a los tres puntos más destacables del asunto. Señalé por qué Wolfe se hallaba interesado en aquél;

qué era lo que le había hecho sospechar una anormalidad y cómo sus recelos habían sido reforzados por lo que un hombre le dijera el día anterior. Hice hincapié en que él no sabía que el culpable fuera el FBI, extremo que ciertamente no se hallaba en condiciones de probar. Ahora bien, era esto último lo que se proponía conseguir, y tal venía a ser el motivo de mi presencia en aquella casa.

La señorita Hinckley me observaba con el ceño fruncido.

—Pero yo no veo... ¿Nero Wolfe ha comunicado a la policía lo que ese hombre le dijo?

—Lo siento —respondí—. Supongo

que no me he explicado bien. El cree que la policía sabe que fue el FBI, o que sospecha algo en tal sentido. Por ejemplo, he aquí una pregunta que mi jefe desea formularles: la policía, ¿vigila sus pasos? ¿Viene a veces a esta casa, sometiéndolas disimuladamente a los mismos interrogatorios? Señora Althaus...

—No.

—Señorita Hinckley...

—No. Nosotras ya declaramos todo lo que sabíamos en su día.

—Eso no importa. Cuando se realizan pesquisas relativas a un crimen, si los investigadores no dan con un camino convincente insisten en lo que

tienen más a la mano. Esto es lo que parece suceder aquí... Es un dato que necesitamos conocer con toda precisión. La señora Althaus me acaba de decir que usted y el señor Yarmack piensan que fue el FBI quien mató a Morris. ¿Es correcta tal declaración?

—Sí. Sí que lo es. Por el hecho de que en el apartamento no había ningún documento sobre el FBI...

—¿Usted está al corriente de lo que pudo haber en el piso? ¿Conoce el resultado de la búsqueda de Morris por los archivos?

—No. Morris no me hablaba nunca de esas cosas.

—¿Y Yarmack?

—No lo sé. Creo que tampoco sabe nada.

—¿Cuál es su actitud, señorita Hinckley? ¿Desea usted que la justicia localice y castigue debidamente a la persona que dio muerte a Morris Althaus?

—Desde luego que lo deseo. Por supuesto que sí.

Me volví hacia la señora Althaus.

—Y usted, naturalmente, piensa lo mismo. Hay motivos para afirmar que el criminal no será capturado jamás, a menos que se ocupe de ello Nero Wolfe. Es posible que sepan ustedes que mi jefe no visita a nadie. Tendrán que ir a verle, habrán de presentarse en su casa...

Usted, la señorita Hinckley y, si no hay ningún grave inconveniente, el señor Yarmack. ¿Podrían ir allí, esta noche, a las nueve?

—Pues... —la señora Althaus se frotó las manos nerviosamente—. Yo no... ¿Qué lograríamos dando tal paso? Yo no tengo nada que decirle.

—Puede que surja algo imprevisto, en lo cual usted ahora no cae. A mí me ocurre esto con frecuencia con el señor Wolfe. Y luego, si decide que efectivamente ninguno de ustedes es capaz de aportar nada nuevo, ya posee una orientación. ¿Me prometen que irán?

—Supongo...

La señora Althaus se quedó con la

mirada fija en el rostro de la muchacha que con el tiempo, de no haber muerto Morris, se habría convertido en su nuera.

—Sí —respondió la señorita Hinckley—. Yo iré.

De buena gana la hubiera abrazado. Esto habría sido la mejor recompensa por mi trabajo.

—¿Podría usted sugerir al señor Yarmack la conveniencia de efectuar ese desplazamiento? —le pregunté.

—No sé. Lo intentaré.

—Perfectamente —me puse de pie—. Nuestras señas figuran en la guía telefónica —mirando a la señora Althaus, agregué—: Debo decirle que es

casi seguro que el FBI vigila la casa y que usted, por tanto, será vista por esos hombres. Si eso la tiene sin cuidado, a Wolfe no le preocupa en absoluto. No hay nada de anormal en que sepan que anda ocupado con las investigaciones concernientes al asesinato de Morris. Quedamos a las nueve, ¿eh?

La mujer hizo un gesto afirmativo y yo me marché. En el vestíbulo, la doncella se presentó con mi abrigo. Me ayudó a ponérmelo, acción a la que no me negué por no corresponder a su gentileza con un desaire. En la entrada, el portero me repasó de arriba abajo al abrirme la puerta. Recordaba, naturalmente, quién era yo; y para estar a

tono con el concepto personal que pudiera tener de los detectives privados, le obsequié con una aguda y cautelosa mirada.

Afuera se iba amontonando progresivamente la nieve. Dentro del taxi, me desentendí de nuevo de la persona que pudiera estar siguiéndome.

Wolfe acababa de bajar de las habitaciones-invernaderos, donde conservaba sus plantas, tras su sesión (de cuatro a seis) con las orquídeas. Cómodamente instalado en su sillón leía *El Tesoro de nuestra Lengua*.

En vez de cruzar la habitación para dirigirme a mi mesa, como de costumbre, me detuve en el umbral.

Después, al levantar él la vista, señalé con el dedo índice de mi mano derecha, enfáticamente hacia abajo. Giré y me encaminé a las escaleras que conducían al sótano, dentro del cual encendí la luz. Me quedé inmóvil. Dos minutos. Tres. Cuatro. Un rumor de pasos. Wolfe me miró desde la puerta. Tenía los ojos que parecían echar chispas. Entonces habló.

—No estoy dispuesto a tolerar semejante estado de cosas.

Enarqué las cejas.

—Podría valerme de la escritura, en lugar de hablar.

—¡Uf! Dos puntos. Primero: el riesgo es extremadamente leve. Segundo: podemos usarlo en provecho

propio. Mientras usted habla intercale comentarios o declaraciones a voluntad. Si tengo que mostrarme en desacuerdo con ellos, notifíquemelo levantando un dedo. Yo procederé igual. Desde luego, habrá que evitar toda referencia a Cramer. En eso sí que no podemos arriesgarnos... Y mantendremos la conclusión de que fue el FBI quien mató a ese hombre, agregando que nos proponemos establecer su culpabilidad.

—Lo cual, en realidad, no es cierto.

—Claro que no.

Wolfe dio media vuelta, marchándose.

Mientras subía las escaleras me dije que la suya no era una idea

descabellada; incluso podía resultar buenísima si aquella gente había instalado un «oído electrónico» en el despacho, lo cual yo no creía. Cuando volví a poner los pies allí, Nero Wolfe se había sentado nuevamente ante su mesa y yo me acomodé tras la mía.

De pronto, inquirió:

—¿Y bien?

Hubiera debido levantar un dedo. Nunca gasta saliva preguntando «¿Y bien?», cuando regreso tras llevar a cabo algunas gestiones. Normalmente, se limita a dejar encima de la mesa el libro de turno o el vaso de cerveza. Así me demuestra que ya está listo para escuchar lo que le diga.

Levanté un dedo.

—Su suposición de que en la *Gazette* podían haber elaborado la hipótesis del asesinato a cargo de los agentes del FBI no ha resultado ser atinada —bajé el dedo—. Lon Cohén no la mencionó. Y yo tampoco. No han formulado hipótesis alguna. Me permitieron examinar los archivos y charlé con la gente de la casa, haciéndome con una docena de cuartillas llenas de nombres y detalles, varios de los cuales puede que nos sean útiles —levanté el dedo—. Voy a mecanografiarlo todo a la tarifa habitual de cinco dólares por página —abatí el dedo—. A continuación me metí en una

cabina telefónica, desde la cual telefoneé a la esposa de David Althaus. Como me dijo que estaba dispuesta a recibirme, fui a su casa. Se trata de uno de esos edificios de Park Avenue que datan de 1880. El suyo es un apartamento de la planta décima, con todos los adornos que puede usted imaginarse. Los cuadros, conforme. No voy a descubrirle a la dueña porque ha de verla.

Cita el Levítico y también a Aristóteles —dedo arriba—. Yo quise citar a Platón, pero no venía a cuento lo que tenía en la cabeza —dedo abatido—. Le pedí por teléfono que llamara a Marian Hinckley y me contestó que se

vendría en seguida. Manifestó haberme oído decir por teléfono que su hijo había sido asesinado por un agente del FBI, inquiriendo si su interpretación fue correcta. A partir de este momento es preferible que tenga usted una versión al pie de la letra de nuestra entrevista.

Se la facilité, conforme terminaba de anunciarle, consciente de que yo no había declarado nada que pudiese ser mal recibido por el FBI. Nero Wolfe se había recostado, como de costumbre, en el sillón, con los ojos cerrados y no estaba para hacerme señas con los dedos, de manera que me fue imposible formular comentarios o insertar otras cosas.

Cuando acabé mi relato emitió un gruñido, abriendo los ojos para decir:

—Todo se presenta ya bastante feo cuando uno se entera de que hay una aguja en el pajar, cuando uno ni siquiera...

Sonó el timbre de la puerta. Al trasladarme al vestíbulo para echar un vistazo descubrí ante la entrada a un agente secreto federal. No es que yo lo conociera; no podía equivocarme, sencillamente: la edad precisa, las anchas espaldas, una mandíbula firme, el abrigo gris oscuro... Abrí la puerta los cinco centímetros permitidos por la cadena y pregunté:

—¿Deseaba algo, señor?

Iracundo, chilló desde el otro lado de la estrecha abertura.

—¡Me llamo Quayle y deseaba ver a Nero Wolfe!

—Deletree su apellido, por favor.

—¡Soy Timothy Quayle! ¡Q-u-a-y-l-e!

—El señor Wolfe está ocupado en estos momentos. Voy a ver.

Me acerqué a la puerta del despacho.

—Uno de los nombres que tengo apuntados en mi libro de notas: Timothy Quayle. Redactor jefe de la revista *Tick-Tock*. El clásico héroe y galante caballero. Se enfrentó con un reportero que estaba importunando a Marian

Hinckley. La joven debe haberle hablado de usted nada más irme yo.



—No —gruñó Wolfe.

—Faltan treinta minutos para comer.

¿Tiene que dejar a mitad algún capítulo del libro?

Nero me echó una furibunda mirada.

—Hágalo pasar.

Regresé al vestíbulo, solté la cadena y abrí la puerta. El hombre entró, sin más. Mientras cerraba la puerta, el visitante me dijo que yo era Archie Goodwin. Correspondí a sus palabras con un gesto afirmativo. Después de hacerme cargo del abrigo y del sombrero, lo acompañé al despacho. Había dado ya tres pasos dentro del mismo cuando se detuvo, mirando a su alrededor. Con los ojos fijos en Wolfe, preguntó inquisitivamente:

—¿Ha oído usted mi nombre?

Wolfe asintió.

—Usted es el señor Quayle.

El visitante avanzó hacia la mesa.

—Soy amigo de la señorita Marian Hinckley. Quiero saber qué clase de juego lleva usted entre manos. Exijo una explicación.

—¡Bah! —exclamó Nero, despectivo.

—Nada de ¡bah! ¿Qué es lo que se propone?

—Esto es ridículo —manifestó Nero—. Me agrada que los ojos de las personas que se dirigen a mí estén al nivel de los míos. Si ha venido aquí con el único fin de decir desatinos, el señor

Goodwin se encargará de echarle a la calle. En cambio, si toma asiento, si me habla en otro tono, si me facilita una razón aceptable, algo que justifique su exigencia, es posible que yo le escuchara.

Quayle abrió la boca para cerrarla en seguida. Volvió la cara, mirándome de pies a cabeza, para apreciar, seguramente, si yo tenía la fuerza necesaria para *ocuparme* de él. Me habría gustado que se hubiese decidido en sentido negativo. Yo me hallaba dispuesto a dar por válida cualquier excusa que me permitiera retorcer un brazo más.

El hombre tomó asiento, por fin, en

el sillón de cuero rojo, mirando con gesto irritado a Wolfe.

—Sé todo lo que hay que saber acerca de usted —declaró. No disparataba ahora, pero tampoco se mostraba muy sociable—. Conozco sus métodos. Si quiere barajar a la señora Althaus con algún propósito particular, allá ella. Ahora bien, con la señorita Hinckley no va a jugar. No consentiré...

—¡Archie! —saltó Wolfe, muy seco—. ¡A la calle con él! Fritz abrirá la puerta.

Nero apretó un botón.

Me situé a medio metro de uno de los brazos del sillón rojo, mirando fijamente al galante defensor de damas

desvalidas. Llegó Fritz, a quien Nero ordenó que abriera la puerta de la entrada. Seguidamente, mi jefe se marchó.

La situación de Quayle no podía ser más delicada. O mala. Plantado enfrente de él, me hallaba en condiciones de cogerlo por donde quisiera en cuanto iniciase el menor movimiento para levantarse. Pero mi situación tampoco era muy desahogada. Sacar a un hombre de unos 80 kilos de peso de un sillón tapizado constituye un problema. Por añadidura, Quayle se había recostado en aquél. Sus piernas, sin embargo, no se hallaban suficientemente adelantadas... Coloqué mis manos en sus hombros y

luego fui bajándolas hasta las caderas. Hice descender una hasta los tobillos, mientras la otra ascendía buscando la espalda. Me duró poco tiempo en brazos. Antes de que se diese cuenta yacía de espaldas en el vestíbulo. El muy estúpido intentó entonces rebelarse. Fritz me ayudó.

—La acera está cubierta de nieve — advertí a Quayle—. Límitese a echar a andar si pongo en sus brazos el abrigo y le doy también el sombrero. Todas estas tretas las conozco yo mejor que usted. ¿De acuerdo?

—Sí. ¡Maldito...!

—Me llamo Goodwin. No haga mal uso de mi apellido y deseche los

epítetos malsonantes. Por esta vez le dejaré ir. Conforme, Fritz.

Cuando le solté, Quayle se puso de pie. Fritz le alargó el abrigo, que acababa de coger de la percha.

Pero el hombre dijo:

—Quisiera entrar nuevamente en el despacho. Deseo preguntarle algo...

—Nada de eso. Tiene usted muy malos modales. Nos obligaría a que hiciésemos otra demostración.

—No será preciso.

—¿Hablará con tacto? ¿Será cortés?

—Sí.

Cerré la puerta.

—Dispone de dos minutos. No se siente. No levante la voz y absténgase de

usar epítetos de mal gusto. Guíalo, Fritz.

Fritz echó a andar delante. Yo cubría la retaguardia. Wolfe, que gracias a su buen oído no se había perdido ni una sola de las palabras cruzadas entre nosotros, le obsequió con una fría mirada cuando se detuvo a escasa distancia de su mesa, colocándonos el cocinero y yo a los lados del visitante.

—Deseaba usted que le diera una razón válida... —manifestó Quayle—. Como ya dije, soy amigo de la señorita Hinckley. Todo lo amigo que se necesita ser para que ella se apresurara a telefonarme y me pusiera al corriente de su entrevista con Goodwin, en presencia de la señora Althaus. La

aconsejé que no viniera aquí esta noche, pero le visitará de todos modos. ¿La cita es a las nueve?

—Sí.

—Pues entonces yo voy a... —
Quayle se interrumpió. No. Aquél no era el rumbo a seguir. Le costó trabajo, pero se dominó—. Quisiera estar presente yo también. ¿Aceptaría usted...? ¿Puedo venir?

—Siempre que sea capaz de dominar sus nervios, sí.

—Por supuesto que soy capaz...

—Ha expirado el plazo de tiempo concedido —medié yo, cogiéndolo por un brazo para obligarlo a dar la vuelta.

7

>

A las nueve y diez minutos, en la noche de aquel largo día, fui a la cocina. Wolfe estaba en la mesa del centro, hablando con Fritz. Discutían acerca del número de enebrinas necesarias para un adobo de carne de venado. Sabiendo que la charla proseguiría indefinidamente si yo no tomaba parte en ella, decidí interrumpirles diciendo:

—Perdone, señor Wolfe. Todos ya están aquí. Y hasta más de los que

esperábamos. Ha venido también David Althaus, el padre. Es el calvo, el situado a su derecha, al fondo. En el lado opuesto verá a Bernard Fromm, un abogado... Tiene la cabeza alargada y la expresión de sus ojos es enérgica.

Wolfe arrugó el entrecejo.

—No quiero aquí a ese hombre.

—Ya me lo figuro. ¿He de decírselo?

—¡Maldita sea! —Nero se volvió hacia Fritz—. Muy bien, adelante. He dicho tres... Ahora, claro, tú puedes hacer lo que se te antoje. Te advierto, sin embargo, que como eches cinco no pienso ni probarlo... Lo deduciré por el olor.

Me hizo una seña y yo eché a caminar en dirección al despacho. Wolfe me seguía.

Dio la vuelta en torno al sillón de cuero rojo, en el que se había sentado la señora Althaus, permaneciendo de pie mientras yo iba recitando los nombres de los presentes. Había dos filas de sillas. Vincent Yarmack, Marian Hinckley y Timothy Quayle se hallaban delante. David Althaus y Bernard Fromm quedaban detrás. Tal disposición situó a Quayle cerca de mí, como parecía aconsejable.

Wolfe tomó asiento, mirando de izquierda a derecha y viceversa. Seguidamente; comenzó a hablar:

—Debo advertirles que gracias a una instalación electrónica que suponemos en marcha, los agentes del Federal Bureau of Investigation van a oír cuanto se diga en esta habitación. El señor Goodwin y yo nos resistimos a creer que eso pueda ocurrir, pero hay que admitirlo como posible. Me parece que ustedes...

—¿Por qué habían de hacer tal cosa? —inquirió Fromm, el abogado, en el tono que hubiera empleado en una audiencia oficial, durante el interrogatorio de un acusado.

—Ya se verá, señor Fromm. Usted debiera tener en cuenta dicha probabilidad, por remota que se le

antoje. Ahora, he de rogarles que me dispensen. Voy a hablar por espacio de unos minutos. Espero que me escuchen con atención, ya que quiero demostrarles que existe una coincidencia indudable entre sus intereses y los míos. Son ustedes el padre, la madre, la novia y los compañeros de un hombre que fue asesinado hace siete semanas, y cuyo asesino no ha sido descubierto aún. Yo pretendo dar con él. Intentaré dejar sentado que Morris Althaus fue asesinado por un agente del Federal Bureau of Investigation. Este propósito...

Tal declaración dio lugar a dos preguntas casi simultáneas.

—¿Cómo? —inquirió Yarmack.

—¿Por qué? —quiso saber Fromm.

Wolfe bajó pacientemente la cabeza.

—Este propósito descansa sobre dos

bases. Recientemente, inicié un trabajo que me obligaba a efectuar ciertas pesquisas relacionadas con muy especiales actividades del FBI. Los miembros de esta organización replicaron inmediatamente intentando retirarme la licencia de detective privado. Puede que se salgan con la suya. Pero aun así, en mi calidad de ciudadano particular, la ley me autoriza a insistir en unas averiguaciones que me benefician personalmente. En interés propio aspiro, desde luego, a hacer ver

a todo el mundo que ellos no son los campeones invictos de la ley y la justicia como sostienen. Esa es una de las bases.

»La otra radica en las tensas relaciones que sostengo desde hace tiempo con la Brigada de Investigación Criminal, del Departamento de Policía de Nueva York. También ellos abrigan pretensiones. Muchas veces han obstaculizado mis legítimas actividades. En más de una ocasión me han amenazado con procesarme por ocultar pruebas, o por obstruir la labor de la justicia. Sería para mí una enorme satisfacción corresponder ahora a su actitud, demostrarles que saben o

sospechan que el FBI anda complicado en un crimen y que, sin embargo, *obstruyen la labor de la justicia...*

—Habla usted mucho —objetó Fromm—. ¿Puede respaldar lo que está diciendo?

—Por deducción, sí. La policía y el fiscal del distrito saben que Morris Althaus había estado reuniendo documentación para un trabajo sobre el FBI, pero no encontraron tal material en su apartamento. Señor Yarmack... Tengo entendido que usted tuvo que ver con ese proyecto...

Vincent Yarmack se acomodaba mejor que Timothy Quayle a la idea que yo tenía del clásico redactor jefe. Tenía

unos hombros redondos y caídos, coronados por una cabeza normal. La cara era de labios finos y apretados. Los ojos resultaban tan descoloridos que uno tenía que imaginárselos detrás de sus gafas de montura negra.

—Tuve que ver con él, sí —replicó Yarmack, en un tono de voz que parecía un chirrido.

—¿Es cierto que el señor Althaus había recogido ese material que necesitaba para su artículo?

—En efecto.

—¿Se lo había entregado a usted? ¿Lo guardaba él acaso?

—Creo que lo guardaba él. Sin embargo, la policía me comunicó que en

su apartamento no había papeles sobre el FBI.

—¿No dedujo usted nada de eso?

—Pues... Había que deducir algo evidente. Sencillamente: que alguien se los había llevado. Era poco probable que Morris los depositara en otra parte.

—La señora Althaus, esta tarde, dijo al señor Goodwin que usted sospechaba del FBI. ¿Es eso correcto?

Yarmack volvió la cabeza para mirar a la señora Althaus, tras lo cual tornó a fijar la vista en Nero Wolfe.

—Es posible que en algún diálogo en privado diese yo la impresión de que pensaba así. De acuerdo con sus indicaciones, esto que sostenemos no

tiene nada de reservado.

Wolfe gruñó:

—He dicho que era posible que nos estuviesen escuchando. Ahora bien, tal extremo no ha sido comprobado. Si usted hizo esa deducción, la policía procedería igual —sus ojos miraron hacia otro lado—. ¿No es así, señor Fromm?

El abogado asintió.

—Quizá. Pero eso no puede llevarnos a formular la conclusión de que los agentes están obstaculizando la labor de la justicia.

—Una conclusión no, pero sí la suposición. Puede que no obstruyan la labor de la justicia, mas sí cabe pensar

en una culpable inactividad. Dada su profesión, usted es consciente de la tenacidad de la policía cuando se enfrenta con un caso de asesinato no resuelto. De no haberse quedado ellos satisfechos...

—Profesionalmente, no me ocupo de las leyes referentes a materias de tipo criminal.

—Es igual. Seguramente, usted se habrá dado cuenta de algo que cualquier chiquillo sabe... Si la policía no se diera por satisfecha suponiendo que el FBI es responsable de la desaparición del material al que estamos aludiendo y que asegura su intervención en el crimen, se dedicaría a explorar otras

probabilidades... Buscaría al señor Yarmack, por ejemplo. ¿Han procedido así los agentes, señor Yarmack? ¿Se ve usted acaso solicitado por la policía?

El redactor jefe miró fijamente a Wolfe.

—¿Por qué la policía había de reparar en mí?

—Cabe que pensara en la posibilidad de ver en usted al asesino de Morris Althaus, imaginando que hubiese cometido el crimen para apoderarse de la documentación por él conseguida. No se violenta. Durante la investigación de ciertos crímenes se han planteado hipótesis menos razonables. Pudo haberle contado que había hecho un

descubrimiento y obtenido algunas pruebas. Estas suponían para usted una amenaza mortal, por lo cual decidió eliminarlo robándole a continuación los papeles. La hipótesis es excelente. Tal vez...

—Eso no es más que una sarta de desatinos.

—A sus ojos. Pero en el barullo provocado por un caso de asesinato no aclarado, los investigadores se fijarían en usted, seguramente. No lo han hecho, sin embargo. No le estoy acusando, señor..., por ahora. Procuro hacerle ver tan sólo que la policía ha escurrido el bulto, que está faltando a sus obligaciones. A menos que usted les

haya ofrecido una coartada irrefutable, relativa a la noche del 20 de noviembre... ¿Lo ha hecho? ¿Ha procedido así o no?

—No. Irrefutable, no.

—¿Ha procedido así o no?

—¡Bah! ¡Tonterías!

Otra vez sus malos modales...

Los ojos de Wolfe centellearon.

—Está usted a disgusto aquí.

Deseaba saber hacia dónde apunto yo, ¿verdad? Pues estoy poniéndolo bien en claro. Impulsado exclusivamente por un interés personal, espero desvelar el enigma de la intervención del FBI en un crimen, y el fallo de la policía al enfrentarse con su deber. En ese

esfuerzo he de prevenir el peligro de verme desorientado por ciertas circunstancias. Ayer me facilitó una información confidencial, señalando la culpabilidad del FBI. Ahora bien, esto no es definitivo. No me atrevo a desechar la posibilidad de que la aparente inactividad de la policía sea una medida de carácter táctico. Tal vez ella y el FBI conocieran la identidad del asesino y de momento retengan su nombre para hacerse con pruebas decisivas. He de estudiar detenidamente este punto antes de seguir adelante. Ustedes pueden ayudarme, y si en vez de adoptar una actitud de colaboradores prefieren tomar la postura contraria,

pueden marcharse. El señor Goodwin ya ha indicado el camino de la puerta a uno de los presentes y hay que reconocer que con harta elocuencia. De ser necesario, volverá a actuar de la misma manera. Sus servicios serán más efectivos, quizá, con un auditorio amplio. A él le agradan estas asambleas tanto como a mí. Si prefiere quedarse, Quayle, le haré una pregunta.

El hombre apretaba los labios. Parecía haberse quedado pasmado. Sentada junto a él, tan cerca que hubiera podido tocarle el brazo con sólo alargar la mano, se hallaba la joven en cuya defensa había salido en dos ocasiones. Se veía acosado. Yo esperaba verle

volver la cabeza y mirarla, para demostrarle que por ella era capaz incluso de arrojar por la borda su orgullo. También había llegado a figurarme que me buscaría con la mirada, a fin de evidenciar que en su opinión yo no constituía ningún problema. No hizo ninguna de las dos cosas, sin embargo.

—Le dije que sabría dominarme — dijo—. Conforme. Yo no poseo ninguna coartada irrefutable para la noche del veinte de noviembre. Esto contesta a su pregunta. Ahora quisiera formular yo otra... ¿Qué colaboración espera usted de la señorita Hinckley?

Wolfe bajó la cabeza.

—Encuentro eso razonable e importante. Señorita Hinckley: decididamente usted está dispuesta a ayudarme, pues de lo contrario no se encontraría en mi casa. He sugerido una teoría que explica la culpabilidad del señor Yarmack... He aquí otra hipótesis que está relacionada con el señor Quayle. Es muy sencilla. Son millones los seres humanos que en el curso del tiempo han asesinado a sus semejantes por causa de una mujer... Siempre con distintos afanes: arruinar su vida o poseerla. En el caso de que el señor Quayle hubiese asesinado a su novio, ¿estaría interesada en que sufriese el castigo correspondiente?

La señorita Hinckley levantó ambas manos, dejándolas caer en seguida en su regazo, con un gesto de profundo desaliento.

—Pero... ¡eso es una ridiculez!

—Se equivoca usted. Esta clase de acusaciones siempre es considerada absurda, o ridícula, por los familiares y amigos de los criminales... Yo no he dicho que el señor Quayle sea el culpable de la muerte de Morris. Simplemente: me dedico a considerar todas las posibilidades. ¿Tiene usted alguna razón que la haga pensar que su compromiso con Morris Althaus disgustó al señor Quayle?

—No esperaré que responda a tal

pregunta...

—La contestaré yo —terció Quayle—. Sí. Eso me disgustó.

—¿De veras? ¿Había alguna pequeña deslealtad de por medio?

—No sé qué quiere decir exactamente. Yo le había pedido a la señorita Hinckley que se casase conmigo. Había vivido confiado... Me figuré que aceptaría.

—¿Qué motivos tuvo para pensar así?

Intervino el abogado en la conversación.

—Tómeselo con calma, Wolfe —dijo—. A mi juicio, se está pasando de la raya. Me he presentado aquí para

defender los intereses del señor Althaus, mi cliente, y no estoy desautorizado para salir en defensa de la señorita Hinckley o del señor Quayle... No obstante, me parece que se está usted propasando, como ya he indicado. Conozco su reputación. Sé que no es usted ningún bromista. No pongo en duda su buena fe... Sin embargo, como abogado, creo que les está apretando demasiado las tuercas a estos señores. El señor Althaus, su esposa y yo mismo deseamos que se haga justicia. Ahora bien, si ha recibido informes que delatan al FBI, ¿a qué viene este interrogatorio?

—Me parece haber aclarado ya ese punto.

—Sus palabras explican una postura, en efecto. Son también un toque de atención, una llamada a la prudencia. Pero no constituyen una excusa eficaz, que justifique el interrogatorio. Dentro de unos minutos, de seguir por este camino, me preguntará usted, por ejemplo, si Morris me sorprendió alguna vez cometiendo cualquier fechoría.

—¿Le sorprendió o no?

—En esta comedia no voy a desempeñar ningún papel. Por lo menos, de los que usted se imagina. Repito lo que le he dicho: se está propasando, Wolfe.

—Pienso seguir, pese a todo, haciendo gala de una gran prudencia.

Voy a hacerle una pregunta que es rutinaria en cualquier caso de muerte violenta... ¿Quién mató a Morris Althaus si no fue eliminado por la FBI? Supongamos que ha quedado establecida definitivamente la inocencia de esa organización, y que yo soy el fiscal del distrito. Habré de preguntarme: ¿Quién podía desear la muerte de Morris? ¿Quién le odiaba? ¿Quién le temía? ¿Quién podía ganar algo de su desaparición? ¿Puede usted sugerirme un nombre?

—No. Yo me he planteado ya todas esas consideraciones, naturalmente, sin llegar a ningún resultado.

Wolfe paseó su mirada de derecha a

izquierda, por los rostros de los presentes.

—¿Ustedes tampoco?

Dos de las personas que le escuchaban denegaron con sendos movimientos de cabeza, pero nadie pronunció una palabra.

—Estas preguntas —prosiguió Wolfe— son las ordinarias en el curso de una investigación de este tipo, pero no hay por qué calificarlas de fútiles. Les ruego que reflexionen. Morris Althaus vivió treinta y seis años... No es posible que a lo largo de su vida no cometiera errores, no ofendiera a alguien. Se llevaba mal con su padre, por ejemplo. Provocó un gran disgusto

al señor Quayle —Nero miró a Yarmack—. ¿Eran completamente inofensivos los artículos que escribió para su revista?

—No —respondió el redactor jefe—. Pero si hirieron a alguien, ¿por qué el asesino había de esperar hasta ahora para cometer el crimen?

—Uno de esos probables ofendidos tuvo que esperar —declaró Quayle—. Se encontraba en la cárcel.

La mirada de Wolfe se paseó de un rostro a otro con inusitada viveza.

—¿Por qué razón?

—Delito de fraude. Morris redactó un trabajo que dio lugar a una investigación. Era algo relativo a una herencia un poco turbia. Uno de los

beneficiados fue condenado a dos años de cárcel. Esto sucedió hace unos dos años aproximadamente. Menos, quizá... Si el hombre observó buena conducta debió de ser puesto en libertad recientemente. Pero no se trata de ningún criminal. El individuo en cuestión no tiene valor para eso... Lo vi un par de veces, cuando intentaba comunicar con nosotros para zafarse de aquel asunto.

—¿Su nombre?

—Su nombre no lo recuerdo... Sí, sí... ¿Interesa mucho? Odell. Algo así como Odell. Frank... Eso es: Frank Odell.

—No entiendo... —empezó a decir la señora Althaus. Se interrumpió

porque la voz le salió muy ronca. Aclaróse la garganta. No apartaba los ojos de Wolfe—. No entiendo nada de lo que se habla. Si fue el FBI, ¿a qué vienen tantas preguntas? ¿Por qué no pide usted al señor Yarmack que explique lo que Morris averiguó sobre esa organización? Yo ya me he dirigido a él con esa intención... El señor Yarmack me ha contestado que no sabe nada.

—En efecto —corroboró el aludido. Wolfe hizo un gesto afirmativo.

—Ya lo suponía. De otro modo, usted se habría visto acosado y no sólo por la policía. ¿No le había dicho nada Morris acerca de sus descubrimientos y

conjeturas?

—No. Se portaba así habitualmente. Esperaba hasta el momento de tener preparado su primer borrador: era su sistema de trabajo.

Wolfe emitió otro de sus característicos gruñidos.

—Señora —dijo dirigiéndose a la esposa de David Althaus—: como ya he indicado, en cierto modo he de considerarme satisfecho. Podría estar formulando preguntas y más preguntas y seguir así toda la noche, durante toda la semana... El Federal Bureau of Investigation es un enemigo formidable, rebosante de poder y privilegios. No es una fanfarronada, sino una verdad bien

simple subrayar que en toda América sería imposible hallar un grupo o un individuo capaz de emprender la tarea que yo me he asignado. De haber sido un agente del FBI el autor de la muerte de su hijo, no existe la menor posibilidad de que surja alguien que lo obligue a dar razón de su censurable acción... si no se piensa en mí. Por consiguiente, tengo derecho a elegir los procedimientos que estime más adecuados para el logro de mi objetivo. ¿Eso es pasarse de la raya, señor Fromm?

—No —respondió el abogado—. Demostraría ser muy poco realista si no estuviese de acuerdo con usted acerca de cuanto ha dicho sobre el FBI. Cuando

me enteré de que en el apartamento de Morris no se habían encontrado papeles relativos a la organización, formulé una deducción, que comuniqué a la señora Althaus. Le dije que era muy improbable que el asesino fuese capturado. El FBI es una organización «intocable». Goodwin dijo a la señora Althaus que ayer un hombre le había hecho saber a usted todo lo relacionado con el asesinato de Morris, cometido —según aquél— por un agente del FBI, declaración que funda en determinados informes. Yo vine aquí con la intención de conocer el nombre de ese individuo y los informes citados. Pero tiene usted razón, Wolfe. Es usted quien ha de dictar

la táctica a seguir. Creo que se enfrenta con una misión desesperada, pero le deseo suerte, aparte de que me agradecería ayudarlo.

Wolfe echó su sillón hacia atrás, levantándose.

—Si esta conversación ha llegado a otros oídos, uno o más de los aquí reunidos sufrirán molestias. En tal caso, quisiera que me lo dijiesen. Desearía que me tuviesen al corriente de cuanto ocurra en relación con este asunto, por nimio, por trivial que se les antoje. Haya sido oída o no la conversación, es preciso no olvidar que esta casa está siendo vigilada y que el FBI sabe ahora que centro mi atención en el asesinato de

Morris Althaus. En cambio, no es ése el caso de la policía, que yo sepa, y he de rogarles por esa parte que lo callen, pues lo contrario dificultaría aún más mi labor. Tengo que excusarme por no haberles ofrecido ninguna bebida con que refrescar sus gargantas... He andado preocupado. Señor Althaus, usted no ha hablado. ¿Desea hacerlo?

—No.

Fue el único vocablo pronunciado por el padre de Morris durante aquella reunión.

—Entonces... buenas noches a todos —dijo Wolfe, abandonando el despacho.

Cuando los visitantes dejaron sus sillas, encaminándose al vestíbulo, yo

continué en mi sitio. Los caballeros ayudarían a las damas a ponerse sus abrigos. A mí no me necesitaba nadie allí. Debí de quedarme embobado, pues sólo el último momento pensé que sería un placer sostener el abrigo de la señorita Hinckley. Pero ya era demasiado tarde. La puerta de la calle se había abierto y vuelto a cerrar en seguida. Salí luego para echar la cadena. El grupo discurría por la acera.

No había oído el zumbido del ascensor, de manera que Wolfe debía encontrarse en la cocina. Hacia ella me dirigí. Me equivoqué. Tampoco vi a Fritz. ¿Habría utilizado las escaleras para subir? ¿Por qué razón? Únicamente

cabía pensar que hubiese descendido en lugar de ascender... Cuando puse los pies en los peldaños de la escalera que conducía a la habitación de Fritz llegó a mis oídos su voz. Estaba, efectivamente, en el cuarto del cocinero. Entré en el mismo, decidido.

Fritz ha tenido siempre la posibilidad de una habitación en la parte alta de la casa, pero prefiere la zona baja. Su «cubil» equivale al despacho y a la habitación frontal juntos. En el curso de los años, sin embargo, sus dominios han ido llenándose... Hay mesas cubiertas de revistas; bustos de Escoffier y Brillat-Savarin, colocados en estantes; de las paredes cuelgan

menús enmarcados; entre el mobiliario figura una cama de matrimonio, cinco sillas, varias librerías (posee 289 libros referentes al arte culinario)... Uno de los muros está adornado con una cabeza disecada de jabalí, animal cazado por él en los Vosgos. Completa la estrambótica decoración un par de cajas de utensilios de cocina antiguos, uno de los cuales, según sus declaraciones, fue usado por el *chef* de Julio César.

Wolfe ocupaba la silla más sólida y de mayores dimensiones, junto a una mesa. A su lado tenía una botella de cerveza y un vaso. Fritz se había acomodado delante de él. Se levantó al verme entrar, pero yo me apresuré a

coger una silla libre.

—Mala cosa que la cabina del ascensor se haya quedado arriba — comenté—. Quizá podamos arreglar eso.



Wolfe se bebió un buen trago de

cerveza, colocando de nuevo el vaso encima de la mesa. A continuación se pasó la punta de la lengua por los labios.

—Quiero estar informado de cuanto se refiere a esos aborrecidos dispositivos electrónicos —dijo—. ¿Podría estar oyéndonos alguien ahora, encontrándonos en esta parte de la casa?

—Lo ignoro. Hace poco leí una noticia relativa a un aparato capaz de recoger voces a media milla de distancia. Ahora bien, no sé qué entorpecimientos en el funcionamiento del dispositivo supondrá la existencia de muros o suelos. Es posible que existan ya instrumentos de ese tipo para

cubrir toda una casa. Si no los hay ahora, no tardarán en salir al mercado. La gente acabará hablando entre sí a señas.

Wolfe me contempló en silencio, con los ojos centelleantes. Puesto que yo no había hecho nada para merecer aquella mirada, me quedé tan tranquilo.

—Usted tiene que hacerse cargo: Nunca ha sido tan necesaria como ahora una absoluta reserva.

—Me hago cargo de eso, bien lo sabe Dios.

—¿Serán oídos unos simples susurros?

—Yo creo que no, desde luego.

—Pues hablaremos así.

—Que Fritz ponga la televisión a medio volumen y redondearemos la treta. Luego, procuraremos instalarnos uno cerca del otro...

—También podríamos hacer eso en el despacho.

—Sí, señor.

—¿Y por qué diablos no me lo sugirió?

Bajé la cabeza.

—Está usted en un aprieto. Lo mismo me ocurre a mí. Me sorprende haber pensado en ello ahora. Quedémonos en esta habitación. En el despacho me vería obligado a mantenerme apoyado en su mesa.

Wolfe volvió la cabeza.

—Adelante, Fritz.

El cocinero se acercó al televisor, apretando uno de sus botones. Casi inmediatamente, apareció en la pantalla una mujer que declaraba hallarse apesadumbrada por haberse encontrado con no sé quién... Fritz nos preguntó si estaba bien de volumen el aparato. «Más fuerte» le indiqué por señas. Seguidamente, aproximé mi silla a la de Nero. Este se inclinó hacia delante, gruñendo a unos centímetros de mi oído:

—Nos prepararemos por si surge un imprevisto... ¿Usted sabe si existen todavía los Diez de Aristóteles?

Mis hombros subieron y bajaron, alternativamente. Hay que ser un imbécil

o un genio para formular una pregunta tan sin sentido en aquellos instantes.

—No —repliqué—. Eso fue hace siete años. Aunque es probable que... Podría telefonar a Lewis Hewitt.

—Desde aquí, no.

—Me meteré en cualquier cabina pública. ¿Quiere que lo intente ahora?

—Sí. Si le contesta que ese grupo todavía... No. Diga lo que diga sobre los Diez de Aristóteles, pregúntele si puedo visitarle mañana por la mañana, a fin de hacerle una consulta relacionada con un asunto privado y urgente. Si me invita a comer, que es lo que hará, contéstele que acepto.

—Vive en Long Island todo el año.

—Ya lo sé.

—Es muy probable que tengamos que maniobrar, una vez en la calle, para deshacernos de nuestros perseguidores.

—No habrá necesidad de maniobrar. Si esa gente nos ve cuando nos dirijamos a su casa, mejor.

—Entonces, ¿por qué no telefonarle desde aquí?

—Porque paso del hecho de que mi visita sea conocida, e incluso lo deseo. Lo que no quiero es que se sepa que casi me he invitado yo mismo.

—¿Y si mañana no puede atenderle?

—Que fije una fecha lo más próxima posible.

Subí al vestíbulo y cogí el sombrero

y el abrigo. Salí de la casa y me encaminé a la Novena Avenida. Iba pensando que aquel día habíamos prescindido de un par de normas: las referentes al plan de cada mañana y la que casi prohibía la salida de la vivienda cuando Nero Wolfe llevaba un asunto entre manos... Y todo eso, ¿por qué?

Los Diez de Aristóteles formaban un grupo de hombres bien entonados que se dedicaban (lo diré con palabras textuales), a «perseguir el ideal de la perfección en la comida y en la bebida». Siete años atrás, se habían reunido en el domicilio de uno de ellos; Benjamín Schriver, el magnate naviero para

insistir en su ideal del buen comer y el buen beber; y Lewis Hewitt, uno de los miembros de la reducida sociedad, habíase puesto de acuerdo con Wolfe para que autorizara a Fritz, al objeto de que éste. se encargase de condimentar los platos de la cena. Naturalmente, Wolfe y yo fuimos invitados a participar en la misma. La persona que se había acomodado entre nosotros dos en la mesa falleció en el transcurso de la velada. Fue una reunión muy completa... El suceso no había afectado a las relaciones de Wolfe con Lewis Hewitt, quien estaba agradecido a mi jefe por cierto favor que le hiciera tiempo atrás. Lewis Hewitt poseía, en su casa de Long

Island, un invernadero para orquídeas, de unos treinta metros de longitud. Solía presentarse en nuestro domicilio, para cenar con nosotros, un par de veces al año.

Tuve que esperar un rato porque la línea hubo de ser conectada con el invernadero, los establos u otro sitio de la casa. Me dijo que se alegraba de escuchar mi voz. Cuando le anuncié que Wolfe proyectaba hacerle una visita me contestó que para él sería un grato acontecimiento. Desde luego, teníamos que comer con él. Añadió que le gustaría hacer a Wolfe una pregunta relativa a la cuestión de la comida.

—Tendré que ocuparme yo de eso

—le contesté—. Le llamo desde la cabina de un establecimiento. Usted perdone, pero..., ¿hay alguna probabilidad de que en estos momentos nos esté escuchando una tercera persona, desde cualquier derivación?

—¿Qué? ¿Cómo? No hay razón para suponer...

—Conforme. Le llamo desde esta cabina porque nuestro teléfono se halla intervenido y el señor Wolfe no quiere que sepa que la iniciativa de la visita ha partido de él. No nos llame a casa, pues. Es probable que mañana le telefonee una persona diciéndole que es un reportero y que se propone hacerle unas preguntas. Se lo notifico ahora porque podría ser

que mañana se me olvidase. La idea es que nuestra cita, nuestra visita a su casa para quedarnos a comer, parezca algo acordado entre nosotros la semana pasada. ¿Me comprende?

—Sí, por supuesto. Pero, ¡Dios santo!, ya que saben que su teléfono se encuentra intervenido... ¿No es ésa una medida ilegal?

—Ahí está... Mañana se lo explicaremos todo. Supongo que se lo explicaremos.

El me respondió que sabría esperar hasta el día siguiente para dar satisfacción a su curiosidad. Aguardaba nuestra llegada hacia el mediodía.

Hay en el despacho un receptor de

televisión y una radio. Me figuré al volver que vería a Wolfe acomodado en su sillón favorito, probablemente con la radio en marcha. Sin embargo, encontré la habitación vacía. Me trasladé a la parte posterior de la vivienda, descendí a la planta baja y lo hallé donde lo dejara. El televisor continuaba funcionando. Fritz seguía el programa entre bostezos. Wolfe se había echado hacia atrás en su asiento, con los ojos cerrados. Sus labios no cesaban de moverse. ¿En qué pensaba? Le miré atentamente. La *operación labial* es una cosa que suelo soportar con bastante naturalidad, pero esta vez hube de apretar los dientes para mantener la

boca cerrada. No había nada, en absoluto, que él pudiera estar entonces «empollando». Transcurrieron dos minutos. Tres. Decidí que se hallaba entregado a una especie de ejercicio. Me dejé caer sobre una silla, tosiendo con fuerza. Un momento más y abrió los ojos. Me miró parpadeando e irguió el cuerpo.

Acerqué mi silla a la suya.

—Todo está arreglado —manifesté—. Nos espera hacia el mediodía. En consecuencia, nos pondremos en marcha alrededor de las diez y media.

—Usted no irá —gruñó—. He telefoneado a Saúl. Se presentará a las nueve.

—¡Ah! Ya entiendo. Quiere usted que me quede aquí por si Wragg nos manda sus agentes para que confiesen.

—Quiero que localice a Frank Odell.

—¡Por el amor de Dios! ¿Era eso lo que estaba mascullando hace unos segundos?

—No —Wolfe volvió la cabeza a un lado—. Un poco alto, Fritz —después, mirándome de nuevo, agregó—: Dije, tras la comida, que usted había puesto bien de manifiesto la inutilidad de establecer la culpabilidad del FBI en el asesinato de Morris Althaus. Me retracto... Hemos de provocar una situación dentro de la cual ninguna de

las tres alternativas resulte fútil. Helas aquí: a) establecer la culpabilidad del FBI; b) fijar lo contrario; c) no optar ni por una cosa ni por otra. Hemos de preferir, por elocuentes razones, la segunda. De ahí la necesidad de que usted se lance a la busca de Frank Odell. Ahora bien, si nos vemos forzados a la primera o la tercera, tenemos que planearlo todo de modo que, no obstante, nos encontremos en condiciones de servir a nuestra cliente.

—Sólo ha contraído usted una obligación: la de realizar investigaciones y esforzarse hasta el máximo.

—Otra vez sus célebres y

expresivos giros...

—Bueno. Diré que «hemos contraído», etcétera.

—Así está mejor. En efecto, *hemos* de esforzarnos todo lo que podamos. Los hombres con amor propio llegan muy lejos en sus obligaciones, y nosotros estamos bien provistos de aquél, afortunadamente. Hay un punto de vital importancia. Independientemente de la alternativa que las circunstancias nos obliguen a aceptar, el señor Wragg tiene que creer, o al menos sospechar, que uno de sus hombres mató a Morris Althaus. No acierto a imaginar una maniobra conveniente que pudiera contribuir a eso. Efectuaba intentos a

este propósito cuando usted llegó. ¿A usted tampoco se le ocurre nada que pueda ser útil?

—No. Simplemente, ese hombre creerá o no creerá. Diez contra uno a que sí cree.

—Por lo menos, llevamos ventaja. Necesito que me sean facilitadas sugerencias con respecto al arreglo que intento hacer con el señor Hewitt mañana. Esto va a llevar tiempo y yo tengo la garganta seca. ¡Fritz!

No hubo respuesta. Volví la cabeza. Fritz se había quedado profundamente dormido en su silla. Roncaba, probablemente. El receptor de televisión nos impedía comprobarlo. Señalé la

conveniencia de nuestro traslado al despacho, donde pondríamos alguna emisora de radio. Para variar, oiríamos música. Wolfe se mostró conforme.

Desperté a Fritz, le di las gracias por su hospitalidad y le deseé que pasara una buena noche. Rumbo al despacho, me desvié hacia la cocina, a fin de coger una botella de cerveza para Wolfe y otra de leche para mí. Al entrar en la habitación advertí que había puesto la radio en marcha y que se había dejado caer en su sillón. Acerqué a éste mi asiento. Tomó un largo sorbo de cerveza y yo probé la leche.

—Se me ha olvidado decirle que no me acordé de preguntar a Hewitt por los

Diez de Aristóteles. Bueno. Ya le hablará usted de eso mañana, puesto que ha de verle. ¿Y qué hay sobre nuestro programa?

Nero Wolfe comenzó a hablar...

Mucho después de medianoche, Nero se dirigía al ascensor. Fui a mi dormitorio para coger sábanas, mantas y almohada. Iba a pasar mi segunda noche en el diván...

8

En las guías telefónicas de los cinco distritos habría más de cien Odell. Ninguno correspondía al nombre de Frank. Averiguado eso, me senté a mi mesa a las nueve y media de la mañana del viernes, considerando detenidamente los recursos que tenía a mi alcance. No era aquél un problema para ser tratado con Wolfe. Y, de todas maneras, mi jefe se había ausentado. Saúl Panzer se había presentado en la casa a las nueve en punto y, en lugar de subir a los

invernaderos de la planta alta, esperó a que bajara Nero, quien se embutió en su pesado abrigo, y se caló su sombrero de ala ancha. Cruzó la acera detrás de Saúl, subiendo luego al «Heron». Desde este momento, si no lo había pensado con anterioridad, caería en la cuenta de que si dentro del automóvil se ponía en marcha la calefacción, el «Heron» se convertiría en una especie de horno rodante. Ahora bien, Wolfe solía desconfiar de todas las máquinas que presentaban más complicaciones que el clásico carretón. Y de haber conducido yo el vehículo, habría pensado en la posibilidad de ir a parar a cualquier salvaje y solitario punto de la jungla de

Long Island.

Tuve que hacer un extraordinario esfuerzo para concentrar mi atención en Frank Odell, que venía a ser simplemente una mancha en la oscuridad. Wolfe me había ordenado su localización porque prefería la segunda de las tres alternativas. Mi mente hubiera querido situarse en Long Island. Mirando hacia atrás no recuerdo haber visto urdir a Wolfe nada tan enredado como el programa mediante el cual Lewis Hewitt se incorporaría al asunto. Yo tenía que haber estado allí. El genio es la chispa del encendido, que prende fuego a la mezcla en el corazón del motor... Pero para que eso sirva de

algo, es necesaria la existencia de un radiador que funcione bien y otras cosas, como las ruedas, por ejemplo, sin las cuales el desplazamiento del vehículo es imposible. Hubiera insistido en mi participación en la entrevista de no haber sido por Saúl Panzer. Wolfe dijo que Saúl le serviría, siendo éste la única persona a quien yo encomendaría algo urgente en caso necesario.

Me esforcé una vez más por concentrarme en la persona de Frank Odell. El camino más corto era telefonar al organismo regulador de la concesión de libertades bajo fianza. Cabía la posibilidad de que el hombre figurara en los ficheros de aquél. Pero,

claro, no podía utilizar nuestro teléfono. Si el FBI descubría que nosotros gastábamos tiempo y dinero pensando en Odell, tras lo que Quayle había declarado acerca de él, se enterarían de que no era tan sólo la prudencia lo que orientaba nuestros pasos, sino que suponíamos que había realmente una probabilidad de que el individuo en cuestión estuviese complicado en el asunto Morris Althaus, lo cual no nos convenía en absoluto. Decidí jugar por lo seguro, arriesgando lo menos posible. Si algún agente secreto federal lee esto y piensa que estoy sobrestimando las facultades de sus camaradas y la eficiencia del FBI, a que pertenece, es

que no está todavía al corriente de todos los *secretos de familia*. Yo no estoy dentro de ella ciertamente; pero me he movido mucho a su alrededor.

Fui a la cocina para anunciar a Fritz que me marchaba y luego cogí, en el vestíbulo, mi sombrero y mi abrigo. Ya en la acera, eché a andar en dirección a la Décima Avenida, buscando el garaje. Pedí permiso a Hom Malloran para usar el teléfono, marqué el número de la *Gazette* y me puse al habla con Lon Cohén. El hombre se mostró discreto. No me preguntó qué tal nos desenvolvíamos con la señora Bruner y el FBI. Sí quiso saber, en cambio, dónde podría procurarse una botella de coñac.

—Es posible que te envié una el día menos pensado, siempre y cuando hagas algo para ganártela —le contesté—. Prueba ahora mismo. Hace unos dos años, un individuo llamado Frank Odell fue enviado a prisión por haber cometido un delito de fraude. Si se ha portado bien a lo largo de este tiempo, quizá haya conseguido una reducción en la condena, y se halle en estos momentos, tal vez, en libertad bajo fianza. Me he metido en labores de tipo social y deseo localizarle rápidamente, para lograr su rehabilitación. Llámame, cuanto antes mejor, a este número —se lo di—. Llevo estas actividades en secreto, de manera que, por favor, no me

hagas publicidad. Sé reservado.

Lon Cohén respondió que necesitaría una hora de tiempo para complacerme. Me dediqué a pasearme por el taller, echando un vistazo a los coches que allí había. Wolfe acostumbra comprar un automóvil por año. Asegura que esto aminora el riesgo de quedarse en la carretera, cosa en la cual anda equivocado. Yo me encargo siempre de elegir los sucesivos modelos. He llegado a sentir la tentación de adquirir un «Rolls» en una de esas ocasiones, pero entiendo que es una vergüenza deshacerse de un vehículo así a los doce meses de haberlo estrenado.

Aquel día no había nada en el taller

digno de cambiarse con el «Heron». Tom y yo hacíamos comentarios sobre el salpicadero de un «Lincoln» del año 1965 cuando sonó el timbre del teléfono. Atendí la llamada. Era Lon. Tenía la información que yo precisaba. Frank Odell había sido puesto en libertad en el mes de agosto. Su fianza alcanzaba hasta febrero. Vivía en el Bronx, en el número 2.553 de la avenida Lamont, y trabajaba en una sucursal de la Driscoll Renting Agency, sita en Grand Concourse, número 4.618. Lon manifestó que un buen procedimiento para iniciar su rehabilitación sería invitarle a participar en una partida de póquer y yo señalé que iría aún mejor una de dados.

Decidí tomar el metro en lugar de un taxi. No era que estuviese pensando en evitar gastos a nuestra cliente, sino que me decía que había llegado el momento de tomar medidas contra mis probables seguidores. Dos días y dos noches llevaba el FBI, quizá, interesándose por nuestras andanzas y habían transcurrido veinticinco horas desde el momento en que los jefes de la organización habían pedido a Perazzo que nos retirase a Wolfe y a mí las respectivas licencias oficiales. Sin embargo, yo no había sorprendido ningún detalle que me revelara la presencia de un compañero constante. Desde luego, anticipándome, siempre había hecho lo posible para

escabullirme, sin mirar atrás siquiera. Ahora decidí volver la cabeza, pero mientras anduviese. Esperé a encontrarme en la estación del Grand Central y después de haber subido a uno de los vagones.

Cuando uno se cree seguido por alguien viajando en un tren del metro, para localizar al *otro* es indispensable mantenerse en movimiento mientras el convoy avanza. En cada estación hay que ir situándose lo más cerca posible a una de las puertas de acceso, para salir velozmente. A las *horas punta* la maniobra es difícil. Pero entonces eran las diez y media de la mañana y nos dirigíamos al corazón de la ciudad.

Logré mi propósito a la tercera parada. No se trataba de un individuo... Eran dos. Uno era un tipo achaparrado, de corta talla, en cuyo rostro campeaban unos ojos grandes, de color castaño, que no sabía usar. El compañero era del corte de Gregory Peck, si uno se olvidaba de sus menudas y acaracoladas orejas. La dificultad principal radicaba en localizarlos sin que ellos se hubieran dado cuenta, y al apearme del tren en la estación de la calle Ciento Setenta yo estaba convencido de que me había salido con la mía. Pisando de nuevo la acera, los ignoré.

Una persecución por las calles de Nueva York, si se conoce el truco y se

tiene un poco de cerebro para valerse de él, resulta fácil de eludir. Es casi una broma. Hay millares de ocasiones para escabullirse. La persona perseguida no tiene más que escoger la hora y el sitio. Por la avenida Tremont fui deambulando tranquilamente, mirando los escaparates una y otra vez, contemplando distraídamente la esfera de mi reloj. Cuando estudiaba los números de unas casas observé que se me acercaba un taxi libre. Cuando lo vi situado a unos treinta metros de distancia, me deslicé entre unos coches aparcados y le hice una señal.

Me colé de un salto en su interior, ordenando al conductor que siguiera en

la misma dirección. El falso Gregory Peck se quedó con la boca abierta, mirándome. Su camarada se encontraba al otro lado de la calle. Recorrimos una distancia equivalente a siete manzanas antes de que un semáforo rojo nos obligara a detenernos. Ya estaba... Admito que en esta ocasión me mantuve pendiente de lo que ocurría a mi espalda. Facilité al taxista las señas de Grand Concourse, cambió el semáforo y seguimos rodando.



La entidad que a mí me interesaba

ocupaba la planta baja de un edificio de apartamentos. Naturalmente, la agencia en cuestión se encargaba del cobro de los alquileres. Entré en la oficina, que era de reducidas dimensiones. Vi dos mesas, un mostrador y un armario. Una bonita muchacha, de cabellos negros en cantidad suficiente para cubrir la cabeza de un «beatle», me miró sonriente preguntándome en qué podía servirme. Lo primero que tuve que hacer fue una profunda inspiración para seguir sereno, para evitar que me diese algún mareo. Las jóvenes de ese calibre debieran quedarse en sus casas durante las horas de trabajo. Le contesté que deseaba entrevistarme con el señor Odell. Mi

gentil interlocutora hizo un gracioso movimiento, indicándome una de las mesas.

Allí se encontraba mi hombre. Con una mirada tuve bastante para catalogarlo. Hay individuos que después de haber tenido una caída, una tan sólo —aunque carezca de trascendencia—, se muestran como acobardados. Odell no era de éstos. En cuanto a su talla era un cacahuete, pero eso sí: un cacahuete elegante. Lo vi bien afeitado, bien peinado y muy bien vestido. Su impecable traje gris a rayas iba perfectamente a su cuerpo.

Dejó su silla para acercarse a mí, diciéndome que él era Frank Odell. Me

tendió a continuación la mano. Es probable que se hubiese conducido Con más serenidad y desenvoltura dentro de una habitación, a solas conmigo. Quizá la muchacha no supiera que había cumplido condena en una prisión del estado. Me presenté. Saqué mi cartera y puse en sus manos una tarjeta. Él la examinó atentamente antes de guardársela, declarando:

—¡Dios mío! Debí haberle reconocido. Por su retrato del periódico...

Habían pasado catorce meses desde la última vez que mi retrato apareciera en la prensa. Por entonces debía de haberse encontrado él entre rejas... No

hice caso de aquello.

—Están empezando a vérseme los años que tengo, realmente —contesté—. ¿Podría usted concederme unos minutos? Nero Wolfe se ha hecho cargo de un trabajo que afecta a un hombre llamado Morris Althaus y cree que usted se halla en condiciones de facilitarnos algunos informes.

Odell no parpadeó. Tampoco pareció amilanarse lo más mínimo.

—Ese hombre murió asesinado.

—Es cierto. Desde luego, la policía ha realizado investigaciones. Los trámites rutinarios. Lo nuestro es algo aparte.

—Si usted supone que la policía ha

estado aquí, se equivoca. ¿Le parece bien que tomemos asiento? —se aproximó a su mesa y yo cogí una silla, instalándome a su lado—. ¿Cómo han orientado ustedes sus investigaciones?

—Verá. Es un poco complicado... Las hemos centrado en cierto trabajo que Morris Althaus llevaba entre manos poco antes de morir. Es posible que usted sepa algo sobre él si lo vio durante aquel período... Fue por el mes de noviembre. ¿Se entrevistó con la víctima por entonces?

—No. Lo vi por última vez hace un par de años. Ante un tribunal de justicia. Cuando algunas personas que yo tenía por amigas me jugaron una mala pasada.

¿Por qué razón había de buscarme a mí la policía?

—Cuando un profesional se enfrenta con un crimen que no hay manera de aclarar suele recurrir a todos los que se ponen a su alcance —deseché aquel tema con un expresivo gesto—. Me interesa lo que acaba de decir sobre esa mala pasada... Puede que tenga relación con lo que nosotros deseamos saber. ¿Figuraba él entre esas personas supuestamente enemigas?

—¡Oh, no! No nos unía ninguna amistad. Sólo lo vi dos veces, cuando redactaba aquel trabajo o se preparaba a tal fin. Andaba detrás de peces más gordos. Yo era uno más entre los que

prestábamos nuestros servicios a la Bruner Realty.

—¿La Bruner Realty? —arrugué el entrecejo—. No recuerdo este nombre en relación con el caso. Desde luego, no estoy muy familiarizado con el mismo. Entonces, ¿fueron sus conocidos de esa entidad quienes le hicieron la jugarreta?

El hombre sonrió.

—Ya se ve que no está muy al corriente. Yo tuve participación en otras cosas ajenas. Todo salió a relucir durante la vista de la causa. Los Bruner fueron muy amables conmigo, extraordinariamente amables. El vicepresidente llegó incluso a disponer lo necesario para que pudiese

entrevistarme con la señora Bruner. Esa fue la segunda vez que vi a Althaus, en el despacho de la casa de ella. Se mostró muy cortés también. Creyó lo que le dije. Hasta pagó la minuta de mi abogado... Bueno, parte de la misma. La señora Bruner estimó que me había metido en un negocio no muy limpio y yo le expliqué que en realidad ignoraba lo que iba a hacer... Ella quería impedir que figurase en la nómina de su compañía un hombre capaz de prestarse a ciertas transacciones. Pero no se mostró inflexible, ni mucho menos. Yo considero la suya una actitud amable.

—Y lo es, verdaderamente. Me sorprende que no volviese después a la

Bruner Realty cuando... cuando le fue posible, más adelante.

—No me querían ya allí.

—Eso no demuestra mucha comprensión, ¿eh?

—Es lo que suele pasar siempre. En fin de cuentas, yo había estado en prisión, cumpliendo condena. El presidente de la compañía es un individuo muy rígido. Yo podía haber recurrido a la señora Bruner, pero uno tiene su orgullo... Luego, se me presentó esta oportunidad —Odell sonrió—. Yo no estoy liquidado, señor Goodwin. Dentro de nuestro sector de actividades abundan las ocasiones de prosperar y soy todavía joven —tiró de un cajón de

la mesa—. Usted me dio antes una tarjeta. Llévese la mía.

Me entregó no una, sino media docena, con información variada sobre la Driscoll Renting Agency. Tenían nueve oficinas en tres distritos y administraban un centenar de edificios. No había en toda la ciudad quien les superara. Experimenté la impresión de que la Driscoll era una entidad sumamente *amable*. Presté atención a sus palabras, para que no me juzgara descortés, pero solamente la indispensable a ese fin. Después le di las gracias, y camino ya de la calle, me tomé la libertad de intercambiar unas miradas con la bella joven que me

atendiera a la llegada. Ella me dedicó una sonrisa. Aquél era, en verdad, un lugar que resultaba grato.

Eché a andar por Grand Concourse, bajo el sol. Durante mi breve estancia en la oficina de la Driscoll nadie me había invitado a despojarme del abrigo. Iba relacionando mentalmente determinados datos.

1. La señora Bruner había distribuido ejemplares de un libro.

2. Morris Althaus había estado recogiendo documentación para redactar un trabajo sobre el FBI.

3. Los agentes secretos federales habían asesinado a Althaus. O, por lo

menos, hallábanse en el piso de éste en el momento de morir el dueño del mismo.

4. Althaus conocía a la señora Bruner. Había estado en su casa.

5. Un hombre que trabajaba para la firma de la señora Bruner había sido encarcelado (¿objeto de una mala pasada?), a consecuencia de un artículo escrito por Althaus.

Aquí no cabía hablar de coincidencias. Había allí causas y efectos. Y algo de enredo. Intenté clasificar mi material, pero pronto me di cuenta de que eran muchas las combinaciones y posibilidades y que

por aquel camino podía llegar hasta a pensar que la señora Bruner había disparado sobre Althaus, lo cual no se avenía muy bien con la lógica, ya que ella era la cliente. Existía una conclusión irrefutable: en aquel pajar se había perdido una aguja y ésta tenía que ser encontrada. Wolfe había robado otra base. Se había limitado a preguntar a Yarmack si los artículos escritos por Althaus y publicados en *Tick-Tock* podían ser calificados de inofensivos. Luego, me ordenó que localizara a Odell porque no había encontrado ninguna tarea sensata para mí.

Sí. Esto era lo que pasaba.

No podía llamar a Wolfe a casa en

aquellos momentos y decidí no utilizar el teléfono de Hewitt. Aparte de las numerosas derivaciones que hay normalmente en una casa como la de nuestro amigo, lo más seguro era que los agentes secretos federales hubiesen seguido a mi jefe. Nero había dado instrucciones a Panzer en el sentido de que no se preocupara por lo que viera a su espalda. Para los hombres del FBI, enténderselas con una línea telefónica en plena campaña venía a ser un juego. Me acordé de que una vez...

Aparté los recuerdos.

Pero no estaba dispuesto a regresar a casa para sentarme en el despacho, esperando el regreso de Nero Wolfe. Me

metí en la primera cabina telefónica que encontré, marqué el número de la señora Bruner y, cuando logré comunicar con ella, le pregunté si podíamos vernos en el Rusterman a las doce y media para comer juntos. Me contestó que sí. Telefoneé a continuación al Rusterman, hice que Félix se pusiera al habla y le pregunté si podía disponer de una de las habitaciones de la planta superior, a prueba de sonidos. Me interesaba la más pequeña, de ser posible. Me respondió afirmativamente. Salí de la cabina y tomé un taxi.

El Rusterman había perdido algo en los últimos tiempos. No era ya lo que había sido viviendo Marko Vukcic.

Wolfe no frecuentaba el establecimiento con la asiduidad de otras épocas. Iba por allí, sin embargo, una vez al mes como mínimo, y Félix se presentaba periódicamente en la casa de fachada color pardo rojizo a solicitar consejos. Fritz y yo acompañamos a menudo a Wolfe en sus esporádicas visitas. Comemos en tales ocasiones en una de las habitaciones más pequeñas de la planta alta. Lo normal es que empecemos con la reina de las sopas, la *Germiny á l'Oseille*. Por consiguiente, conozco muy bien el lugar.

Félix, siempre atento, me acompañaba cuando entró en el local la señora Bruner. No se había retrasado

más que diez minutos.

Quiso que le sirvieran un Martini doble seco con cebolla. Uno no sabe nunca a qué atenerse... Yo suponía que pediría jerez o Dubonnet. Y de cebolla, ni hablar. Cuando se lo trajeron, tomó tres buenos sorbos seguidos. Tras comprobar si el camarero había cerrado la puerta, dijo:

—Naturalmente, no me atreví a hacerle ninguna pregunta por teléfono. ¿Se ha producido alguna novedad?

Para estar a tono, yo había pedido también un Martini, sólo que... sin cebolla. Tomé un sorbo y contesté:

—Nada importante. El señor Wolfe hoy ha quebrantado un par de normas. Se

ha saltado su habitual sesión de la mañana con las plantas y ha salido de casa... para trabajar en lo de usted. Ha ido a Long Island para entrevistarse con un amigo. Puede que de ahí salga algo, pero no llegue a cortarle el aliento, señora Bruner. En cuanto a mí, le diré que acabo de desplazarme al Bronx con objeto de ver a un hombre llamado Frank Odell, quien en otro tiempo trabajó para usted, para la Bruner Realty. ¿No es así?

—¿Odell, ha dicho?

—Sí.

Ella frunció el ceño.

—No... ¡Oh, sí! Odell es aquel individuo menudo que armó todo aquel

enredo... Pero, bueno, ¿no estaba en la cárcel?

—Estaba en la cárcel, efectivamente. Salió en libertad bajo fianza hace unos meses.

La señora Bruner continuaba con el entrecejo arrugado.

—¿Y por qué fue usted a verlo?

—Esa es una larga historia, señora Bruner —tomé otro sorbo de Martini—. El señor Wolfe decidió que había que empezar por efectuar una pequeña comprobación sobre las actividades del FBI dentro y por los alrededores de Nueva York. Entre otras cosas, nos enteramos de que el pasado otoño un hombre llamado Morris Althaus había

estado reuniendo materiales para redactar un trabajo acerca del FBI, el cual iba a salir en las páginas de cierta revista. Hace siete semanas, Morris fue asesinado. Valía la pena estudiar el caso y llevamos a cabo algunas indagaciones. Supimos que había firmado un extenso artículo titulado «El Negocio de la Realty» un par de años atrás, a consecuencia del cual un individuo llamado Frank Odell había ido a parar a la cárcel, acusado de fraude. El señor Wolfe me sugirió la conveniencia de localizarlo y yo fui a hablar con él. Así me enteré de que había pertenecido a su firma. Luego, pensé que lo lógico era poner el hecho en conocimiento de usted

y pedirle que me hablara del caso.

La señora Bruner colocó su vaso encima de la mesa.

—¿Y qué puedo decirle yo?

—Hablemos, por ejemplo, de Morris Althaus. ¿Le conocía bien, a fondo?

—No le conocía en absoluto.

—Una vez, por lo menos, estuvo en su casa, en su despacho... Si es que hemos de dar crédito a las palabras de Odell, naturalmente.

Ella asintió.

—Eso es verdad. Me acordé de aquella ocasión al leer las informaciones relativas al... crimen — la señora Bruner levantó la cabeza—.

No me gusta el tono con el que ahora usted se dirige a mí, señor Goodwin. ¿Está insinuando que yo le he ocultado algo?

—Sí, señora Bruner. Es posible que me haya ocultado algún hecho. Aclaremos este punto antes de que acabemos de comer. No lo dejemos para luego. Usted ha contratado los servicios del señor Wolfe, confiándole una tarea cuya realización raya casi lo imposible. Lo menos que puede hacer es darnos a conocer cuánto, de lejos o de cerca, tenga algún punto de contacto con aquélla. El hecho de que usted conociera a Morris Althaus, de que hablase con él, me sugiere, naturalmente, varias

preguntas. ¿Sabía usted que iba reuniendo materiales para una información sobre el FBI? No me interrumpa. Déjeme acabar. ¿Sabía usted, o sospechaba, si la citada organización estaba implicada en el crimen? ¿Fue ése el motivo del envío de los libros a los distintos destinatarios? ¿Fue ésa la razón que le movió a buscar a Nero Wolfe? Se trata de esto, tan sólo: nosotros hemos de estar al corriente de cuanto usted sepa. Nada más.

La señora Bruner se mostró a tono con las circunstancias. Una mujer que puede arrojar, sin parpadear, sobre una mesa un cheque por cien mil dólares, no tiene, habitualmente, mucha práctica en

la labor de escuchar las razones de un personaje mercenario, a sueldo. Supo dominarse, sin embargo. Ni siquiera tuvo que contar hasta diez. Por lo menos, yo no advertí que estuviese haciéndolo en voz alta. Limitóse a coger de nuevo su vaso para tomar un largo sorbo, mirándome a los ojos. Habló una vez hubo colocado aquél encima de la mesa, operación que realizó con mucho cuidado.

—Yo no les he ocultado nada en absoluto. Sencillamente, no pensé que viniera a cuento mencionar a Morris Althaus. Puede que pensara en ello con anterioridad, pero no mientras charlaba con el señor Wolfe. Bueno, es que, en

realidad, yo no sé nada sobre ese caso. Ni siquiera ahora. Había leído algunas informaciones relativas al crimen y recordé que yo había llegado a conocer a ese hombre. Pero la única conexión que ahí existía con el FBI era la que la señorita Da- cos, mi secretaria, me había hecho observar. Era hablar por hablar... Ella tampoco estaba enterada. La cuestión no tenía nada que ver con el envío de los libros. Distribuí los ejemplares porque yo había leído la obra y me figuré que era necesario que se enterase de su contenido alguna gente que ocupa cargos importantes. ¿Responde eso a sus preguntas?

—Responde perfectamente. Pero sus

comentarios me sugieren una más. No olvide que estoy trabajando para usted. ¿Qué le dijo, concretamente, la señorita Dacos?

—Los suyos fueron unos comentarios intrascendentes. Ella vivía en la misma zona, donde todavía habita...

—En la misma zona... ¿que quién?

—Que ese hombre: Morris Althaus. Es decir, en el Village. Su apartamento queda en el segundo piso, debajo del de Althaus. Ella había salido aquella noche y poco después...

—¿La noche en que él fue asesinado?

—Sí. No me interrumpa. Poco

después de haber regresado a su apartamento, la señorita Dacos oyó rumores de pasos en el corredor y en las escaleras. Impulsada por la curiosidad, quiso saber qué sucedía... Al asomarse a una ventana distinguió las figuras de tres hombres que en aquel momento salían de la casa, encaminándose hacia la esquina de la calle. Pensó en seguida que eran agentes del FBI. ¿Por qué? Porque respondían al «tipo» habitual de los hombres integrados en esa organización. Como ya he señalado, ella no sabía nada y yo ignoraba que existiese alguna relación entre Morris Althaus y el FBI. Me ha preguntado usted si yo estaba enterada de que

trabajaba en un informe sobre aquél. Pues no. Acabo de enterarme ahora, gracias a lo que me ha dicho. Su sospecha de que yo hubiese podido ocultarles algo me ha dolido, francamente —la señora Bruner consultó su reloj de pulsera—. Es más de la una y tengo una cita para las dos y media... Tengo que asistir a la reunión de un comité...

Pulsé dos veces un botón, brevemente, y me disculpé por haberla invitado a comer para intentar matarla de hambre. A los dos minutos apareció Pierre con la sopa de langosta. Le dije que sin esperar mi llamada, transcurridos diez minutos, se presentara

con los pollitos que le encargara.

Existía una pequeña cuestión de etiqueta. En rigor, lo más apropiado hubiera sido informarla que ni a Nero Wolfe ni a mí se nos cobraba nada en el Rusterman. Así pues, la cuenta de los gastos no iba a sufrir incremento alguno por aquello. Pero semejante declaración no les iba a los pollos *a la Moscovite*, ni a las setas *Polonaise* o la *Salade Béatrice* y el *Soufflé Armenonville*... Deseché la idea. No volví a mencionar a la señorita Dacos. Nuestro común interés se centraba en el FBI.

Me enteré de que la señora Bruner había recibido 607 cartas dándole las gracias por el envío del libro, misivas

que en su mayor parte sólo contenían una frase o dos de agradecimiento. En 184 cartas más, los corresponsales mostraban desaprobar su actitud, empleando palabras fuertes, y en 29 esquelas y tarjetas la obsequiaban con todo género de epítetos malsonantes. Me sorprendió que hubiese recibido sólo 29 escritos de este último corte. Entre los 10.000 destinatarios debían de haber figurado dos centenares de miembros de la John Birch Society y otras agrupaciones similares.

A la hora del café volví a ocuparme de la señorita Dacos. Había efectuado por entonces algunos cálculos mentales... Si Wolfe se despedía de

Hewitt a las cuatro podía ser que estuviese de vuelta a las cinco y media, aproximadamente. También existía la posibilidad de que retrasase la hora de la separación de su amigo. Suponiendo que eso sucediera a las cinco, llegaría alrededor de las seis y media. Necesitaría descanso y algún refresco tras el peligroso viaje en la oscuridad de la noche, rodeado por millares de máquinas traidoras. Tendría que ser después de la cena...

Cuando Pierre, tras servir el café, se marchó, le dije a la señora Bruner:

—Desde luego, el señor Wolfe querrá hablar con la señorita Dacos. La joven no sabrá nada, como ya ha

indicado usted, pero querrá comprobarlo personalmente. ¿Tendrá usted la amabilidad de decirle que se presente en esta misma habitación esta noche a las nueve? No podemos pensar en el despacho de Wolfe, ya que pueden disponer los agentes de medios para escuchar lo que hablemos.

—Ya le he dicho que formuló unos comentarios intrascendentes.

Insistí que estaba probablemente en lo cierto. Ahora bien, independientemente de todo, a Wolfe le agradaba escuchar a la gente. De sus palabras solía deducir a menudo datos elocuentes. Cuando la señora Bruner hubo apurado su taza de café, la hice

pasar al despacho que Félix ocupa en la parte posterior del local. Allí utilizó el teléfono para hablar con Sarah Dacos, dejándolo todo arreglado.

La escolté por las escaleras y la acompañé hasta su coche. Yo regresé al local para beberme otra taza de café. Estaba haciendo tiempo para llamar a Wolfe. Quería tener la seguridad de que habían terminado de comer. Me senté, reflexionando. Se me había escapado un detalle: no había preguntado si la señorita Dacos se encontraba en el despacho de la señora Bruner cuando Morris Althaus y Frank Odell hablaron con esta última. Desde luego, Sarah podría aclararnos tal extremo, pero es

que se trataba precisamente del clásico pequeño detalle en el que Wolfe siempre tiene interés. ¿Y si Sarah Dacos había hablado con la policía de los tres hombres que viera desde la ventana de su habitación? Tal vez la joven había quitado o puesto algo a aquella declaración, según pensara en la policía o en la señora Bruner... Era imposible que divisara sus figuras al doblar la esquina y que se hiciese con el número de la matrícula del automóvil desde una de las ventanas del edificio que albergaba su apartamento: el 63. Habíamos de buscar una corroboración de datos. Mas para la primera alternativa (los hombres del FBI habían

matado a Althaus), y no para la que nosotros preferíamos.

Recordé cómo, al cruzar la plaza de Washington, en mi desplazamiento del día anterior, había pensado que era una coincidencia que la calle Arbor estuviese en el Village y que Sarah Dacos viviese allá. Ahora eso se me antojaba algo más que una simple coincidencia. Aquello podía tener más de causa y efecto...

A las tres entré en el despacho de Félix, marcando el número de Lewis Hewitt. Algo marcha mal en su palacio cuando se recurre a tal medio de comunicación. Tuve que esperar casi cuatro minutos, pero al fin oí la voz de

Wolfe al otro extremo del hilo.

—Dígame, Archie.

—Estoy en el Rusterman. He comido aquí con la señora Bruner. Si usted se presenta en este lugar antes de las seis y media le pasaré mi informe correspondiente a las últimas horas. Le sugiero que cenemos aquí mismo porque a las nueve se va a presentar en el establecimiento cierta persona...

—Ahí...

—Sí, señor.

—¿Por qué razón ahí? ¿Por qué no en mi despacho?

—Será mejor aquí, señor Wolfe. A menos que usted se avenga a que una joven y atractiva damita se siente

prácticamente sobre sus piernas por un par de horas, con el altavoz de la radio a todo volumen.

—¿Quién es la joven y atractiva damita?

—Sarah Dacos, la secretaria de la señora Bruner. Ya la pondré al corriente de todo cuando llegue.

—Si es que voy al Rusterman. Está bien. Adiós.

Y Nero Wolfe colgó.

Marqué nuestro número. Yo, que conocía perfectamente a Wolfe, comuniqué a Fritz que íbamos a cenar en el Rusterman y que tenía que dejar para el día siguiente la carne en escabeche que había estado preparando. A

continuación localicé en la guía el número de la esposa de David Althaus, que procedí a marcar. Pero cuando ella atendió la llamada decidí no someterla a ningún interrogatorio. En realidad, yo sólo quería saber si había oído a su hijo hablar de una chica llamada Sarah Dacos. Disponía de tres horas por delante. ¿Por qué no dar, pues, un paseo? Le pregunté si tendría la amabilidad de recibirme a eso de las cuatro y media y me contestó que sí. Al momento de salir, anuncié a Félix que Nero y yo cenaríamos en su establecimiento.

9

Me encontraba de nuevo en la habitación a prueba de ruidos, sentado cómodamente, con las piernas extendidas, enfrascado por enésima vez en mis reflexiones, cuando llegó Wolfe. Eran las siete menos veinte minutos. Le acompañaba Félix. Sabiendo que aquélla era la hora más movida de la jornada, le obligué a marcharse. Ayudé a mi jefe a quitarse el abrigo, que colgué de una percha, al tiempo que le decía:

—Espero que le haya parecido

interesante su desplazamiento de hoy.

Nero me correspondió con uno de sus habituales gruñidos, tomando asiento en el sillón que años atrás adquiriera Marko Vukcic para que lo utilizara exclusivamente su amigo. Entre visita y visita de mi jefe, el sillón es guardado en el cuarto en que Marko conservaba sus efectos personales.

—He llegado a una conclusión—me confió Wolfe—: los hombres de nuestros días son medio idiotas y medio héroes. Sólo los héroes pueden sobrevivir en el torbellino que es hoy la existencia. Sólo los imbeciles, también, pueden desearlo...

—Comprendo que a veces esto se

hace duro —repliqué—. No obstante, creo que se sentirá usted más optimista cuando haya cenado. Félix va a servirnos una chocha.

—Me lo figuraba, porque sé que a usted le gusta bastante.

—Hasta ahora me ha gustado mucho, sí. Ya veremos lo que pasa a partir de esta noche. ¿Qué tal lo de Hewitt?

—Hewitt se parece mucho a usted en los gustos culinarios. Todo ha quedado arreglado. Saúl me resultó muy útil, como de costumbre. Estoy satisfecho.

Me dejé caer en una silla.



—Puede que lo que voy a decirle no le satisfaga tanto, pero, en fin, tiene sus

puntos de interés. Comenzando por el final, le comunicaré que la señora Althaus asegura que no oyó nunca a su hijo hablar de Sarah Darcos.

—¿Y por qué había de ocurrir lo contrario?

—He aquí uno de los puntos a que quiero referirme. Causa y efecto...

Le di cuenta de las conversaciones que había mantenido y de los sucesivos movimientos con todo detalle, incluyendo la treta de que hiciera víctimas a los agentes secretos federales. Había sido aquél, realmente, nuestro primer contacto con el enemigo y yo opinaba que éste debía saber cómo nos desenvolvíamos en determinadas

circunstancias. El sillón del restaurante no reunía las condiciones del que Wolfe tenía en su despacho, pero también le permitía echarse hacia atrás con los ojos cerrados o entornados. Todo fue como en casa, verdaderamente. Al terminar yo mi discurso, Wolfe no movió un solo músculo de su rostro, ni abrió los ojos. Hubo tres minutos de absoluto silencio. Luego, seguí hablando.

—Ya me hago cargo de que todo lo que he dicho le ha aburrido..., si es que usted se ha molestado en escucharme. Le tiene sin cuidado que Morris Althaus muriera en manos de éste o aquél... Lo único que suscita su interés es esa mentira inflada que está fraguando y ¡al

diablo el probable criminal! Estimo en lo que vale su gesto de abstenerse de roncar. Soy un hombre extremadamente sensible.

Nero Wolfe abrió los ojos.

—He dicho que estoy satisfecho y ratifico mi declaración. Ahora bien, usted podía haber proseguido en su tarea. ¿Por qué no se atrevió con esa mujer aquí mismo esta tarde? ¿Qué necesidad había de aguardar hasta la noche?

Asentí.

—Compruebo que no sólo está aburrido... Veo que no relaciona correctamente unas cosas con otras. Usted dijo que habíamos de preferir, sin

lugar a dudas, la segunda alternativa. Hemos de agotar sus posibilidades... Sarah Dacos se hallaba en la casa en el momento en el que fue asesinado Morris Althaus, o poco después. Puede que ella confirme este extremo, por un camino o por otro. Si usted desea...

Se abrió la puerta de la habitación y entró Pierre, llevando una bandeja. Eché un vistazo a mi reloj de pulsera. Eran las siete y cuarto. Wolfe se atenía a una regla: la de la puntualidad, y se aferraría a otra, siempre observada rigurosamente: nada de conversación sobre nuestra actividad profesional durante la cena.

Nero Wolfe salió del cuarto para

lavarse las manos. A su regreso, Pierre había servido ya los mejillones y aguardaba pacientemente detrás de su sillón, para ayudarle a sentarse. Mi jefe, ya acomodado, tomó un mejillón con un tenedor, y se lo llevó a la boca. Movi6 los carrillos parsimoniosamente, tragó y dijo:

—El señor Hewitt ha conseguido hacer florecer cuatro cruces entre *Miltonia sanderae* y *Odontoglossum pyramus*. Uno de los ejemplares obtenidos es digno de verse.

Así pues, habían dispuesto de tiempo para visitar el invernadero.

Alrededor de las ocho y media nos visitó Félix para preguntar si podía

hacerle una consulta con respecto al problema del abastecimiento de *langoustes* desde Francia por vía aérea. De sus palabras deduje que lo que Félix deseaba era la aprobación de Wolfe ante la eventualidad de adquirir *langoustes* congeladas. Desde luego, no la obtuvo. Pero Félix era un hombre terco y los dos continuaban discutiendo cuando Pierre hizo pasar a Sarah

Dacos a la habitación. Llegaba a la hora concertada. Después de ayudarla a despojarse del abrigo le ofrecí una taza de café, que aceptó. Entonces la invité a sentarse a la mesa, esperando a que Félix se fuera para efectuar la presentación.

Nero acostumbraba calibrar a los hombres de un vistazo. Con las mujeres, sin embargo, elude tal proceder. Dice que cuando uno se forma una opinión sobre cualquier mujer, en un sentido o en otro, lo más seguro es que se equivoque. Miró a Sarah Dacos, por supuesto, pero únicamente porque iba a dirigirle la palabra. Nero le dijo que se imaginaba que la señora Bruner la habría informado de la conversación que sostuviera conmigo.

Sarah no se mostraba tan desenvuelta como en el despacho. Sus oscuros ojos habían perdido algo de viveza. La señora Bruner me indicó que la chica había hablado por hablar...

Ante Nero Wolfe, probablemente, ella pensaba que se había excedido. Contestó que sí, que la señora Bruner acababa de darle algunas explicaciones.

Wolfe parpadeó. Aquella luz no era como la de su despacho. Además, había tenido que forzar mucho la vista en el transcurso de la jornada.

—Me intereso especialmente por Morris Althaus —dijo—. ¿Lo conocía usted bien?

Ella movió la cabeza, denegando.

—En realidad, no.

—Vivían los dos bajo el mismo techo, prácticamente.

—Bueno... Eso no significa nada en Nueva York, como usted ya sabe. Me

mudé a mi apartamento hace un año, aproximadamente. Nos vimos en el vestíbulo en cierta ocasión y descubrimos que nos conocíamos de antes... en efecto, coincidimos en el despacho de la señora Bruner, cuando la visita de aquel hombre, de Odell. Después cenamos juntos... Un par de veces por mes.

—Eso no les llevó a tratarse con alguna intimidad...

—No sé qué entiende usted por «intimidad», ni tampoco qué pretende significar.

—Eludamos la cuestión y vayamos a lo que importa. Pensemos en la velada del día veinte de noviembre, un viernes.

¿Cenó usted con el señor Althaus aquella noche?

—No.

—¿Salió usted?

—Sí. Asistí a una conferencia que dieron en la New School.

—¿Fue sola?

Ella sonrió.

—Usted es como el señor Goodwin: anda empeñado en demostrarme que su profesión es la de detective. Pues, sí, fui sola. La conferencia versaba sobre el tema de la fotografía. Me interesa la fotografía.

—¿A qué hora regresó a su apartamento?

—Poco antes de las once. Serían las

once menos diez minutos. Quería escuchar las noticias que dan a las once en punto.

— ¿Qué pasó? Puntualice todo lo que pueda.

—No hay mucho que precisar. Entré en la casa y subí la escalera. Mi piso es el primero. Entré en el apartamento, me quité el abrigo y me bebí un vaso de agua. Empezaba ya a desnudarme cuando oí un rumor de pasos en la escalera. Me pareció que alguien quería pasar inadvertido y sentí una gran curiosidad. El edificio consta de cuatro plantas solamente. Por cierto, la mujer que vive en la última estaba ausente... Se había ido a Florida. Me acerqué a

una ventana y la abrí lo suficiente para poder sacar la cabeza. Tres hombres salieron del inmueble, torciendo hacia la izquierda, doblando la esquina. Avanzaban de prisa —Sarah hizo un expresivo gesto—. Eso fue todo.

—¿Ninguno de los tres desconocidos se dio cuenta de que usted acababa de abrir la ventana? ¿Ninguno levantó la cabeza en dirección a ella?

—No. La ventana había quedado abierta unos segundos antes de que ellos abandonaran el edificio.

—¿Hablaron algo entre sí?

—No.

—¿Identificó usted a alguno de los tres hombres?

—No. Por supuesto que no.

—Nada de por supuesto. No los identifiqué, sencillamente.

—Cierto.

—¿Sería capaz de reconocerlos si los tuviera delante?

—No. No vi sus rostros.

—¿Observó en ellos algunas peculiaridades especiales? Me refiero a su estatura, a su manera de caminar...

—Pues... no.

—¿De veras?

—No.

—Y luego, se acostó.

—Sí.

—Después de entrar en su apartamento, antes de percibir aquellos

pasos en la escalera, ¿llegó a sus oídos algún ruido procedente de la planta superior, del apartamento del señor Althaus?

—No oí nada. Me moví de un lado a otro, quitándome el abrigo y colgándolo de una percha. Abrí el grifo y dejé correr el agua, para bebérmela fresca. Además, la habitación de Morris Althaus tenía una alfombra muy gruesa.

—¿Visitó usted alguna vez su apartamento?

Sarah Dacos bajó la cabeza.

—En varias ocasiones. Tres o cuatro veces... Cuando cenábamos juntos solíamos tomar el aperitivo allí.

Sarah Dacos cogió su taza y yo

observé que su pulso era firme. La advertí de que su café se había enfriado, ofreciéndole otra taza, pero ella me contestó que era igual. Wolfe se sirvió un poco, tomando un sorbo.

—¿Cuándo y cómo se enteró usted de que Morris Althaus había sido asesinado?

—Por la mañana. Los sábados no trabajo y me acuesto tarde. Llegó Irene, la mujer de la limpieza, y llamó a mi puerta. Habían dado ya las nueve.

—Entonces, ¿fue usted quien telefoneó a la policía?

—Sí.

—¿Dijo usted a la policía que había tomado a los tres desconocidos por

agentes del FBI?

—Les hablé de ellos, pero no formulé ninguna afirmación en tal sentido. Yo estaba... muy impresionada. No había visto ningún cadáver hasta entonces... Bien. En su féretro, sí.

—¿Cuándo dijo a la señora Bruner que, en su opinión, los tres desconocidos eran agentes del FBI?

Los labios de Sarah Dacos se movieron. Vaciló un momento.

—El lunes siguiente.

—¿Por qué pensó que eran agentes secretos federales?

—Lo parecían. Me parecieron jóvenes y... ¿cómo les diré yo?... de constitución atlética. Me llamó la

atención también su forma de andar.

—Usted me dijo antes que no observó ninguna peculiaridad especial en sus figuras.

—Lo recuerdo perfectamente. Yo no calificaría eso de peculiaridad... — Sarah se mordió los labios—. Sabía que me haría esa observación. Creo que debo admitir... Bueno. He aquí la causa principal de que yo me expresara en aquellos términos: sabía lo que ella pensaba acerca del FBI. Le había oído hablar del libro que distribuyó y me imaginé que le gustaría... quiero decir, creí que mi opinión se acomodaría mejor a sus ideas. Me desagrada admitir esto, señor Wolfe. Ya me doy cuenta de

cómo suena. Espero que no ponga este detalle en conocimiento de la señora Bruner.

—Lo pondré en su conocimiento solamente si es útil a algún fin —Wolfe cogió su taza, tomó otro sorbo de café, la dejó sobre su platillo y me miró—. Archie...

—Uno o dos pequeños detalles, quizá —la miré fijamente y ella me devolvió la mirada. Sus ojos parecían todavía más oscuros al fijarse abiertamente en los de uno—. No hay ni que decirlo... Supongo que los policías le habrán preguntado cuándo habló usted por última vez con Althaus. ¿Cuándo ocurrió eso?

—Tres días antes... de aquel viernes. El martes por la mañana, en el vestíbulo. Cruzamos tan sólo unas palabras, cosa de un minuto o dos... Fue un encuentro casual.

—¿Le hizo saber a usted que estaba trabajando en una serie de artículos sobre el FBI?

—**No. Jamás me habló de sus actividades Profesionales.**

—¿Cuándo fue la última vez que estuvo con él, cenando juntos o por cualquier otro motivo?

—No estoy segura de la fecha. Fue una semana antes, aproximadamente. Un día del mes de octubre. Nos habíamos reunido para cenar.

—¿En un restaurante?

—Sí. En Jerry Joint.

—¿Conoce usted a la señorita Marian Hinckley?

—¿Hinckley? No...

—¿Y a un hombre llamado Vincent Yarmarck?

—No.

—¿Y a otro llamado Timothy Quayle?

—No.

—¿Mencionó Althaus alguna vez en su presencia esos nombres?

—No, que yo recuerde. También es posible lo contrario, sin embargo.

Enarqué las cejas, mirando a Wolfe. Este se quedó ensimismado,

contemplando en silencio a la joven durante medio minuto. Luego, gruñó que dudaba de que ella le hubiese facilitado algún dato interesante, por lo cual lo más seguro era que la noche hubiera sido malgastada. Mientras él hablaba, yo me puse de pie, ayudando a Sarah Dacos a ponerse el abrigo en cuanto se levantó.

Wolfe continuó sentado. A veces se pone de pie cuando una mujer va o viene a su alrededor. Probablemente, sus movimientos, en tales casos, obedecen a determinadas normas que se ha fijado, pero yo nunca he logrado establecerlas con claridad. Sarah Dacos me dijo que no tenía por qué molestarme acompañándola hasta la escalera. No

obstante, en mi afán de demostrarle que hay detectives privados con buenos modales, la seguí. Ya en la acera, mientras el portero hacía señas a un taxi para que se aproximara, ella me puso una mano en el brazo, indicándome que me quedaría muy agradecida si silenciábamos ante la señora Bruner lo que deseaba que ésta no supiera. Yo respondí dándole una palmadita en la espalda. Tal gesto puede ser tanto excusa como una promesa. Sarah interpretaría como más le agradara...

Cuando volví a la habitación, Wolfe seguía en el mismo sillón y posición. Había juntado las manos beatíficamente sobre su vientre. Nada más cerrar la

puerta, me preguntó:

—Archie... ¿Cree usted que esa joven miente?

Contesté afirmativamente, sentándome.

—¿Cómo diablos puede afirmar eso?

—Vamos a eludir una discusión, en parte, con la premisa de que yo resulto atractivo, en opinión de las mujeres, y usted no. Además, me doy buena maña con ellas. En este aspecto, como en tantos otros, somos diferentes. Aun así, usted tiene que haberse dado cuenta de que la muchacha no es todo lo tonta que debería ser para sugerir lo que sugirió a la señora Bruner sobre los hombres del

FBI con el único fin de agradar. A mí me parece que Sarah Dacos no tiene ni un pelo de tonta. Para declarar lo que declaró tuvo, sin duda, una razón y de las sólidas. Todo eso de la forma de andar de los desconocidos y de su complexión atlética es una bobada. Voy a aventurar una suposición entre media docena que se me vienen a la cabeza: al entrar en la casa oyó unos ruidos; subió entonces al otro piso, para escuchar atentamente junto a la puerta del apartamento de Althaus. Algo dirían los que estaban dentro... Me desagradaba esto, porque, de haber sucedido lo que digo, no me explico cómo no lo comunicó a la policía. Opto por algún

detalle que ella no quiso que se divulgara. Por ejemplo, Sarah Dacos sabía que Althaus llevaba entre manos un trabajo sobre el FBI. Él había...

—¿Cómo se enteró?

—Cada vez existía entre los dos más confianza. Sarah ha mentido en el aspecto de sus relaciones como miente una mujer, como vienen mintiendo todas desde hace mil años. Muy conveniente todo... Vivían en la misma casa; a él le gustaban las faldas y la joven no

es ninguna bruja, ni mucho menos. Él le había contado toda la historia. Llegaría a decirle, incluso, que era posible que los agentes registraran el apartamento aprovechando una de sus

ausencias. En consecuencia, es natural que la chica...

—Subiese para comprobar si él estaba allí..., ¿no?

—Procedió así después de ver salir a los tres hombres. Pero la puerta estaba cerrada con llave. Llamó con los nudillos o tocó el timbre, pero nadie le respondió. Bueno, estoy contestando a su pregunta de si ella miente o no... Yo creo, como ya he dicho, que sí.

—Entonces, necesitamos conocer la verdad con toda certeza. Descúbrala, Archie.

Eso respondía perfectamente al carácter de Nero Wolfe. Mi jefe no me cree capaz de llevarme una muchacha al

Flamingo y descubrir sus más recónditos secretos tras un par de horas de baile. No lo cree, pero finge lo contrario, porque piensa que esto aumenta mi seguridad personal, la confianza que tengo en mis facultades.

—Consideraré atentamente la cuestión —respondí—. Lo consultaré con la almohada: la que me lleve al diván del despacho. Y ahora, ¿no podríamos cambiar de tema? Anoche me preguntó usted si yo acertaba a idear alguna maniobra que contribuyese a hacer creer a Wragg que fue uno de sus hombres el autor de la muerte de Althaus. Le dije que no, que no se me ocurría nada. He pensado luego que

existe un procedimiento... Esa gente vigila a Sarah Dacos. Por consiguiente, ahora sabe que estuvo aquí. Casi seguro también que los agentes se han enterado de su llegada a este local. Ellos conocen, asimismo, las señas de la joven: calle Sesenta y Tres Arbor, pero ignoran lo que vio u oyó aquella noche. De esto se deduce que tampoco pueden saber lo que ha declarado ahora. Se imaginan que sucedió *algo* la noche del delito. Tal hecho nos favorece.

—Quizá tenga usted razón.

—Sí. Y si al salir de aquí tomáramos un taxi que nos condujera a casa de Cramer y pasáramos una hora en su compañía, ellos creerían que hemos

conseguido algún dato decisivo relacionado con el homicidio no aclarado, gracias a la intervención de Sarah Dacos. También eso nos favorece.

Wolfe movió la cabeza, dubitativo.

—Usted dio a Cramer *nuestra* palabra de honor...

—Solamente en lo tocante a nuestras entrevistas, a lo de vernos y hablar. Vamos en su busca porque al intentar descubrir una cosa sobre el FBI, nos sentimos interesados por Morris Althaus, un hombre que, en sus escritos, se ocupaba de la organización y sus miembros. Sarah Dacos nos revela un detalle acerca del asesinato de aquél que nos parece justo que Cramer

conozca. Nuestra palabra de honor continúa siendo sólida y válida como el oro.

—¿Qué hora es?

Consulté mi reloj.

—Faltan tres minutos para las diez.

—El señor Cramer estará acostado y nosotros no tenemos nada que ofrecerle.

—¿No? Conocemos a una persona que posee un buen motivo para pensar que los tres desconocidos eran agentes del FBI, motivo que hasta ahora se reserva. A Cramer eso ha de parecerle un bocado exquisito.

—Tal bocado nos pertenece. Pondremos a la señorita Dacos en manos de Cramer única y

exclusivamente cuando ella sea nuestra
—Nero Wolfe echó su sillón hacia atrás
—. Sonsáquela usted. Proceda así
mañana. Me siento cansado. Nos iremos
a casa para acostarnos en seguida.

10

A las diez y treinta y cinco minutos de la mañana del sábado utilicé una llave para abrir la puerta de la entrada del edificio que llevaba el número 63, en la calle Arbor. Subí dos pisos de escalera de madera, eché mano a otra llave que tenía preparada y penetré en el apartamento que había pertenecido a Morris Althaus.

En cuanto al problema de averiguar lo que Sarah Dacos sabía, me guiaba por una orientación personal. Admito que el

camino elegido no era el más discreto, especialmente teniendo en cuenta que disponía de muy escaso margen de tiempo; pero aquella tentativa, en vista de posibles resultados, valía más que la de convencerla que pasara una de sus veladas danzando conmigo en el Flamingo. La escasez de tiempo se había hecho evidente por una información publicada en la página vigésima octava del diario de la mañana, que yo leyera durante el desayuno, sentado a la mesa, en la cocina. Los titulares rezaban: «¿Dedos cruzados?»

He aquí el texto:

«Desde luego, los Diez de Aristóteles, uno de los más selectos

grupos de *gourmets* neoyorquinos, no creen que la historia se repita. Lewis Hewitt, hombre de gran fortuna, personaje destacado de la buena sociedad, criador de orquídeas y buen conocedor de la ciencia de la Botánica en general, obsequiará al grupo con una cena en su casa de North Cove, Long Island, el jueves, día 14 de enero. El menú será establecido por Nero Wolfe, el famoso investigador privado. La cocina estará a cargo de Fritz Brenner, el chef del señor Wolfe. Este y Archie Goodwin, su ayudante de más confianza, participarán en la cena como huéspedes.

»La noticia recuerda otra ocasión en que el señor Brenner también preparó la

cena de los Diez, hallándose presentes los señores Wolfe y Goodwin, en el hogar de Benjamín Sriver, el magnate naviero. Eso fue el 1.º de abril de 1958, y uno de los integrantes del grupo, Vincent Pyle, gerente de una firma de Wall Street, resultó envenenado. Había ingerido una pequeña dosis de arsénico con el primer plato, que le sirvió Carol Annis. Este, consecuentemente, fue acusado del delito de asesinato en primer grado.

»Ayer, un reportero del *Times*, recordando aquella ocasión, telefoneó al señor Hewitt, preguntándole si algún miembro del grupo había mostrado cierta repugnancia ante la perspectiva de

la reunión del jueves. La contestación del señor Hewitt fue negativa. Cuando el reportero inquirió si mantendría los dedos cruzados para eludir la mala suerte, el señor Hewitt replicó:

» —No me sería posible. ¿Cómo me las arreglaría para manejar cuchillo y tenedor?

»Desde luego, será una cena excelente la de esos amigos bajo todos los aspectos.»

El jueves día 14..., al discutir con Wolfe aquel tema, yo había insistido en el detalle de la fecha. También hice hincapié en que debía ser divulgado de modo que la breve información llevase al lector a pensar: «Una de las noches

del presente mes.» Wolfe me había hecho observar que Hewitt, al telefonar a sus amigos, tendría que mencionar una fecha. Sugerí que podía decirles que, de momento, no le era posible concretarla, porque todo dependía de que Fritz recibiera algo que le enviaban por vía aérea desde Francia. A los buenos *gourmets* suelen agradarles las cosas remitidas por avión desde aquel país. Wolfe había vuelto a la carga y ahora teníamos que adaptarnos a la situación con sólo cinco días de tiempo.

Así pues, no me había gustado la manera de abordar a Sarah Dacos. Inmediatamente después del desayuno, telefoneé a la señora Althaus para

preguntarle si podía concederme diez minutos. Me contestó que sí y me puse en camino, haciendo caso omiso, desde luego, de mi probable seguidor. Si me veían insistir sobre lo de los Althaus, mejor.

Le dije que se habían producido algunos acontecimientos que nosotros oportunamente le explicaríamos, una vez interpretados, y que supondría un paso adelante en nuestra labor permitirme que echara un vistazo a las cosas que hubieran quedado en el apartamento de su hijo, las que fuesen. Me indicó que todo seguía igual. El arriendo había sido pagado por un año y nadie había hablado de realquilar el piso. La

policía, que ella supiera, tampoco había variado nada dentro del mismo. No le habían pedido permiso por lo menos. Le prometí abstenerme de poner las manos en los efectos que contuviera el apartamento sin su autorización previa. Entonces, la señora Althaus cogió la llave, sin molestarse en telefonar a su abogado ni a su esposo. Es posible que yo caiga mejor a las mujeres otoñales que a las muy jóvenes... No sé. Pero vale más no decir una sola palabra a Wolfe.

En consecuencia, a las diez y treinta y cinco minutos de la mañana del sábado me adentraba en el apartamento del difunto Morris Althaus. Cerré la puerta y

paseé la mirada a mí alrededor. No estaba nada mal el piso, si uno se olvidaba de los cuadros que adornaban las paredes. Como ya había dicho Sarah Dacos, la alfombra que iba de un muro a otro era muy gruesa. Había un diván grande, que tenía delante una mesita de café; cerca de una lámpara vi un cómodo sillón; conté cuatro sillas y descubrí otra mesa de reducidas dimensiones en cuyo centro había un objeto de metal que debía de haber sido creado por alguien diestro en el manejo de las herramientas de taller, a partir de un trozo de chatarra encontrado en cualquier garaje... Sobre un escritorio estaban un teléfono y una máquina de escribir. Más de un muro

contaba con estantes llenos de libros, que se extendían desde el suelo hasta el techo. Cuanto menos hable de los cuadros que iba hallando, mejor. Se habrían podido usar para un juego de acertijos, de existir una sola persona capaz de encontrar las respuestas.

Dejé sombrero y abrigo encima del diván y comencé a pasearme de un lado para otro. En el cuarto de estar había dos armarios. Luego, venía el baño, una cocina pequeña, un dormitorio con una sola cama, un armario guardarropa, una cómoda, dos sillas... En la cómoda había unas fotografías enmarcadas de los señores Althaus. Por consiguiente, Morris no había renegado por completo

de sus familiares. Volví al cuarto de estar e insistí en mi inspección. Como las cortinas, que además eran oscuras, estaban corridas, no veía muy bien, por lo que encendí la luz. Una espesa capa de polvo cubría todos los objetos. Bien. Como yo había entrado allí legalmente y por la puerta, no me molesté en calzarme los guantes.

Desde luego, no esperaba hacer ningún descubrimiento trascendental, nada que señalara a nadie o a algo en particular. Los policías habían pasado ya por allí, si bien ellos al actuar no llevaban en la cabeza las ideas que me guiaban. Pensaba, por ejemplo, en Sarah Dacos... Indudablemente, sería

interesante detallar aquí un inventario de todos los objetos que contenía el apartamento, de todo lo guardado en la cómoda y armarios. Llevaría demasiado espacio. Mencionaré una sola cosa: las trescientas ochenta y cuatro páginas de una novela sin terminar. Leí página y media... Comprobar si en aquel texto aparecía una figura femenina que me recordase a Sarah Dacos era una tarea que me habría llevado toda la jornada.

Aludiré a otras cosas... Las descubrí en el último cajón de la cómoda, en el dormitorio. Mezcladas con diferentes objetos, hallé una docena de fotografías. Ninguna era de Sarah Dacos. Pero sí había una de Althaus, en

la que aparecía tumbado en el diván del cuarto de estar, de costado, sin otra indumentaria que... su piel. Era la primera vez que lo veía desnudo, ya que en los retratos publicados por la *Gazette* había aparecido honestamente ataviado. Se hallaba en forma, verdaderamente. Eran visibles los redondos músculos y el aplastado vientre. Pero el reverso de la fotografía resultaba mucho más interesante que el anverso. Alguien había escrito un poema, o parte de un poema, en aquella parte de la cartulina...



No voy a sostener que haya leído

todos los libros de poesía que se han publicado, naturalmente. Ahora bien, Lily Rowan posee una excelente colección de ellos y en ciertas ocasiones me ha pedido que le lea algunas composiciones líricas. Estaba casi seguro de haber leído el texto que tenía delante. Ofrecía una particularidad, sin embargo. Era algo que me extrañaba, pero que no conseguí localizar. Bueno, lo esencial era esto: ¿quién había escrito la poesía en cuestión? Evidentemente, Althaus no era el autor. Y aquélla no podía ser tomada por su letra, que yo ya conocía por otros papeles. ¿Sarah Dacos? En caso afirmativo, podía contar ya con algo, con bastante... Dejé el

original retrato sobre la cómoda y seguí buscando.

Le había prometido a la señora Althaus que no tocaría nada sin su permiso. Luego, me sentí tentado. ¿Por qué no me llevaba la fotografía? No tenía ni que sacarla del edificio. Bastaba con que me trasladase al piso inferior para llamar a la puerta del apartamento de la señorita Dacos. Si ella estaba allí, lo cual era probable por el hecho de ser sábado, le pondría la cartulina delante de los ojos, preguntándole: «¿Fue usted quien escribió esto?»

La tentación era fuerte. Demasiado directa y rápida. Por tal motivo precisamente había de seguir el juego,

inevitablemente. Salí del apartamento y del edificio y me metí en la primera cabina telefónica que encontré, marcando el número de la señora Brunner. Cuando me contestó, le anuncié que deseaba ir a verla, para hacerle unas preguntas. Me contestó que no saldría de su casa hasta la una. Eran solamente las doce y veinte. Nada más pisar la acera, tomé un taxi.

Se hallaba en su despacho, frente a una mesa con papeles. Me esperaba. Me preguntó si la señorita Dacos había ido a verme, conforme a lo acordado, agregando que había estado aguardando en vano la llamada telefónica de la joven. Le dije que sí, que había hablado

con su secretaria, quien se había mostrado muy complaciente. Alcé la voz al decir «muy», pensando que lo más probable era que la habitación contase con algún micrófono oculto.

Tomé asiento e inclinándome hacia ella le pregunté en voz baja:

— ¿Le importa que hablemos así, susurrándonos las palabras?

La señora Bruner frunció el ceño.

—Pero... ¡esto es ridículo!

—Es verdad, señora Bruner, pero también resulta seguro. No será preciso que hable mucho. Sólo quiero una muestra de la letra de Sarah Dacos. Cualquier cosa me servirá... Una nota que con cualquier motivo le haya

dirigido a usted. Ya sé que mi solicitud le parecerá absurda. No lo es, sin embargo. No me pida que le dé explicaciones porque no puedo hacerlo. Cumplo unas instrucciones que me han dado. O confía usted absolutamente en el señor Wolfe o le retira su confianza.

—¿Por qué demonios...? —empezó a decirme la señora Bruner.

La interrumpí enseñándole la palma de mi mano derecha.

—Si usted no quiere susurrarme las palabras, déme lo que he solicitado y me iré.

Cinco minutos más tarde salía de la casa llevando en un bolsillo dos muestras de la letra de Sarah Dacos: una

hoja de calendario en la que había hecho una anotación de nueve palabras y un informe dirigido a la señora Bruner que constaba de seis líneas. Tenía la impresión de que las mujeres de mediana edad constituían la espina dorsal del país. No había modificado lo más mínimo el tono de su voz durante nuestro breve diálogo. Habíase limitado a proporcionarme lo que yo llevaba ahora encima, manifestando en voz más alta que nunca:

—Póngase en contacto conmigo cuando surja algo que yo deba conocer.

¡Qué cliente para nosotros!

Dentro del taxi que me conducía al centro de la ciudad estuve mirando mis

dos papeles. Estaba seguro de lo que pensaba. Había un noventa y nueve por ciento de probabilidades a mi favor... Subí los dos pisos del edificio número 63, en la calle Arbor. Penetré en el dormitorio, y fui directamente en busca de la fotografía. Luego, me instalé en un cómodo sillón, encendiendo la lámpara que tenía al lado y efectué la comparación. No soy ningún grafólogo, pero tampoco necesitaba los servicios de un profesional para aquello. La persona que había escrito los textos en las dos hojas de papel era la misma que escribiera la poesía en el reverso de la fotografía. Probablemente, ella misma también había tomado la instantánea.

Pero ésta era una cuestión secundaria. Formulé una conclusión. Me dije que la memoria de Sarah Dacos sufrió un grave fallo al declarar que entre ella y Morris Althaus no había habido ninguna intimidad.

Surgió inmediatamente una pregunta... ¿Debía de telefonar a la señora Althaus, pidiéndole permiso para llevarme la fotografía? ¿Y si dejaba la cartulina allí? Decidí que esto último suponía correr un riesgo. Sarah podía disponer de medios para entrar en el apartamento. Si localizaba la foto la haría desaparecer inmediatamente. Cogí una hoja de papel tamaño folio y la doblé con cuidado, introduciendo el

retrato en uno de los pliegues. Quedaba un poco ancho para el bolsillo pequeño de mi chaqueta, pero logré hacer que entrara.

La fuerza del hábito; miré a mi alrededor para asegurarme de que todo continuaba tal como lo dejara al salir la primera vez. Luego, huí con mi botín. Al pasar cerca de la puerta del apartamento de Sarah Dacos le arrojé un beso con la punta de los dedos. A continuación pensé que aquello merecía algo más que un simple beso. Fui hacia su puerta y eché un vistazo a la cerradura. Era la misma que viera en el piso de Althaus: una «Bermatt» corriente.

Desde la cabina que me había

servido para hablar con la señora Bruner telefoneé a la señora Althaus. Cuando me contestó, le notifiqué apresuradamente que todo había quedado en orden en el apartamento de su hijo. Le pregunté si deseaba que le devolviese en seguida las llaves, pero me respondió que lo hiciese cuando me viniera bien, que no tenía por qué darme prisa.

—A propósito... Me he llevado una cosa. No creo que usted se moleste por ello. Vi en uno de los cajones de la cómoda la fotografía de un hombre, que quisiera que fuese examinada, por si alguien lo reconoce. ¿Me da usted permiso para obrar así?

La mujer me dijo que yo era muy misterioso... En resumen: sí, podía llevármela. Me hubiera gustado decirle todo lo que pensaba de los representantes del sexo opuesto de mediana edad, pero aún no teníamos mucha confianza. Más adelante, quizá.... Una vez terminada la anterior comunicación, marqué otro número. A Mimi, la persona que atendió mi llamada, le indiqué que deseaba hablar con la señorita Rowan, cuya voz familiar llegó a mi oído casi en el acto.

—Dentro de diez minutos tendremos la mesa puesta. Ven. Considérate invitado.

—Eres demasiado joven para mí. He

decidido que todas las mujeres de menos de cincuenta años... no me llenan. Que me aburren, vamos.

—Adelante.

—Voy a hablarte de una que los rebasará muy pronto, esta noche, tal vez. Dos cosas. Primera: he de encontrarme en casa a medianoche. Duermo en el despacho y... Bueno. Ya te lo explicaré todo cuando nos veamos.

—¡Dios santo! ¿Has alquilado a alguien tu habitación?

—Pues... en realidad, sí, por una noche. He aquí algo que no pienso explicarte. Espera un instante —cogí el microteléfono con la mano derecha mientras utilizaba la otra para sacarme

la fotografía del bolsillo—. Aquí tengo una poesía... Voy a leértela.

Hice lo que había anunciado, con sentimiento.

—¿Conoces esta composición? —
inquirí.

—No. Sin embargo, me parece un tanto familiar. ¿Dónde la has encontrado?

—Te lo diré algún día. ¿Puedes puntualizar ya, querida?

—Se trata de los cuatro últimos versos de la «Oda a una urna griega», de Keats... No quiero decir que sea el texto original, ni mucho menos. Es una imitación inteligente de su forma y estilo. Ahora bien, con Keats no hay que

bromear, Archie. Eres un buen detective, bailas como los ángeles y posees varias cualidades muy apreciables, pero... no llegarás jamás a ser un erudito. Ven a casa y léeme a Keats un rato.

Repliqué que era excesivamente joven para mis años y colgué. Una vez hube guardado la fotografía, salí de la cabina y tomé mi quinto taxi en cinco horas. Nuestra cliente pertenecía al gremio de los «económicamente fuertes».

Eran las dos menos cinco cuando colgaba el sombrero y abrigo en el perchero de nuestro vestíbulo. Me encaminé al comedor. Wolfe ya se había sentado a la mesa. Le dije que me sentía

helado como un témpano y seguí andando hacia la cocina. Nunca abordo a mi jefe al principio o a la mitad de una comida. Hace tiempo que estamos de acuerdo en que se crea una atmósfera desagradable cuando en un comedor un hombre se las entiende apresuradamente con la carne o el pescado mientras su compañero paladea los dulces o la fruta del postre. Fritz me arregló la mesa en que desayuno normalmente, sirviéndome lo que había quedado del pescado al horno. Le pregunté qué tal iban sus preparativos para el menú del banquete del jueves siguiente.

—No hemos hablado de eso —me dijo—. No hemos hablado de nada,

Archie. Antes de ponerse a comer estuvo en mi habitación conversando más de una hora, con el televisor a todo volumen. Ya que eso es tan peligroso, yo optaría por no pronunciar ni una palabra.

Le conté que volveríamos a la normalidad por la época en que volviese a llegar la hueva de sábalo, y Fritz, imagen viviente de la desesperación, levantó ambos brazos, como si quisiera alcanzar el techo, exclamando «¡Buen Dios!» en francés.

Cuando terminé de comer me fui al despacho, donde encontré a Wolfe inclinado sobre el globo terráqueo, dándole vueltas y contemplando su

superficie con toda atención. El hombre que se lo había regalado, el más corpulento que he visto en toda mi vida, no tenía ni idea de lo útil que le resultaría a mi jefe. Siempre que surge una situación complicada, que suscita en Wolfe el deseo de estar en otro sitio, él lo hace girar y sólo tiene que caminar sobre la policroma geografía y escoger el lugar ideal. Es una solución fantástica, maravillosa.

Al verme, se apresuró a preguntarme si había algo nuevo. Habiéndole contestado afirmativamente, se sentó frente a su mesa y puso la radio. Yo coloqué una silla junto a él y le di mi informe. No necesité mucho tiempo,

puesto que no había habido ningún diálogo largo. Acción, únicamente. No mencioné mi conversación telefónica con Lily Rowan, ya que se trataba de una cuestión puramente personal.

Habiendo leído la poesía dos veces, me devolvió la foto, comentando que la joven poseía cierto instinto para aquel menester.

—Ya le dije que no era tonta la chica —manifesté—. Ha demostrado una gran habilidad al parodiar esos cuatro versos de la «Oda a una urna griega», de Keats.

Wolfe me contestó sin pestañear.

—¿Y cómo diablos sabe usted eso?
¡Si no ha leído nunca a Keats!

Me encogí de hombros.

—La cosa data de mis años infantiles, los que pasé en Ohio. Como ya sabe usted, poseo una memoria muy buena. Por cierto, no me jacto nunca de ello... Con esto —añadí tocando con un dedo la foto— sí que voy a presumir un poco. Ya sabemos por qué mintió la chica. Está implicada en el asunto, aunque no mucho, quizá. Probablemente, no ha querido admitir su relación con Morris Althaus para que nadie se figurara que le había hablado del FBI. También es posible que su intervención no sea nada superficial. Algunas frases de la poesía hacen pensar así. «Tuya para siempre», por ejemplo. Él le diría

que iba a contraer matrimonio con otra mujer y Sarah disparó sobre Morris con un arma propiedad del escritor. La segunda alternativa, aquella que nosotros preferimos. Costaría trabajo acorralarla. Puede que sea capaz de demostrar que asistió a la conferencia que mencionó, pero que no pueda hacerlo respecto a la hora de salida de aquel acto. Cabe pensar, incluso, que no fuera... Pasaría la noche en la calle Sesenta y Tres Arbor y le habría matado antes de que los agentes federales llegasen a la casa. ¿Estima usted correcta esta hipótesis?

—Como hipótesis, como una conjetura más, sí.

—Habré de profundizar entonces en la cuestión de la conferencia. Es posible que ella disponga de una sólida coartada. De acuerdo con la declaración de Cramer, los federales se marcharon alrededor de las once. Lo mataran o no esos hombres, registraron a conciencia el apartamento, pues se hicieron con la documentación que Morris Althaus había ido reuniendo. En consecuencia, llegarían no más tarde de las diez y media u once menos veinte. Si lo mató ella, la muchacha saldría del piso con anterioridad. La New School se encuentra en la calle Doce. De haberla visto alguien durante la conferencia, a las diez y veinte, incluso a las diez y

cuarto, su situación se aclara. Iniciaré las indagaciones...

—No.

—¿No?

—No. Si esa gente se diese cuenta de eso, gracias a la vigilancia que ejerce o por cualquier descuido de usted, sabría que estamos considerando seriamente la posibilidad de que la joven lo matara, lo cual sería desastroso. Hemos de mantener en las mulleras de esos hombres la creencia de que nosotros estamos convencidos de que fue un miembro del Federal Bureau of Investigation quien asesinó a Morris Althaus y que hacemos cuanto está en nuestras manos para hallar pruebas con

las que demostrarlo. De otro modo, nuestros preparativos para la noche del próximo jueves se quedarían en nada. A fin de proteger nuestro flanco es necesario que sepamos de una manera definitiva si la señorita Dacos ha mentido o no... Mejor dicho, *era* necesario, puesto que usted ha fijado el dato de modo afirmativo. Mintió para ocultar el hecho de que estaba comprometida en el asunto. Nos daremos por satisfechos con esto. Carece de importancia para nosotros saber si pretendía que no se divulgara su secreta intimidad o que no se supiera que lo había matado ella.

—A Cramer le agradecería este

informe. Le llamaré para contárselo todo, a fin de que se sienta aliviado.

—¡Bah! Cuando hayamos aliviado nuestras mentes, liquidando este trabajo, obraremos conforme a lo que estimemos nuestra obligación hacia él. Si la cosa es factible sin realizar un esfuerzo excesivo, revelaremos la identidad del asesino. De no ser éste uno de los miembros del FBI, como nuestro amigo espera y desea, no nos dará las gracias, pero tampoco le deberemos excusa alguna.

—Entonces nos olvidaremos del crimen hasta que haya pasado el jueves.

—Eso es.

—Perfecto. Las agencias cierran hoy

y mañana, así que Hewitt no podrá comenzar sus preparativos hasta el lunes. Por si sucede algo imprevisto, le diré que esta noche me encontraré en el Flamingo... Hewitt podría telefonear alegando que es mucho lío, que es mejor que nos busquemos a otra persona. Mañana, la señorita Rowan recibirá a un grupo de amigos deseosos de hacer honores a una buena mesa y de bailar. Yo formaré parte de la reunión, en mi afán de ayudar a la concurrencia en la tarea de vaciar bandejas. ¿Hay alguna instrucción para esta tarde?

—Apague esa radio —gruñó Nero Wolfe.

11

Me aburrí por cuatro días con sus cuatro noches, desde la tarde del sábado, cuando Wolfe dijo que habíamos de olvidarnos del crimen, hasta el miércoles por la mañana, jornada durante la cual hice algo por mi cuenta y riesgo.

Existían dos aspectos que merecían ser considerados. Primero: si la conjetura acerca de Sarah Dacos, u otra hipótesis semejante, constituía un hecho indudable, resultaba que yo había

retirado del escenario del crimen y continuaba reteniendo una prueba. Desde luego, los policías la conocían. Después de ver la fotografía habíanla dejado en el mismo sitio en que la encontraran. Había sido la señora Althaus quien me diera las llaves del apartamento. Aquí tenía una salida legal.

Era el segundo aspecto el que realmente me preocupaba. Cramer había impedido que nos retiraran las licencias oficiales, por lo menos hasta aquel momento. Y a mí, Archie Goodwin, me había invitado al diálogo, obsequiándome con un *cartón* de leche. Yo no me opongo a participar en ciertos juegos con los policías (a veces uno

tiene ganas y otras se ve obligado), pero aquello venía a ser algo distinto. Personalmente, yo estaba en deuda con Cramer.

Me preocupaba, pues, tal extremo. Pero existía otra cosa que me desasosegaba aún más: el acto que Wolfe estaba montando, el más fantástico de su repertorio. Parte de él, la mayor parte, escapaba a nuestro control. Por ejemplo, cuando el lunes llamé a Hewitt desde una cabina telefónica, él me contestó que bien, que en una agencia había conseguido un actor y en otra otro, y que ambos se presentarían en su casa el martes por la tarde, se me ocurrió inquirir, además, si

se había cerciorado de que el destinado a mí supiera conducir y tuviera el permiso correspondiente. Me contestó que no se había acordado de averiguarlo, ¡que cualquiera era capaz de manejar un automóvil! Y ésta era una condición de vital importancia, como él no ignoraba. Añadió que se informaría inmediatamente, que conocía el número del teléfono del actor en cuestión. Por otros detalles hay que decir que se había conducido correctamente. Uno de ellos era su llamada a nuestro número el martes a mediodía, como fuera planeado. Le notificó a Wolfe que se sentía muy apenado, que lo lamentaba mucho, pero que sólo se podría incluir

en su envío doce *Phalaenopsis Aphrodite*, en vez de las veinte acordadas, y que no habría ninguna *Oncidium flexuosum*. Agregó que haría cuanto estuviese a su alcance para que la remesa se efectuase el miércoles al mediodía, para que llegase a su destino a las dos. Todo eso lo preparó divinamente. Obró bien, asimismo, con respecto a la llamada del martes por la noche, al objeto de informar acerca de los abastecimientos y disposiciones relacionados con la cena de los Diez. Claro que, para él, eso venía a ser una rutina...

Fred Durkin y Orrie Cather no podían constituir ninguna preocupación,

puesto que era Saúl quien tenía que manejarlos y si surgía alguna dificultad nuestro amigo nos lo haría saber.

En la noche del lunes e incluso durante parte del martes, Wolfe y yo discutimos el problema. Bueno, aquello no fue una discusión, sino un cambio de impresiones. ¿Debía de telefonar yo a Wragg, el agente especial, y concertar una entrevista con él en cualquier parte para notificarle que Wolfe había profundizado bastante en el caso Althaus, lo suficiente para poner las cosas difíciles? ¿Obraría yo acertadamente al manifestar que quería buscar una salida, ofreciéndole cuanto sabíamos a cambio de diez, veinte o

cincuenta mil dólares? Lo malo era que no lo conocíamos. Podía ser que mordiera el anzuelo, pero también podía ocurrir lo contrario, sospechando que se le tendía una trampa. Finalmente, en las últimas horas de la mañana del martes, tachamos aquello de nuestra lista. Resultaba excesivamente arriesgado y había muy poco tiempo por delante.

El miércoles por la mañana, a las nueve, cuando oí el zumbido del ascensor, que llevaba a Wolfe hacia sus invernaderos, tomé mi segunda taza de café en el despacho. Sentado tranquilamente, me dediqué a estudiar una idea que se me había ocurrido el lunes, a primera hora. Para mí no habría

nada hasta que llegara el vehículo con su cargamento de orquídeas, a las dos. Todo lo que podía hacerse, y no era mucho, se había hecho ya, que yo supiera. Cuando terminé mi café eran solamente las nueve y veinte minutos.. Sarah Dacos, probablemente, comenzaba su jornada de trabajo en el despacho de la señora Bruner a las nueve y media o a las diez. Me acerqué a un armario y abrí un cajón en el que guardábamos una serie de llaves. Llevé a cabo una selección. La tarea no fue complicada por saber yo de antemano que la cerradura era una «Bermatt». De otro cajón extraje unos guantes de goma.

A las nueve y treinta minutos marqué

el número de la señora Bruner. Me contestaron en seguida.

—¿El despacho de la señora Bruner? Buenos días.

—Sí. Buenos días.

—¿Hablo con la señorita Dacos?

—En efecto.

—Soy Archie Goodwin. Es posible que más tarde, dentro del día, necesite ver a la señora Bruner. Llamo para preguntar si podrá recibirme.

La señorita Dacos me respondió que eso dependía de la hora. La señora Bruner se encontraría en el despacho, probablemente, de tres y media a cinco y media... Dije que volvería a llamar si efectivamente se confirmaba la

necesidad de que habláramos.

Así pues, ella se encontraba en su puesto de trabajo. Tendría que correr un riesgo con la mujer de la limpieza. Fui a la cocina, informando a Fritz que me iba a la calle para hacer unas cuantas llamadas telefónicas. Cogí sombrero y abrigo y me planté en la acera, encaminándome a la Novena Avenida, en busca de un taxi.

Para la puerta de la calle, en el número 63 de la Arbor, tenía la llave que la señora Althaus me había entregado. No surgió ningún obstáculo desde el vestíbulo hasta el apartamento de Sarah Dacos. Entonces saqué mi colección de llaves. Llamé con los

nudillos dos veces y pulsé el botón del timbre. No hubo ninguna respuesta. Ya podía empezar a probar... La cuarta llave le venía a la cerradura como anillo al dedo. Me coloqué dos guantes y abrí la puerta, que cerré en seguida, a mi espalda. Acababa de incurrir en el delito de allanamiento de morada, según las leyes vigentes en el estado de Nueva York.

En general, el apartamento presentaba la misma disposición que el de Morris Althaus. El mobiliario, sin embargo, era completamente distinto. Las alfombras venían a ser de otro estilo; el diván de rigor aparecía cubierto de cojines; nada de escritorio

ni de máquina de escribir; muy pocas sillas; una cantidad de libros mucho más reducida; cinco pequeños cuadros en las paredes, que el audaz amante debía haber considerado antiguallas. Las cortinas estaban corridas. Encendí las luces, dejé sombrero y abrigo en el diván, me aproximé a un armario y lo abrí.

Me enfrentaba con dos hechos: la mujer de la limpieza podía presentarse allí de un momento a otro, cuando menos lo esperase, y yo no tenía la menor idea respecto a lo que pudiera encontrar en el apartamento. Simplemente: me figuraba que había algo a mi alrededor que tal vez fuese útil (independientemente de lo

que fuese a ocurrir la noche del jueves), para compensar a Cramer por el dispendio del *cartón* de leche. Mi inspección tenía que ser rápida. Pasé solamente diez minutos en el cuarto de estar, registrando sus dos armarios, trasladándome luego al dormitorio.



Estuve a punto de pasarlo por alto.

El armario-guardarropa se hallaba atestado de vestidos, que colgaban de sus perchas, zapatos, maletas y sombrereras. Dos de las maletas contenían atuendos veraniegos. Me desentendí de las sombrereras... Hubiera dado todo el dinero que llevaba encima por saber si la mujer de la limpieza acudía a aquel apartamento los miércoles. Diez minutos más tarde, repasando un cajón repleto de fotografías, que miré una por una, comprendí que era una tontería no hacer caso de las sombrereras. Las fotos no podían decirme nada que no supiera ya. Por consiguiente, arrimé una silla al armario, me subí a ella y bajé las cajas

redondas. Había tres... En la primera descubrí tres sombreros (si es que aquellas piezas merecían este nombre) y dos *bikinis*. En la segunda sólo había un sombrero. Nada más levantarlo vi en el fondo un revólver. Me quedé con la boca abierta mirándolo por espacio de cinco segundos. Era un «Smith and Wesson» del calibre treinta y ocho. Contenía cinco proyectiles intactos. Uno de los alojamientos del tambor estaba vacío...

Había cien probabilidades contra una de que aquélla fuese el arma correspondiente a la licencia extendida a nombre de Althaus. De aquel cañón había salido la bala que atravesara a

Morris. Sarah Dacos, indudablemente, era quien había apretado el gatillo. Cien probabilidades contra una... ¡Al diablo! ¿Qué iba a hacer con el revólver? Esto era lo que intentaba. Si me lo llevaba no sería nunca una prueba aceptable en ningún juicio, por el hecho de que me lo había procurado ilegalmente. De dejarlo allí para meterme en una cabina telefónica e indicarle a Cramer que era conveniente la obtención de un permiso con el que proceder al registro del apartamento de Sarah Dacos, la policía, naturalmente, localizaría el revólver. Ahora bien, si el FBI se enteraba de todo el juego en el plazo de treinta y seis horas, cosa que podía suceder

fácilmente, la gran representación del jueves por la noche peligraba. Y, claro estaba, si el arma volvía a su sitio y la sombrerera a la parte alta del guardarropa, igual que hasta poco antes, me exponía a que Sarah Dacos llegase a su casa aquella noche pensando que había que desprenderse ya del comprometedor objeto y arrojarlo al río, por ejemplo.

Puesto que no se me ofrecía otra alternativa, tenía que decidir dónde lo iba a dejar. Volví a poner el sombrero en la caja y ésta en el sitio en que la encontrara, con las otras. Retiré luego la silla y miré a mi alrededor. Dentro del dormitorio no me atrajo ningún punto

especial, por lo que procedí a trasladarme al cuarto de estar. Ahora era cuando deseaba con todas mis fuerzas no verme interrumpido por nadie. Y la amenaza de la repentina llegada de la mujer encargada de la limpieza del apartamento, persistía.

Inspeccioné el diván, descubriendo que por debajo del cojín había una caja de muelles, cuyo fondo era de madera contrachapada. Aquello estaba bien. Si Sarah registraba la sombrerera y se daba cuenta de que el revólver había desaparecido, no supondría ciertamente que se hallaba en otro sitio de su apartamento. Situé el revólver debajo de unos muelles, miré a mi alrededor para

comprobar si todo seguía como en el instante de mi llegada, cogí mi sombrero y mi abrigo y salí a toda prisa. Tanta prisa llevaba que fue en la acera donde advertí que no me había quitado los guantes de goma.

Dentro del taxi tuve que contestarme a otra pregunta: ¿iba a contarle a Wolfe mi aventura o era mejor silenciarla? ¿Por qué no esperar a que la noche del jueves quedase atrás? La respuesta era bien simple... Pero, desde luego, todos nosotros a menudo usamos así de nuestras mentes: nos inventamos complicadas razones para eludir contestaciones sencillas. Cuando el taxi se detuvo enfrente de la vieja casa, mi

mente se había desentendido de todo razonamiento y yo consideraba un hecho ya ineludible: ni con el paso de los años mejoraría.

Eran las once y diez, de manera que Wolfe se habría separado ya de sus plantas. Sin embargo, no lo vi en el despacho. Habría cierto alboroto en la cocina. La radio estaba puesta a todo volumen... Fui hacia allí. Wolfe se hallaba de pie junto a la mesa grande, observando con el ceño fruncido a Fritz, quien se inclinaba para husmear un corte de esturión ahumado. No me oyeron entrar. Pero Fritz advirtió mi presencia al erguirse. Nero volvió la cabeza hacia mí, inquiriendo:

—¿Dónde se había metido usted?

Le contesté que tenía que darle informes. Wolfe ordenó al cocinero que tuviese las chuletas listas a las dos y cuarto. No pensaba entretenerse más tiempo... Echó a andar hacia el despacho y yo lo seguí dócilmente. Puse en marcha la radio. Al acercar una silla a su mesa vi encima de la misma tres destornilladores. Uno procedía de uno de mis cajones y dos de la cocina. Tuve que sonreír. Tenía ya preparadas sus herramientas. Al sentarme le confié lo que me había figurado: que había hecho una comida a la hora muy temprana. Nero me dijo que no, que cuando un hombre tiene invitados ha de estar con

ellos en la mesa.

—Pues entonces hay tiempo de sobra para ocuparse de un breve informe —declaré—. Pensando en sus muchas preocupaciones, había llegado a decirme que debía silenciar esto... Pero, bueno, a usted le gustará saber que he abrazado definitivamente la alternativa que nosotros preferíamos. Fui a dar un paseo y habiendo pasado casualmente por la calle Sesenta y Tres Arbor y llevando en uno de mis bolsillos una llave que venía perfectamente a la cerradura de la puerta del apartamento de Sarah Dacos, pensé meterme en éste para curiosear en sus piezas. Así lo hice y en una sombrerera

que encontré en lo alto de un armario descubrí un revólver, un «Smith and Wesson» del treinta y ocho. Del arma se había disparado un proyectil. Como usted sabe, Cramer me había confiado que Althaus poseía una licencia para un revólver de las características indicadas. No se halló en su piso, aunque sí una caja con municiones... Por tanto, ella...

—¿Qué hizo usted con el revólver?

—Lo cambié de sitio. Me pareció que la sombrerera no resultaba el lugar más indicado para un objeto como ése y acabé colocándolo entre los muelles de un diván.

Wolfe hizo una inspiración profunda,

contuvo el aliento un segundo y luego resopló lentamente.

—Fue ella quien lo mató —dijo roncamente.

—Eso es exactamente lo que yo iba a decir cuando usted me interrumpió.

—¿Cree que localizará el arma?

—No. Si la busca, ni siquiera se le ocurrirá mirar a su alrededor. Aunque usted no lo crea, yo entiendo bien a las mujeres jóvenes y atractivas. Ahora surge un problema. Si se lo cuento todo a Cramer me pondré en evidencia. Si silencio el hecho puede que me pase algunas noches sin pegar ojo.

Wolfe entornó los ojos. Los abrió en seguida.

—Debiera haberme dicho lo que pensaba hacer.

—No. Se trataba de algo personal, con lo cual tenía mucho que ver un *cartón* de leche. ¿Y si la señorita Dacos se esfumara ahora? ¿Y si...? Cabe hacer muchas suposiciones en estos instantes. Bueno. Me proponía telefonar a Hewitt desde una cabina pública para preguntarle si las orquídeas están embaladas. ¿Debo llamarle?

—No. Anda muy ocupado. Las armas pueden ser fácilmente identificadas, ¿no?

—Naturalmente. Los técnicos son capaces de realizar esa tarea aun en el caso de haber sido borrado el número. Y

Cramer conocerá éste, es decir, el correspondiente al revólver que Althaus estaba autorizado a usar.

—Pues entonces no habrá problemas. Tengo que ocuparme de ese esturión —Wolfe abandonó su sillón, encaminándose hacia la puerta. Ya frente a ella se detuvo, volviéndose para agregar—: Muy satisfactorio todo eso.

Moví la cabeza, dubitativo. Continué moviéndola mientras tornaba a colocar mi silla en su sitio. «No habrá problema». ¡Válgame Dios! Pensé que de tener tan alto concepto de mí mismo hubiera llegado a ser el jefe del FBI. Luego, comprendí que aquélla no era la forma correcta de exponer las cosas.

Guardé las llaves y los guantes en el armario y fui a la cocina para tomarme un vaso de leche, ya que íbamos a comer tarde. Quise escuchar también el diálogo que tendría lugar ante el esturión.

Teniendo por delante un par de horas, probablemente más, después de haberme bebido el vaso de leche realicé las rondas de rigor. Me metí en mi habitación para comprobar si todo se hallaba en orden, pensando en los huéspedes que habían de ocupar mi lecho. Fritz no tiene por qué tocar mi cuarto. Tal responsabilidad es de mi exclusiva incumbencia. Todo estaba bien. Sólo que las dos almohadas que por la mañana había sacado del armario

no eran del mismo tamaño. En fin, esto resultaba inevitable. A continuación pasé al dormitorio que queda arriba, al de Wolfe. Dos huéspedes más dormirían aquí, en camas gemelas. La visita en cuestión era innecesaria, ya que Fritz jamás incurre en errores. Perfectamente. Yo tenía que matar el tiempo de algún modo.

No los esperaba hasta las dos, pensando en una hora temprana. Pero debía haber estado más acertado pensando en que Saul se encontraba al frente. Wolfe estaba en la cocina y yo en la habitación delantera, contigua al despacho controlando si sábanas y mantas se hallaban en el sofá, cuando

sonó el timbre de la puerta. Consulté mi reloj de pulsera. Las dos menos veinte, así que no podía tratarse del camión. Me equivoqué. Desde el vestíbulo vi a un mozo fornido plantado frente a nuestra puerta. Al abrir ésta, saltó:

—¿Nero Wolfe? ¡Le traemos unas orquídeas!

Salí. Pegado a la acera había un gran camión pintado de verde. En letras rojas, en uno de los laterales de la caja se leía: «*North Shore Trucking Corporation*». Otro individuo corpulento se había apostado en la parte posterior, abriendo las puertas del vehículo. Observé levantando la voz que hacía mucho frío allí para las orquídeas

y que pensaba ayudarles. Cuando volví a salir a l'a calle, ya con el abrigo puesto, los dos hombres se las estaban entendiendo con una caja... Yo conocía su tamaño exacto —sesenta y un centímetros de altura por un metro y medio de longitud y noventa centímetros de anchura—, porque había preparado muchas cajas como aquélla, con orquídeas, camino de los establecimientos del ramo o de las salas de exposición. En una de las caras había varios rótulos.

Frágil — Delicado

Plantas tropicales

Presérvese del frío todo lo que sea

posible

Bajé a la acera. Pero los dos hombres siguieron moviéndose. No necesitaban ayuda de nadie, ni siquiera escaleras arriba. Wolfe mantenía abierta la puerta y los dos mozos penetraron en la casa. Lo más lógico era que me quedase custodiando el camión y eso fue lo que hice. Quedaban cinco cajas más, de las mismas características. Una de ellas iba a resultarles especialmente pesada a los dos trabajadores. Ignoraba cuál era... Fue la penúltima. Al depositarla en el suelo y cogerla por las asas, uno de los mozos comentó:

—¡Santo Dios! Estas macetas deben

de ser de plomo.

Y el compañero respondió, zumbón:
—¡Qué va! Son de oro.

Me pregunté si andaría por las cercanías algún agente secreto federal que hubiese oído aquellas palabras. Subieron los escalones de acceso a la entrada sin tambalear pese a que la caja en cuestión pesaría sus buenos ciento treinta y cinco quilos... Entregada la última, Wolfe firmó un recibo y yo puse un par de dólares en las manos de cada uno de los hombres, por lo que me dieron las gracias. Esperé a que pisaran la acera para cerrar la puerta, echando inmediatamente la cadena.

Las cajas habían quedado alineadas

en el vestíbulo. Dentro del despacho sonaba la radio a todo volumen. Wolfe manejaba un destornillador sobre la tercera a contar desde la última del fondo. Había solamente ocho tornillos y en un par de minutos fueron quitados. Levanté una tapa... Allí tenía a Saúl Panzer, de costado, con las piernas levantadas. Iba a dar un giro a la caja, pero Saúl, hombre de corta talla, ya que lo único que tiene grande son la nariz y las orejas, se retorció, quedándose de rodillas primero y de pie casi inmediatamente.

—Buenas tardes —le dijo Wolfe.

—No muy buenas —Saúl se estiró

—. ¿Puedo hablar?

—Siempre que esté funcionando la radio, sí.

Volvió a estirarse.

—¡Vaya paliza! ¡Espero que éstos estén vivos!

Wolfe manifestó:

—Quiero asegurarme de lo relativo a los nombres. El señor Herwitt se los dio a Archie por teléfono.

—Ashley Jarvis... Ese es usted. Dale Kirby es Archie. Será mejor que los saquemos de ahí.

Fue aquélla la primera y única vez en la que a lo largo de toda mi vida asistía a una presentación de hombres «embalados».

—Vamos a hacerlo dentro de unos

instantes —declaró Wolfe—. ¿Se lo ha explicado todo minuciosamente?

—Sí, señor. Ellos no han de decir nada, no han de pronunciar una sola palabra, a menos que usted o Archie les hagan alguna pregunta. Estos hombres no saben quién vigila la casa, ni por qué, pero han obtenido de Hewitt la promesa de que no serán expuestos a ningún peligro, ni se verán nunca en semejante trance. Les entregó quinientos dólares por cabeza y usted habrá de pagarles otro tanto. Les entregó también las declaraciones firmadas por usted. Creo que se desenvolverán bien —Saúl bajó la voz levemente—. Kirby es mejor que Jarvis, pero los dos quedarán bien.

—¿Saben que durante el tiempo que permanezcan en su habitación han de mantenerse alejados de las ventanas?

—Sí. Excepto cuando estén... ¡ejem...! actuando.

—¿Cuentan ya con las ropas adecuadas para la noche del jueves?

—Se encuentran en esa caja —dijo Saúl, señalando—. También están ahí nuestras cosas, incluidas las armas. Desde luego, usarán su sombrero y su abrigo, así como las prendas de Archie...

Wolfe hizo una mueca.

—Muy bien. Primeramente, Fred y Orrie...

—Las cajas están marcadas —Saúl

tomó de manos de Wolfe un destornillador, acercándose a la que tenía un círculo marcado con tiza—. La de Orrie tiene un triángulo.

Yo empecé a trabajar en esta última. El liberó a Fred antes que yo a Orrie porque uno de mis tornillos tenía la cabeza defectuosa. Les habían dicho que no hablaran a menos que se les dirigiera la palabra, como a sus compañeros. Observando la expresión de sus rostros, consideré tal medida sabia y muy oportuna. Miré a Saúl inquisitivamente y me toqué el pecho. El me indicó la caja más alejada y yo me apliqué al trabajo con el destornillador.

Comprendo que los actores

profesionales poseen una gran práctica en la tarea de decir lo que corresponde a sus papeles, guardando silencio si el autor lo exige así en su obra... Siempre lo he entendido así, pero, no obstante, Ashley Jarvis y Dale Kirby me dieron trabajo. Ambos habían recibido un duro trato durante dos horas o más, especialmente Jarvis, que pesaba tantos kilos como Wolfe, si bien no los tenía tan bien distribuidos. Tuvimos que inclinar la caja de lado para que pudiese salir. Luego, se quedó plantado en el suelo durante sus buenos cinco minutos, rechazando nuestros ofrecimientos de ayuda, moviendo continuamente brazos y piernas. Finalizados sus ejercicios,

volvióse hacia Wolfe, inclinándose en una reverencia de gran estilo. Kirby no había procedido así conmigo, pero también había hablado menos. Zafándose de la atención de todos, algo aparte, realizó unos movimientos de calistenia, observando atentamente el ritmo de la música que salía del altavoz de la radio.

Estaba de acuerdo con Saúl. Aquéllos eran los hombres indicados. Kirby tendría un par de centímetros menos que yo de estatura. Jarvis era como exactamente Wolfe. No tenía la espalda de éste, en cuanto a anchura, y mostraba un vientre algo pronunciado, pero eso lo disimularía el abrigo. La

diferencia mayor entre ellos y nosotros radicaba en los rostros. No obstante, había que pensar que reinaría la oscuridad y que no surgiría ningún agente secreto federal que se empeñase en sacar primeros planos.

Wolfe correspondió finamente a la reverencia del otro, diciendo luego:

—Por aquí, caballeros.

Entró en el despacho. En lugar de dirigirse hacia su mesa cogió una de las sillas colocándola en el centro de la alfombra, suficientemente espesa como para ahogar todo ruido. Después fue por otra. Yo cogí un par y Saúl, Fred y Orrie nos imitaron, sentándonos en dos círculos, con Wolfe, Jarvis y Kirby en el

interior.

—El dinero, Archie —dijo mi jefe.

Me levanté y fui a la caja fuerte...

Se trataba de dos paquetitos, cada uno de los cuales contenía veinticinco billetes de a veinte dólares.

Nero miró a Jarvis y a Kirby, alternativamente.

—La comida está lista —declaró—.

Pero antes hay que ocuparse de ciertos extremos... Este dinero es suyo. Archie...

Entregué un paquete a cada uno. Jarvis miró distraídamente el suyo, echándoselo al bolsillo sin más. Kirby sacó de uno de los bolsillos interiores de la americana una cartera, en la que

acomodó los billetes y seguidamente la guardó.

—El señor Hewitt les prometió que cada uno de ustedes percibiría mil dólares y ya los tienen —explicó Wolfe—. Al verles salir de esas cajas pensé que se habían ganado ya la cantidad, sin lo que falta. De sobra... Por tanto, si ustedes representan el resto de la comedia a mi entera satisfacción entenderé que se han hecho acreedores de otros mil dólares, cantidad que percibirán el viernes o el sábado a más tardar.

Jarvis se quedó con la boca abierta. Y de pronto se dio cuenta de su gesto y la cerró. Señaló a Kirby, se tocó el

pecho y dirigió a Wolfe una inquisitiva mirada.

Wolfe asintió.

—Dos mil. Mil para cada uno. Un poco más cerca, señor Kirby. Tengo que seguir hablando en voz baja. Ustedes, caballeros, permanecerán aquí veintiocho horas. Durante todo ese tiempo no deberá producirse ningún sonido. Un ruido revelaría la presencia de ustedes en la casa. Su habitación está arriba. Utilizarán las escaleras y no el ascensor. De necesitar algo diríjense al vestíbulo, donde habrá un hombre. Hablen siempre en susurros cuando precisen decirse cualquier cosa. En su cuarto hay una docena de libros. En el

caso de que ninguno sea de su agrado, seleccionen el que quieran de los que se encuentran en estos estantes. Nada de radio o televisión. Nada de alborotos... Necesitarán estudiar la actitud y los modales, así como la forma de andar de nosotros dos, del señor Goodwin y de mí. Dispondrán de sobradas ocasiones. No es preciso que imiten nuestras voces. Eso no va a ser necesario —Nero apretó los labios, reflexivo—. Me parece que no se me olvida nada. Si quieren hacer alguna pregunta, fórmúlenla ahora, en voz baja, junto a mi oído. ¿De acuerdo?

Los dos hombres hicieron gestos de afirmación.

—Comeremos, entonces. La radio

será apagada. En la mesa nunca hablamos de cuestiones de carácter profesional. Nadie pronunciará una sola palabra, excepto el señor Goodwin y yo.

Nero Wolfe se puso de pie.

12

No quisiera volver a vivir aquellas veintiocho horas...

Cuando se avanza por un bosque que se sabe infestado de tiradores emboscados, uno es consciente de que cualquiera de ellos puede sorprendernos. En tal situación sólo es preciso tener valor y una vista de lince. La cosa varía, en cambio, cuando *se supone* la existencia del enemigo oculto. ¿Para qué sirven entonces el valor y la actitud precavida? Nosotros no

sabíamos que la casa estuviera llena de oídos electrónicos. Nos imaginábamos que sí, que había micrófonos, por todas partes. Si Jarvis o Kirby se cogían un dedo en la puerta del cuarto de baño y lanzaban un grito, o proferían una exclamación fuerte, la representación, probablemente, se derrumbaría. ¡Ah! *Probablemente...* Esto era lo peor. Cada vez que me desplazaba escaleras arriba para comprobar si Saúl, Fred o Orrie estaban en el vestíbulo, movido por el temor de que se hubiesen cansado, empezando a hablar, me sentía un poco ridículo. Los hombres no acostumbran mirar debajo de su cama para ver si hay algún ladrón, aunque siempre existe la

posibilidad de que lo haya.

Las dos comidas resultaron chocantes. Wolfe y yo (principalmente él) corríamos con toda la conversación. Nuestros cinco acompañantes concentraban sus fuerzas en los platos o escuchaban. Que el lector haga la prueba... Ni siquiera podía pedir a uno de ellos que me pasara la mantequilla. Tenía que limitarme a señalar lo que deseaba.

Subimos más tarde a la habitación las cajas en que normalmente eran guardadas las macetas. No hay ni que decirlo: en medio de un impresionante silencio.

Dejé la casa una vez solamente, en

las últimas horas de la tarde del miércoles, a fin de llamar a Hewitt desde una cabina pública, notificándole que el envío había llegado en excelentes condiciones. Seguidamente, me puse a habla con Tom Halloran.

Hubo momentos de gran interés. El jueves, por ejemplo, Jarvis se dedicó especialmente a la tarea de observar modales y hábitos de Wolfe. Jarvis se colocaba al pie de las escaleras, no perdiendo de vista a mi jefe mientras éste descendía. Dentro del vestíbulo lo estudiaba a su nivel. En la segunda sesión de la jornada descubrí que el actor le tomaba el pelo a Nero. Puedo decir que la gocé como nunca.

Desde luego, Kirby procedía igual conmigo. Pero no tuvimos que forzar la cosa. En un día normal de trabajo yo subía y bajaba las escaleras más de una docena de veces. Lo que Kirby no era capaz de estudiar era mi forma de conducir. Ellos, quizá, serían seguidos durante todo el camino, hasta que llegasen a la casa de Hewitt. Si su estilo al volante resultaba demasiado distinto del mío, cualquier agente federal podría sospechar una anomalía. El jueves por la mañana me lo llevé al despacho, puse la radio a todo volumen y discutimos aquel asunto por una media hora.

Al mirar hacia atrás, recordando el episodio, pienso que no se nos escapó

ningún detalle. El miércoles por la noche, alrededor de las once, subí a mi cuarto, que da a la calle Treinta y Cinco, y sin prestar más atención que la de costumbre a las cortinas, me desnudé, poniéndome el pijama y apagando la luz de la mesita lateral después de sentarme en el lecho. Dos minutos más tarde penetraron en la habitación Fred y Orrie, quienes procedieron a desnudarse en la oscuridad. Salí. Saúl dormía en el sofá de la habitación delantera. Raras veces encendíamos las luces allí.

Recordaré algo que me inquietó. Al dejar en sombras el despacho, el miércoles por la noche, y al meterme entre las sábanas y mantas del diván

pensé no en la trampa que estábamos montando ni en si daría o no daría resultado, sino en el diván del apartamento de Sarah Dacos. ¿Y si la mujer de la limpieza decidía remover el mueble y examinaba los muelles? De haber dispuesto de cinco minutos más durante mi estancia en el piso, tal vez habría localizado un escondite mejor.

Las dos comidas a las que me he referido eran las del miércoles: el almuerzo y la cena. El desayuno y la comida del jueves fueron diferentes porque Fritz no se encontraba allí. Lo convenido era que Hewitt enviase un coche para recogerlo a las ocho, el cual llegó a su hora. Yo le llevé la maleta y

ante la portezuela del automóvil me estrechó la mano. Su disposición de ánimo, a juzgar por su expresión sombría, no era la más adecuada para confeccionar manjares dignos de un grupo de comilones entendidos. Saúl y yo nos arreglamos por el desayuno y para la comida preparamos carne y pescado (el esturión había sido aceptado, estimándose comestible) y cinco clases de queso, todo rociado con un par de botellas de champaña.

A las cuatro y cuarenta y cinco minutos de la tarde del jueves, yo me encontraba en el despacho en compañía de Saúl, Fred y Orrie, cuando Theodore Horstmann, el encargado de los

invernaderos, a quien se le había dicho que se marchara temprano, bajó las escaleras, dio las buenas noches y se fue. Wolfe se encontraba en su habitación. A las cinco y diez minutos subí yo a la mía, encendí las luces y comencé a desnudarme. Hubiera podido acercarme a las cortinas para cerciorarme de que no se hallaban entreabiertas, pero este movimiento no hubiera sido normal en mí y nosotros queríamos dar la impresión de que estábamos haciendo lo que todos los días. Wolfe, en su cuarto, procedía igual. A las cinco y cuarenta, vestido para cenar, regresé al despacho. Cinco minutos después oía el zumbido del

ascensor y apareció Wolfe, también preparado. Sin poner la radio, los dos comenzamos a hablar. Tema de la conversación: los problemas del tráfico. A las cinco y cincuenta y cinco hubo un débil rumor de pasos en el vestíbulo: Jarvis y Kirby estaban allí. El atuendo de Jarvis suponía una mejora sobre la indumentaria de Wolfe, que había conocido tiempos mejores; no se podía decir lo mismo del de Kirby con respecto a mí. Los dos hombres se plantaron en la puerta. Comunicqué a Nero que yo esperaría en el coche, fui al vestíbulo, ayudé a Kirby a ponerse mi abrigo y le tendí mi sombrero. Me quedé a un lado mientras él abría la puerta y

cruzando el umbral, la cerraba. En el momento en que Jarvis se me aproximó, mientras estaba mirando por el cristal transparente por un solo lado, las luces del despacho se apagaron y yo preparé el abrigo y el sombrero de Wolfe para el actor. A los seis minutos apareció el «Heron», que se detuvo junto a la acera. Jarvis tocó el conmutador y el vestíbulo se quedó a oscuras. Pero yo me retiré un poco hasta que él hubo salido, cerrando la puerta. Observándolo atentamente, pensé que se estaba ganando los mil dólares extra. No formulé ninguna opinión acerca de Kirby por no conocer yo mi forma de andar, pero de Jarvis me hubiera atrevido a jurar, de no haber

estado al tanto de lo que sucedía, que era Wolfe y no él quien bajaba las escaleras, cruzaba la acera y se metía en el automóvil. El «Heron» arrancó suavemente. Nada de saltos. Avanzaba como si lo hubiese conducido yo. Entonces advertí que había estado reteniendo el aliento con riguroso cuidado sólo Dios sabe por cuánto tiempo.

De haberse seguido las instrucciones al pie de la letra, el despacho se encontraría ahora vacío. Antes de que se hubiese hecho oscuro en el vestíbulo, Wolfe se había trasladado a la cocina, cuyas luces estaban apagadas. Orrie había pasado al comedor, en idénticas

condiciones. Saúl y Fred estaban en la habitación delantera, también a oscuras. Yo no les había oído caminar de un sitio para otro. Introduje la mano en el bolsillo lateral de la chaqueta, acariciando la culata de mi «Marley» del treinta y ocho. Luego, me acerqué a la puerta y toqué sus bordes, para asegurarme de que se hallaba cerrada. Permanecí un rato inmóvil, esperando que mis ojos se habituaran a la oscuridad. A continuación me senté en la silla adosada al muro enfrente del perchero.

Me sentía a gusto. Los momentos de extrema tensión habían quedado atrás. Habían podido ocurrir cien cosas

capaces de echar a perder nuestra representación. Bueno. Ya estaba todo en marcha. Sólo teníamos que esperar. Ignorábamos si los agentes intentarían penetrar ahora en la casa. Tal decisión, naturalmente, era de su incumbencia, así como las responsabilidades inherentes. No sabía cuántos «trabajos» de ese tipo habían realizado aquellos hombres, pero yo tenía noticia de cuatro en Nueva York, correspondientes a los doce meses anteriores, si bien había oído hablar de algunos más. Todo dependía de si Wragg creía o no que el autor de la muerte de Morris Althaus fuese uno de sus subordinados... De él, y no de nosotros, dependía determinar si el cebo era

suficientemente apetitoso. Pues sí. De verdad que me sentía a gusto.

Cuando calculé que había transcurrido media hora, me acerqué a la puerta para echar un vistazo a mi reloj aprovechando la luz que se filtraba por el cristal transparente por un solo lado. Al ver que eran las seis y veintidós minutos empecé a sentirme menos tranquilo. Me había equivocado ocho minutos... Normalmente, efectúo los cálculos de tiempo con bastante precisión. En vez de sentarme eché a andar por el vestíbulo, en dirección a la puerta del despacho y mi desasosiego se incrementó al rozar la pared dos veces. Esto era imperdonable. Desde luego,

volver a la parte delantera, hacia el rectángulo de luz era sencillo. Ahora bien, yo hubiera debido ser capaz de trasladarme directamente al centro del vestíbulo, que conocía a la perfección, sumido en las tinieblas. Realicé el ejercicio tres veces y después volví a sentarme en la silla.



No puedo anotar la hora exacta en.

que ellos aparecieron porque había decidido no volver a mirar hasta las siete. Sí. Sería esta hora, aproximadamente. Repentinamente, advertí menos claridad en la entrada... Allí estaban. Eran dos. Un tercero, probablemente, se había quedado en la acera. Uno de los hombres se inclinó para examinar la cerradura. Su compañero se mantuvo plantado sobre el primer peldaño, dando la espalda a la entrada, con el rostro vuelto hacia la calle.

Por supuesto, se habían dado cuenta de que la cerradura era una «Rabson», llevando consigo las herramientas adecuadas. Pero, independientemente de

su habilidad, aquel hombre no sería capaz de hacer saltar una «Rabson» al primer intento, así que no había por qué apresurarse. La puerta que ponía en comunicación el vestíbulo con la habitación delantera, abierta, quedaba a un metro, y veinte centímetros de mi silla. Me levanté, fui hacia ella, asomé la cabeza, emití un leve siseo y escuché otro a modo de respuesta. Luego, me encaminé a la puerta del comedor, sin tocar la pared, y repetí la señal, que fue correspondida. Seguidamente, me planté frente a la del despacho. Los intrusos no encenderían ninguna luz al entrar. Se quedarían quietos, escuchando...

Desde aquel día, Saúl y yo hemos

discutido muchas veces, al tratar de fijar el tiempo que necesitó el operador. Mi amigo sostiene que la puerta se abrió ocho minutos después de haber escuchado mi siseo; yo digo siempre que diez. El caso es que se abrió...

Nada más iniciarse el movimiento de aquélla, yo me adentré en el despacho y apoyando la espalda en la pared, empuñé con la mano derecha mi «Marley» mientras apoyaba el dedo índice de la mano izquierda en el conmutador de la luz.

Una vez dentro, los recién llegados no dedicaron a la escucha más de cinco segundos.

Una mala técnica, en verdad. Casi

inmediatamente, echaron a andar por el vestíbulo. Volviendo la cabeza, vi el débil foco luminoso de una linterna de bolsillo. Dieron tres o cuatro pasos y se detuvieron. El de la linterna comenzó a dar vueltas. Tres segundos más y me hubiera descubierto... Entonces lancé una voz: «¡Allá va esto!», levanté la «Marley» y apreté el conmutador, haciéndose instantáneamente la luz.

Uno de ellos se quedó con la boca abierta, simplemente. Pero el de la linterna hundió una mano en el interior de su chaqueta. Yo no estaba solo, sin embargo. Orrie se hallaba ya a mi lado con su arma y la voz de Saúl llegó a nuestros oídos desde la habitación

delantera. Dos pistolas más amenazaban a los intrusos.

—La cosa está mal planteada, amigos —dije—. No necesitamos más por nuestra parte. Ustedes no podrían disparar en dos direcciones a la vez. ¡Señor Wolfe!

Se encontraba allí. Debía de haber abandonado la cocina en el momento de dar yo la voz. Habíase acercado por el camino preciso a la derecha del sillón rojo, fuera del alcance de nuestros visitantes. Ya frente a su mesa, tomó asiento, examinando a los recién llegados, de perfil porque ellos se mantenían pendientes de Orrie y de mí.

Entonces habló:

—Esto es deplorable. Archie, llame a la policía.

Me moví. No describí una vuelta tan amplia como la de Wolfe. Ahora bien, pensaba que todo marcharía mejor si no se producía ninguna escaramuza. A mitad del camino hacia mi mesa me detuve, diciendo:

—Si ustedes saltan sobre mí cuando yo esté marcando el número, seguirán poco tiempo de pie. Me imagino que ustedes conocen la ley. Todos los asaltadores de moradas la conocen. Si se portan mal, todo lo que conseguirán será caer acribillados a balazos. Y los representantes de la ley no harán otra cosa que darnos las gracias por el

servicio.

—Tonterías —fue el tipo gigantesco, de mandíbula cuadrada y anchos hombros, quien habló. Su compañero era de estatura superior, pero menos corpulento. Por debajo de la carne del rostro se adivinaban los huesos. El primero me miró fríamente, para agregar —: Nosotros no somos asaltadores de moradas y usted lo sabe.

—¿Qué es lo que acaban de hacer, entonces? Ya tendrá ocasión de explicarse ante la policía. Bueno. Están advertidos, ¿eh? Un leve movimiento y se quedarán paralizados.

Uno de estos amigos míos es particularmente rápido.

Para telefonar tenía que darles la espalda. No había hecho más que alargar la mano cuando el que había hablado antes prorrumpió:

—Basta ya de comedia, Goodwin. Usted sabe perfectamente quiénes somos —volvióse hacia Wolfe—. Somos agentes del Federal Bureau of Investigation, como usted tampoco ignora. Deseábamos verle. Nadie contestó cuando tocamos el timbre. La puerta no estaba cerrada con llave y entramos...

—Miente usted —respondió Wolfe—. Hay cinco hombres dispuestos a jurar que la puerta estaba cerrada con llave y que ustedes no pulsaron el botón

del timbre. Cuatro de ellos les oyeron manipular en la cerradura. Cuando la policía proceda a registrarles encontrarán en sus bolsillos ciertas herramientas. Del Federal Bureau of Investigation, ¿eh? ¡Bah! Llame a la policía, Archie. Y dígame que envíen a unos cuantos hombres capaces de enfrentarse con un par de rufianes.

Antes de comenzar a marcar, dije:
—Fred.

Le hice una seña y él se me acercó. Pasó junto a nuestros visitantes. En cierta ocasión, un agente federal le había retorcido un brazo y a él le habría agradado ahora que le hubiesen facilitado la oportunidad de tomarse la

revancha. Enfrentado con los dos hombres, ofrecía un aspecto más severo que de costumbre. En realidad, es una excelente persona, que tiene que mantener a una esposa y cuatro hijos. Cuando marcaba el número de la policía habría dado cualquier cosa porque aquello se eternizara. También pensé que no me dejarían terminar. En la cuarta cifra, el grandote dijo con acritud:

—Un momento, Goodwin.

Me volví. El hombre deslizó su mano izquierda dentro de la americana. Dejé el teléfono y me situé junto a Fred. La mano del agente secreto quedó extendida. En la palma tenía un pequeño

carnet de cuero negro.

—Mi documentación —explicó, abriendo aquél.

—Echaré un vistazo a eso —gruñó Wolfe.

El grandote dio un paso adelante. La mano de Fred salió disparada, empujándolo hacia atrás. Yo mostré mi palma derecha, sin pronunciar una palabra. El hombre vaciló, dejando luego caer el carnet en ella.

—Y usted también —dije, dirigiéndome al flaco.

Había sacado ya su documentación, para colocarla encima de la de su compañero. Giré, entregando a Wolfe los carnets. Este los examinó

detenidamente. Después, abrió un cajón del que extrajo una lupa, realizando una inspección todavía más detenida a través del cristal. Con mucha parsimonia, guardó aquélla en el cajón... con las credenciales del grandote y el flaco.

Miró fijamente a los dos hombres.

—Dos falsificaciones, probablemente —manifestó Wolfe—. Los laboratorios técnicos de la policía dirán la última palabra.

Nuestros visitantes debieron de hacer entonces un gran esfuerzo para dominarse. Me habría sentido admirado ante su actitud de no haberse hallado mi mente ocupada en otras cosas. Los dos

se quedaron rígidos, sin hacer el menor movimiento.

—Gordo... Hijo de perra... —
masculló el ñaco, entre dientes.

Wolfe bajó la cabeza.

—Una reacción natural. Hagamos una suposición. Supongamos, hablando por hablar, que ustedes son efectivamente agentes del Federal Bureau of Investigation. Su queja, entonces, es válida, pero está mal orientada. No deben formularla ante mí, sino ante sus colegas, quienes se dejaron engañar, pensando que esta casa estaba vacía. Ustedes no tienen que formular excusas de ningún tipo.

Wolfe se aclaró la garganta.

—Continuemos con nuestra suposición. Voy a conservar sus credenciales en calidad de prendas. Ustedes o su Bureau pueden recuperar sus carnets, mediante una acción legal que revelará al público cómo llegaron aquí. Yo, desde luego, reaccionaré debidamente, ya que ustedes entraron ilegalmente en esta casa y fueron sorprendidos *flagrante delicio* y dispongo de cuatro testigos. Dudo de que sus superiores accedan a pagar el precio fijado por mí. La iniciativa, pues, está en mis manos. Pueden marcharse ya. Todo lo que yo quería (y sigo con mi suposición) era poseer una prueba irrefutable de que varios miembros del

Federal Bureau of Investigation habían cometido una felonía, por la cual pueden ser procesados... Aquí la tengo ya, en el cajón. A propósito: no he aludido a los guantes que llevan puestos todavía. Naturalmente, todos nos hemos dado cuenta de ello. He ahí un detalle corroborador de ciertas afirmaciones si nos vemos alguna vez ante cualquier tribunal. Pueden marcharse ya, caballeros.

—Va usted a pasarlo mal, seguramente —dijo el grandote—. Ese tribunal será federal. Los documentos que ha guardado son propiedad de los miembros del Bureau.

—Es posible. Tengo argumentos con

que defenderme en todo caso. Dejando a un lado la suposición, les diré que me cuesta trabajo creer que unos funcionarios federales se decidan a entrar en mi casa ilegalmente y, desde luego, estoy justificado si conservo las credenciales hasta que sea decretada su autenticidad..., si es que esto sucede.

—¿Y cómo va usted a establecerla?

—Ya veremos. Estaré pendiente de los acontecimientos... Si los documentos son auténticos, lo más seguro es que reciba la visita de sus superiores. Podría presentarse aquí, por ejemplo, el señor Wragg.

—Gordo... Hijo de perra... — volvió a mascullar el ñaco.

Su vocabulario parecía muy limitado a causa de la tensión de aquellos momentos.

—La verdad es que me estoy conduciendo con mucha indulgencia. Han entrado ustedes violentamente en mi casa y por lo que aprecio simulan ser personas encargadas de velar por el cumplimiento de las leyes. Son dos faltas graves. Vamos a despojarles de sus pistolas si es que van armados y les quitaremos también las herramientas utilizadas para abrir la puerta de esta vivienda. Me imagino que asimismo llevarán encima los útiles precisos para descerrajar los cajones de mis mesas y armarios. En cuanto a sus guantes... Les

aconsejo que se los quiten cuanto antes. Estos cuatro hombres no sienten la menor debilidad por los ladrones ni por los agentes del FBI. Créanme: disfrutarían si les facilitase una oportunidad de causarles alguna humillación. ¡Maldita sea! ¡Váyanse ustedes de una vez!

Los dos hombres miraron atónitos a Wolfe. El campo de visión del grandote estaba limitado por el hombro de Fred y el mío. El del ñaco quedaba a la derecha de aquél. Intercambiaron una mirada, observaron atentamente el rostro de Wolfe y se pusieron en marcha.

Cuando se aproximaban a la puerta, Orrie se adentró en el vestíbulo,

apuntándolos con su pistola. Es ésta una actitud que le gusta... Saúl cruzó por la habitación delantera para ir al *hall* y encendió la luz. Fred y yo seguíamos a los agentes federales. Cuando se aproximaban a la entrada, Saúl abrió la puerta y Orrie, Fred y yo nos juntamos para verles bajar la escalera. Llegaron a la acera. Habíamos supuesto que en ella los aguardaba otro compañero, pero no descubrimos la menor huella de él. Giraron hacia la izquierda, camino de la Décima Avenida. No quisimos salir a echarle un vistazo al coche. Antes de cerrar la puerta examinamos la cerradura, que hallamos intacta. Fred opinó que aquella gente debía de poseer

la colección de llaves más completa del mundo.

Encontramos a Wolfe plantado en el centro de la alfombra del despacho, estudiando un objeto que tenía en la mano... Era un lápiz-linterna, que el grandote había dejado 'caer. Lo arrojó encima de mi mesa, rugiendo:

—¡Hable! ¡Hablen ustedes ya!
¡Todos!

Nos echamos a reír.

—Pienso ofrecer una recompensa — manifesté—. Será una fotografía enmarcada de J. Edgar Hoover, que se entregará a quien demuestre que en esta casa hay micrófonos instalados ocultamente, siempre que acompañe a

tal demostración una cinta magnetofónica, destinada a dicho personaje.

— ¡Dios santo! —exclamó Fred—. Si uno de los dos hubiese intentado algo...

—Yo quiero champaña —dijo Saúl.

—Para mí, whisky —solicitó Orrie—. Tengo hambre.

Faltaban veinte minutos para que dieran las ocho. Nos trasladamos a la cocina. Hablábamos todos al mismo tiempo, incluido Wolfe. Este comenzó a sacar viandas del frigorífico: caviar, *pâte de foie gras*, esturión, un faisán entero, ahumado... Saúl abrió el congelador. Deseaba un poco de hielo

para el champaña. Orrie y yo nos hicimos con unas botellas que había en un armario. Fred preguntó si podía utilizar el teléfono para hablar con su mujer. Le contesté que sí y que le diera recuerdos de mi parte. Wolfe medió en nuestra conversación.

—Dígale que esta noche se quedará aquí. Todos ustedes se quedarán. Por la mañana, Archie trasladará *eso* al banco y usted le acompañará. Lo más probable es que no hagan nada. Pero también podrían efectuar una intentona. Fred: de todo esto ni media palabra a su esposa ni a nadie. No hemos terminado aún. No hemos hecho más que empezar. Si prefieren algo caliente, caballeros, yo

me comprometo a preparar en veinte minutos un *Yorkshire Buck*. Ahora bien, Archie tendrá que encargarse de los huevos escalfados...

Una hora más tarde comenzamos una agradable velada. Los tres huéspedes y yo nos encontrábamos en la habitación delantera, jugando al pináculo. Wolfe se había quedado en el despacho, leyendo un libro. El libro en cuestión era *El FBI que nadie conoce*. No sé cuál era su propósito. ¿Estaba recreándose en el recuerdo de lo sucedido? ¿Llevaba a cabo alguna indagación especial?

A las diez tuve que excusarme ante mis amigos por abandonar la mesa de juego por unos momentos. Wolfe me

había dicho que debía llamar a Hewitt por teléfono hacia la hora en que él y sus camaradas estarían liquidando la cena.

Entré en el despacho. Wolfe comunicó a Hewitt que todo había funcionado a la perfección, dándole las gracias. Hewitt dijo que los dos actores habían resultado ser unos invitados muy divertidos: Jarvis había recitado pasajes de Shakespeare y Kirby después había imitado al presidente Johnson, a Barry Goldwater y a Alfred Lunt. Wolfe envió recuerdos para ambos colaboradores. Seguidamente, yo me sumí en mi pináculo y Nero volvió a su libro.

Poco después de las once se produjo otra interrupción.

Sonó el timbre del teléfono. Atendí yo la llamada, puesto que a Wolfe le han disgustado siempre estos menesteres.

—Casa de Nero Wolfe... Archie Goodwin al habla.

—Soy Richard Wragg, Goodwin — las palabras sonaban arrastradas y la voz era chillona—, Deseo hablar con Wolfe.

Habíamos pensado en que podía suceder esto y yo ya tenía instrucciones.

—Creo que no va a ser posible ahora, Wragg. Está ocupado.

—Quiero verlo.

—Buena idea. Ya se imaginó él que podía desear usted una entrevista. ¿Qué le parece aquí, en su despacho, a las

once de la mañana?

—Quiero verlo esta noche. Ahora mismo.

—Lo siento, Wragg. No es posible. Está muy ocupado. No podrá verlo antes de las once de la mañana.

—¿Y qué es lo que le tiene tan ocupado?

—Está leyendo un libro: *El FBI que nadie conoce*. Dentro de media hora estará acostado.

—Me presentaré ahí a las once.

Me pareció que Wragg había colgado el teléfono violentamente. Claro que esto podía ser una jugarreta de mi imaginación. Me volví hacia Wolfe.

—He dicho Wragg porque tal era el

nombre de mi comunicante. Mañana por la mañana, a las once. Lo que esperábamos.

—Y deseábamos. Tenemos que hablar, Archie. En cuanto hayan terminado ustedes su partida.

Me puse de pie.

—Eso no se llevará mucho tiempo, tal como va —contesté.

13

Normalmente, yo necesito mis buenas ocho horas de sueño. Pero aquella noche fueron seis. A la una y diez minutos Wolfe se hallaba en su cama, lo mismo que Fred y Orrie, y Saúl ocupaba el sofá de la habitación delantera. En el momento en que me disponía a tenderme en el diván sonó el timbre de la puerta. Era Fritz junto con Kirby y Jarvis. Al ver al primero cruzar vacilante el umbral me pregunté inmediatamente en qué zanja habría

quedado metido el «Heron». «¿Dónde está el automóvil?», inquirí, dirigiéndome a él. El hombre revolvió los ojos, apretando los labios al mismo tiempo. Creyendo que se atenía a las instrucciones recibidas, le indiqué que ya podía hablar. Fritz medió en seguida para declarar que no podía articular una sola palabra, debido a que se hallaba demasiado bebido, añadiendo que el coche se encontraba allí enfrente, en buen estado. Sólo Dios sabía, sin embargo, cómo habían podido llegar. Los llevó a su habitación utilizando el ascensor. Yo me calcé, me puse el abrigo sobre el pijama y salí para llevar el «Heron» al garaje. El vehículo no

había recibido el menor arañazo.

El primer número del programa para el viernes tenía su hora: las ocho y treinta minutos. A las siete y cuarenta y cinco puse en marcha mi voluntad y salté del diván. De una brazada cogí mantas, sábanas y almohada y subí a mi habitación. Cuando dejé el cuarto de baño, después de ducharme y afeitarme, hallé a Fred y a Orrie sentados en el borde del lecho, bostezando. Les recordé que nos iríamos una hora y veinte minutos después y me enviaron poco menos que a paseo. Suponía que tendría que prepararme el desayuno, pero al bajar las escaleras descubrí a Fritz, quien salía de la habitación de

Wolfe. Le había llevado la bandeja con todo lo que él tomaba por las mañanas.

Eran las ocho y veintiocho. Fui al despacho y comencé mi jornada de trabajo marcando el número de la señora Bruner. Habiéndose puesto ella al habla le dije que lamentaba molestarla a tan temprana hora, pero que tenía que darle cuenta de algo importante. Habría de trasladarse a una cabina pública y marcar cierto número. A las nueve y cuarenta y cinco o lo antes posible... La señora Bruner me objetó que tenía una cita para dicha hora, y deseaba saber hasta qué punto era importante mi recado. Le contesté que era importante *en extremo*.

Podíamos, pues, recrearnos con nuestro desayuno. Eso hicimos. Fritz sabe que a Saúl, Fred y Orrie les agradan los huevos *au beurre noir*, por lo cual éste fue el plato principal. Hubo tostadas y jamón y dos raciones de huevos por lo cual éste fue el plato principal. Hubo tostadas y jamón y dos raciones de huevos por barba, que contabilizaron dieciséis huevos en total. La nota de gastos de nuestra operación iba a ser de escándalo.

Llevando las credenciales en uno de mis bolsillos, salí de la casa con mi guardaespaldas a las nueve y cuarenta. Entré en el establecimiento de la esquina de la calle y me situé al lado de la

cabina telefónica. Conociendo a las mujeres, yo había entrado allí convencido de que debería esperar unos veinte minutos. Pero a los cuatro o cinco minutos sonó el timbre, en el preciso instante en que un desconocido se encaminaba hacia la cabina desde la puerta del local. Cuando descolgué el micro-teléfono ya había decidido que no se trataba de un agente federal deseoso de atender la llamada. No parecía del *gremio*.

La señora Bruner me dijo que esperaba que mi recado fuese verdaderamente importante, ya que iba a costarle caro llegar tarde a la cita que tenía concertada.

—Seguro que su cita no tiene ni la mitad de importancia respecto a lo que voy a comunicarle —respondí—. Olvídela... A las once menos cuarto habrá de hallarse en el despacho del señor Wolfe. A las once menos cuarto en punto.

—¿Esta mañana? No es posible.

—Sí va a ser posible, señora Bruner. En dos ocasiones me ha dicho que no le agrada el tono con que me dirijo a usted. Mi tono va a ser cosa de broma comparado con el que tendrá la oportunidad de apreciar en mi jefe si deja de ir a verle. El señor Wolfe podría llegar, incluso, a devolverle sus cien mil dólares.

—¿Por qué? ¿De qué se trata?

—Yo soy el mensajero solamente.

Se enterará cuando vaya por nuestra casa. No es importante lo que le digo: es vital.

Una breve pausa.

—¿A las once menos cuarto?

—O antes.

Otro silencio.

—Muy bien. Iré.

—Maravilloso. Es usted la cliente perfecta. Si no fuese tan rica le pediría que se casase conmigo.

—¿Qué dice?

—Nada.

Inmediatamente, colgué.

A causa de mis seis horas de sueño

no me sentía muy en forma, pero sí importante. Crucé la calzada por Lexington, en dirección al Continental Bank & Trust Company, siempre con mi guardaespaldas detrás. Pocos son los hombres que han disfrutado de una escolta como la mía en aquellos instantes: en su actividad profesional uno de los mejores hombres del Nuevo y del Viejo Mundo. Y si el lector piensa que nos estábamos excediendo en nuestras precauciones, le haré observar: ¿y si yo hubiese tropezado de la manera más inesperada, rompiéndome la crisma?; ¿y si se me hubiese atravesado en el camino cualquier deslumbrante sirena que luego resultara ser agente

femenino del Bureau?... Bueno. A los varones de la organización, de todos modos, no les iría mal un paseo por la ciudad tras tantas horas de forzosa quietud en torno a nuestra casa.

Ya en el banco, bajé las escaleras que conducían a los sótanos, encaminándome a nuestra caja de seguridad, en la que deposité los dos documentos. Arriba, mientras me hacían efectivo un cheque por cinco mil dólares, para rellenar el departamento de la «reserva», en la caja de caudales del despacho de Wolfe, estaba pensando que habían transcurrido nueve días desde mi última visita a la entidad bancaria, donde depositara la cantidad

inicialmente entregada por la señora Bruner a mi jefe. En aquellos instantes me había dicho que existía una probabilidad entre un millón de que saliéramos adelante. Ahora, en cambio...

Tuvimos que apretar el paso para estar en la casa de fachada color pardo rojizo a las once menos cuarto. Nos encontrábamos en el vestíbulo, despojándonos de nuestros abrigos, cuando vi detenerse enfrente de la puerta el «Rolls» de la señora Bruner. Le abrí la portezuela. Fred y Orrie emprendieron la retirada, pero yo me apresuré a llamarlos.

—Señora Bruner —dije—, ¿no le

gustaría conocer a tres hombres que, trabajando para usted, viajaron en un camión a lo largo de noventa y cinco kilómetros, metidos en cajas de madera con sus tapas atornilladas? Y éstos son los mismos que anoche apuntaban sus respectivas armas contra un par de agentes del FBI a los que el señor Wolfe, entretanto, decía cosas muy gordas...

—¿Cómo?... Pues sí, de verdad que me encantaría conocerlos.

—Ya me lo figuraba. Le presento a los señores Saúl Panzer, Fred Durkin y Orrie

Cather. Va usted a pasar algún tiempo con el señor Panzer. Si no le

importa, dejaré su abrigo en la habitación delantera. Richard Wragg, el jefe de los agentes federales en Nueva York, va a venir y no debe verlo.

Sus ojos se dilataron más, pero la boca de la señora Bruner no se abrió. Decidí casarme con ella a pesar de su fortuna. Al coger yo su abrigo, Fred y Orrie echaron a andar hacia las escaleras. Iban a la habitación que daba al sur y tenían que impedir que Jarvis y Kirby bajaran, para que no interrumpieran la conversación.

En un extremo del vestíbulo, hacia la cocina, a la izquierda, hay un cuarto. Dentro del mismo, en el muro, a la altura de los ojos de una persona de talla

normal, existe una perforación. Esta, por un panel deslizante, comunica con la pared del despacho ocupado por un cuadro representando una cascada. Gracias a tal artificio puede oírse y verse todo lo que pasa en el refugio de Wolfe cuando se está convenientemente apostado.

Conduje a la señora Bruner al cuartito mencionado. Nos seguía Saúl. Corrí el panel y le enseñé el orificio.

—Ya le he dicho que Wragg va a venir. Permanecerá en el despacho, con el señor Wolfe y conmigo. El señor Panzer le traerá de la cocina un taburete, para que pueda sentarse. Va a hacerle compañía. Esto puede durar lo mismo

diez minutos que dos horas, no sé... No va usted a comprender todo lo que oiga, pero lo que entienda le bastará. Si siente ganas de toser o de estornudar trasládese a la cocina a toda prisa, pero caminando de puntillas. Saúl...

Sonó el timbre de la puerta. Lo vi en seguida... Allí estaba. Se había adelantado de cinco minutos a la hora concertada. Le dije a Saúl que se procurara el taburete y cuando él se dirigía a la cocina yo echaba a andar por el vestíbulo. Ya en la puerta, volví la cabeza, obtuve un gesto de asentimiento de él y abrí.

Richard Wragg era un hombre que contaría aproximadamente cuarenta y

cuatro años de edad. Vivía en un apartamento de Brooklyn, con su esposa y dos hijos. Perteneecía al FBI desde hacía quince años. Los detectives estamos enterados de ciertos detalles. Tendría mi estatura. La cara era alargada y su barbilla terminaba en punta. Tres o cuatro años más y sería calvo.

No me tendió la mano. Me dio la espalda al quitarse el abrigo, lo cual quería decir que confiaba algo en mí. Cuando lo hice pasar al despacho, invitándole a tomar asiento en el sillón de cuero rojo, miró a su alrededor. Me pareció que se interesaba demasiado por el cuadro de la cascada que colgaba de una de las paredes. Figuraciones mías,

quizá... Estaba todavía de pie cuando se oyó el zumbido del ascensor. Entró Wolfe, deteniéndose a escasa distancia de su mesa para decir:

—¿El señor Wragg? Soy Nero Wolfe. Siéntese.

Los dos hombres se sentaron al mismo tiempo. Wragg se dio cuenta de que se había dejado caer en el borde del sillón, deslizándose entonces hacia atrás.

Sus miradas se encontraron. Desde mi sitio yo no podía ver bien a Wolfe. La de Wragg, desde luego, era directa, firme.

—Le conozco —manifestó Wragg—, si bien hasta ahora no había tenido

ocasión de hablar con usted.

Wolfe bajó la cabeza.

—Hay senderos que nunca se entrecruzan, normalmente.

—Los nuestros sí, ahora. Supongo que esta conversación está siendo grabada en cinta magnetofónica.

—No. Contamos con el equipo necesario, pero no está siendo utilizado. Lo mejor que podríamos hacer es desentendemos de tales detalles. Por una semana he vivido convencido de que cuanto se decía en esta casa era escuchado por oídos ajenos. Cabría la posibilidad de que usted llevase encima uno de esos mecanismos electrónicos. Podría ser que mi magnetófono estuviese

en marcha... aunque, como ya he dicho, no hay nada de eso. Prescindamos de tal cuestión.

—Nosotros no hemos hecho ninguna instalación espía en esta casa.

Los hombros de Wolfe se levantaron unos centímetros, bajando en seguida.

—Prescindamos de eso, señor Wragg. ¿Deseaba usted verme?

Los dedos de Wragg descansaban sobre los brazos del sillón. No se descubría la menor tensión en su actitud.

—Como usted esperaba. No tenemos por qué perder el tiempo haciendo lo que los boxeadores llaman «sombras». Quiero las documentaciones que usted anoche a la fuerza quitó a dos de mis

hombres.

Wolfe mostró a su interlocutor la palma de una mano. Estaba tan tranquilo como aquél.

—Es usted quien hace «sombras». Retire esa expresión: «a la fuerza». Fueron sus agentes los que recurrieron a ella en primer lugar. Penetraron en mi casa violentamente. Me limité a combatir la fuerza con la fuerza.

—Quiero sus credenciales.

—¿Retira usted la expresión «a la fuerza»?

—No. Recuerdo que su réplica fue justificada. Devuélvame las credenciales y nos hadaremos en igualdad de condiciones para el diálogo.

—¡Bah! Puede que usted sea tonto o que me tome a mí por tal. No tengo la menor intención de enfrentarme con usted en igualdad de condiciones. Ha venido a verme porque yo le he obligado a ello. Sin embargo, si sólo se propone decir tonterías ya puede marcharse. ¿Quiere que le describa la situación tal como yo la veo?

—Sí.

Wolfe me miró.

—Archie, la carta de la señora Bruner contratando mis servicios.

Fui a la caja de caudales, sacando de ella el papel. Wolfe con un movimiento de cabeza me señaló a Wragg y yo le entregué el documento.

Me quedé plantado junto a él y cuando lo hubo leído extendí una mano. Lo relejó lentamente y me lo alargó sin mirarme siquiera. Me fui a mi mesa y metí la carta en un cajón.

— ¡Qué documento, señor Wolfe! — exclamó Wragg—. Si la señora Bruner y sus familiares o asociados han estado siendo vigilados, cosa que todavía no he admitido, sería por alguna medida de seguridad.

Wolfe hizo un gesto afirmativo.

—Es lo que ustedes dicen siempre. Se trata de una mentira corriente. Voy a describir la situación planteada. Sus hombres se marcharon anoche dejando en mi poder sus credenciales. No se

atrevieron a llamar a la policía para que procediese a su rescate. Sabían perfectamente que si un ciudadano les acusaba del delito de penetrar ilegalmente en su casa, las simpatías de la policía de Nueva York y del fiscal del distrito irían al denunciante de la falta. Ustedes no ignoran esto. Ustedes no darán ningún paso legal para recobrar las credenciales, así que éstas no serán recobradas. Yo pienso retenerlas. Le sugiero un intercambio. Usted se compromete a suprimir la vigilancia a la que están sometidos la señora Bruner, sus familiares y asociados, incluida la intervención de los teléfonos, y yo...

—Yo no he autorizado tal vigilancia.

—¡Bah! Será más sencillo replantear la cuestión. Olvidemos el pasado. Digamos que usted se compromete a que a partir de las seis de hoy quede suprimida toda vigilancia ejercida sobre la señora Bruner, sus familiares y asociados, su casa y teléfono. Lo mismo por lo que respecta al señor Goodwin y a mí y a esta casa. Yo me comprometo a mi vez a entregarle las credenciales que se encuentran en mi caja de seguridad del banco, renunciando a emprender acciones legales contra sus hombres por haber entrado violentamente en mi hogar, y a no revelar al público lo sucedido. Esa es la situación y mi ofrecimiento.

—¿Habla usted de compromiso por escrito?

—No. A menos que lo prefiera.

—Nada de eso. Nada por escrito. De acuerdo por lo que a la cuestión de la vigilancia respecta, pero yo exijo las credenciales.

—No las obtendrá así como así —respondió Wolfe apuntándole con un dedo—. Hágase cargo, señor Wragg. Entregaré la documentación cuando me lo ordene un tribunal y corresponderé a la demanda de éste utilizando todos los recursos míos y de mi cliente. Usted, quizá...

—Va a decirme que tiene cuatro testigos, ¿no?

—No es necesario, puesto que ya lo ha dicho usted. Añadiré algo más por mi parte. Los jueces y los jurados se muestran en ocasiones antojadizos, volubles. Caprichosamente, pueden dudar de los testigos, de cuatro y hasta de cinco, si me cuento a mí. Usted, en cambio, sería un fatuo sí pusiera en tela de juicio mi buena fe. Yo rio abrigo el menor deseo de luchar contra su Bureau. Lo único que me propongo es realizar el trabajo que me han encomendado y por el cual me pagan. Si usted no enoja a mi cliente con su asedio, si se olvida también de mí, las credenciales de sus hombres no me sirven ya de nada, ni los testigos.

Wragg me miró. Pensé que me iba a preguntar algo. Pero no. No había *nada de eso. Yo era simplemente un punto apropiado en el que descansar la vista mientras contestaba a una pregunta que se había formulado a sí mismo. Tardó un rato en hacerlo. Finalmente, volvió a fijar los ojos en Wolfe.

—Se ha olvidado usted de algo —manifestó—. Acaba de decir que su único propósito es realizar el trabajo que le han encomendado, por el cual le pagan. Estando así las cosas, ¿por qué ha estado llevando a cabo investigaciones relacionadas con un crimen con el cual nosotros nada tenemos que ver? ¿Por qué Goodwin ha

visitado dos veces a la señora Althaus?
¿A qué había entrado también en dos ocasiones en el apartamento de Morris, el hijo de aquélla? ¿Por qué hizo venir a esas seis personas aquí la noche ce. _e-
ves pasado?

Wolfe asintió.

—Usted cree que uno de sus hombres caparé sobre Morris Althaus.

—No. Eso es absurdo.

Nero se mostró insistente.

— ¡Maldita sea! ¿Es que usted, señor Wragg, no puede hablar con sensatez? ¿Detrás de qué podían haberse lanzado sus agentes al invadir mi casa? Usted sospechaba que yo había descubierto alguna cosa sobre los tres

hombres que penetraron en el apartamento de Morris Althaus la noche en que este fue asesinado. Y no se equivocaba... Ellos le dijeron que él estaba muerto cuando entraron, pero usted no les creyó. Dudó, por lo menos. Ignoro por qué. Usted los conoce; yo, no. Y usted sospechaba o temía no sólo que me hubiese enterado de su visita al piso, sino también que me hubiera procurado una prueba que comprobase la culpabilidad de uno de ellos. Haga uso del sentido común, señor Wragg, cuando habla.

—Todavía no me ha explicado por qué razón ha llevado a cabo indagaciones con relación a ese

homicidio.

—¿No salta a la vista? Por haberme enterado de que sus hombres estuvieron en el apartamento.

—¿Y cómo se enteró de eso?

Wolfe hizo movimiento denegatorio con la cabeza.

—Se trata de algo reservado.

—¿Ha estado usted en contacto con el inspector Cramer?

—No. Hace meses que no lo veo, que no cruzo una palabra con él.

—¿Habló con el fiscal del distrito?

—No.

—¿Va usted a proseguir las investigaciones?

Las comisuras de los labios de

Wolfe se volvieron levemente hacia arriba.

—¿Sabe usted, señor Wragg? Estoy dispuesto a liberarle de sus preocupaciones actuales, pero primeramente he de asegurarme de que he cumplido con mi deber. ¿Ha aceptado mi ofrecimiento? ¿Me promete que a partir de las seis de esta tarde no se ejercerá la menor vigilancia sobre la señora Bruner ni ninguna persona con ella relacionada?

—Sí. Eso es ya un acuerdo.

—Perfectamente. Ahora debo pedirle que haga algo más. Quiero que vuelva a este despacho cuando yo se lo indique, trayendo la bala que uno de sus

hombres cogió del suelo en el apartamento de Morris Althaus.

Probablemente, no es fácil sorprender a los individuos del corte de Richard Wragg. Para ocupar un cargo como el suyo en Nueva York, segundo en importancia al similar de Washington, han de reunirse en un solo nombre muchas y especiales cualidades. Sin embargo, observé muy claramente que las últimas palabras de Wolfe le habían causado una gran impresión. Efectivamente, Wragg abrió la boca, convirtiéndose en la imagen viva del asombro. Permaneció en aquella actitud dos segundos únicamente, pero ya era tarde para rectificar...

—Ahora es usted quien dice insensateces —señaló.

—Pues se equivoca. Si me trae esa bala cuando yo se lo indique es casi seguro (tengo incluso la tentación de quitar el «casi») que me hallaré en condiciones de demostrar irrefutablemente que Althaus no fue asesinado por uno de sus agentes.

—Vamos, vamos —la boca de Wragg no estaba abierta ahora, ni mucho menos. Y contemplaba a su interlocutor con los párpados entornados—. De tener yo la bala en mi poder iba a entregársela a usted...

Wolfe se mostró paciente.

—¿Qué sucedió aquella noche en el

apartamento de Althaus? Una persona a quien llamaré X (podría ponerle otro nombre más apropiado, el suyo, pero de momento nos arreglaremos con X) disparó sobre Morris con el arma de éste. La bala atravesó el cuerpo de la víctima, yendo a parar a un muro y cayendo posteriormente al suelo. X se marchó, llevándose el arma en cuestión. Poco después llegaron sus tres hombres, penetrando en el piso como penetraron en esta- casa anoche. ¿He de insistir en los detalles?

—Sí.

—Aquí no tocaron el timbre porque sabían (eso se figuraron ellos) que no había nadie en la vivienda, que se

hallaba vigilada desde hacía una semana. Tocaron el timbre de la puerta en el apartamento de Althaus y, probablemente, le llamaron por teléfono. No contestó porque ya había muerto. Después de haber registrado la casa y haberse apoderado de lo que andaban buscando pensaron que usted sospecharía que uno de ellos había matado a Althaus. Como prueba de que no había sido así se llevaron la bala, encontrada en el suelo. Violaban así una ley en vigor en el estado de Nueva York. Pero, bueno, ¿no habían atentado ya anteriormente contra otra? Una más una menos... Se llevaron el proyectil, sí, entregándoselo a usted con el informe

correspondiente.

Wolfe agitó una mano.

—Es posible que al presentarle a usted la bala, sus agentes lograran un efecto contrario al perseguido. En fin, no quiero especular ahora con sus procesos mentales. No voy a analizar por qué motivo no creyó usted en su inocencia. Usted tiene que conocer a sus hombres mejor que yo, naturalmente. Y, ni cabe decirlo, la bala obra en su poder y yo voy a necesitarla, señor Wragg.

Los párpados de Wragg no se entreabrieron ni un milímetro.

—Mire, Wolfe... Nos ha atrapado una vez. Bien. Eso no volverá a repetirse. Si yo tuviese la bala me

cuidaría mucho de ponerla en sus manos.
¿Cómo iba a ser tan tonto?

—Será usted tonto y muy de veras si no procede tal como le estoy diciendo —en el rostro de Wolfe se dibujó una desagradable mueca. Como todo el mundo, mi jefe tiene sus latiguillos, sus frases hechas, sus palabras favoritas. El vocablo «tonto» no figura normalmente en su repertorio—. Estoy interesado en el presente problema porque he de cumplir con una obligación (la que he contraído con la persona que me hizo saber que sus hombres se habían presentado en el apartamento de Althaus la noche de su muerte), y a mí me desagradan profundamente las

obligaciones. La deuda quedará cancelada entregando el asesino a la justicia e, incidentalmente, usted se sentiría aliviado. ¿No le gustaría acaso dejar bien sentado que Althaus no fue asesinado por uno de sus hombres? Tráigame esa bala y convertiré su deseo en realidad. Voy a hacerle otra oferta: entrégueme aquélla y si sus agentes no quedan totalmente libres de la acusación citada en el plazo de un mes, le daré las credenciales. Le advierto que no voy a necesitar el mes; ni siquiera una semana precisaré.

Wragg abrió mucho los ojos.

—¿Me devolverá usted las credenciales?

—Sí.

—¿Cómo va a lograr su propósito?

i —Desenmascarando al criminal.

Diciéndole a usted, por lo menos, lo necesario para que se convenza de que sus hombres son inocentes... Vamos, que no cometieron ese crimen.

—Me ha hecho una oferta. ¿Qué garantías me da de que va a cumplir lo prometido?

—Tiene usted mi palabra de honor.

—¿Qué vale su palabra?

—Más que la suya. Mucho más, si hemos de creer todo lo que en este libro se dice. No conocerá usted a ningún hombre que pueda asegurar que he faltado a mi palabra.

Wragg se desentendió de aquel ataque.

—¿Cuándo desea que le entregue la bala... si es que efectivamente la tengo?

—No lo sé. Es probable que hoy mismo, un poco más tarde. O mañana. Quiero que me la dé personalmente.

» —Siempre que obre en mi poder —Wragg se puso de pie—. He de pensármelo. No le prometo nada. Yo...

—Recuérdelo: ha de cesar la vigilancia sobre mi cliente y esta casa.

—Sí. Bueno, quiero decir... Usted ya sabe lo que quiero decir —Wragg echó a andar, deteniéndose en seguida para volver la cabeza—. ¿Se quedará aquí todo el día?

—Sí. Si quiere telefonar, le advierto que nuestra línea se halla intervenida.

El hombre no pensó que aquello resultaba chocante. Creo que era una de esas personas que no encuentran nada divertido. Mientras lo seguía al vestíbulo y sostenía su gabán y tendíale el sombrero me ignoró a conciencia. Nada más cerrar la puerta a su espalda, vi que nuestra cliente penetraba en el despacho. Saúl le pisaba los talones. Decidí no casarme con ella. En aquella ocasión debía haberme esperado para que le sirviese de escolta.

En el despacho me encontré con todo un cuadro. La señora Bruner y Saúl se

habían colocado cada uno a un lado de Wolfe, quien permanecía recostado en su sillón, con los ojos cerrados. La escena era curiosa y yo me detuve en la puerta para saborearla a placer. Medio minuto. Un minuto. Ya estaba bien, puesto que ella tenía cosas que hacer. Al cuarto, inquirí:

—¿Pudo oírlo bien todo, señora Bruner?

Wolfe abrió los ojos.

Sin contestarme, la mujer dijo:

—Es usted un hombre extraordinario. Verdaderamente extraordinario. La verdad es que no pensé que fuese capaz de hacerlo... ¿Hay algo imposible para usted?

Nero se irguió en su asiento.

—Sí, señora. Lo hay. Jamás podré poner un poco de sentido común dentro del cerebro de un necio. Lo he intentado, sin embargo. Podría mencionar otros casos similares. Ahora comprenderá por qué era necesaria su presencia. En su carta se especificaba: «...de ser obtenido el resultado que yo deseo». ¿Se da usted por satisfecha?

—Naturalmente que me doy por satisfecha. ¡Esto es increíble!

—A mí mismo, créame, me parece extraño haberme salido con la mía. Por favor, siéntese. He de decirle algo.

—Ya me lo figuro.

La señora Bruner ocupó el sillón.

Saúl se sentó en una silla y yo me acomodé detrás de mi mesa.

—¿Cuál fue la trampa que montó usted? —quiso saber ella.

Wolfe movió la cabeza a un lado y a otro.

—No se trata de eso. Tales detalles se los daré a conocer más tarde. El señor Goodwin, por otro lado, podrá satisfacer su curiosidad cuando lo desee. He de comunicarle no lo que se ha hecho, sino lo que va a hacerse. Es usted mi cliente y debo protegerla. ¿Hasta dónde alcanza su discreción?

Ella frunció el ceño.

—¿Por qué he de contestar a esa pregunta?

—Contéstela sin más, por favor.

¿Hasta qué punto es usted discreta?

¿Puede confiársele un secreto?

—Sí.

Wolfe me miró.

—¿Archie?

¡Vaya! Tenía que ser yo quien se colocara en un aprieto. Bueno, ¿qué pasaría ahora si cambiara nuevamente de opinión decidiendo casarme con ella?

—Creo que sé hacia dónde se encamina usted...

—Claro que lo sabe —Wolfe miró a la señora Bruner—. Pretendo evitarle un mal momento... Es probable que la policía se presente en su despacho. Irá

en busca de su secretaria, para interrogarla en relación con un crimen cometido por ella. Esto último es casi seguro.

Wolfe se llevó una buena sorpresa. Nuestra cliente no abrió la boca. Se quedó inmóvil. Sencillamente se quedó sin habla.



—*Casi seguro*, he dicho —insistió

Wolfe—. Pero este *casi* es sumamente endeble. Víctima de ese crimen fue Morris Althaus. El señor Goodwin le facilitará también los detalles de este hecho. Ahora vamos a pasarlos por alto. Los dejaremos para cuando la situación sea cosa resuelta. Por mi parte, hubiera preferido incluso silenciar el episodio. Ya lo he dicho: en fin de cuentas es usted mi cliente y le debo protección. Deseo hacerle una sugerencia.

—No puedo creerlo. Deseo conocer todos los detalles posibles ahora mismo.

—Pues no pienso facilitárselos — Wolfe era seco—. He pasado una semana de prueba, con sus días y sus noches. Si usted hace difícil esta

conversación yo acabaré abandonando el despacho. Usted saldrá de esta casa, seguramente, para ir en busca de la señorita Dacos y querrá que conteste a unas preguntas. La joven se sentirá alarmada y huirá... Cuando la policía logre localizarla la someterán a un interrogatorio en regla, igual que a usted. Serán preguntas corteses, ciertamente, pero en gran cantidad. ¿Le gusta tal perspectiva?

—No.

—¿Pero usted me cree capaz de formular una acusación tan grave sin la menor base?

—No.

—Entonces, le haré la sugerencia —

Wolfe echó un vistazo al reloj de pared. Eran las doce y cinco minutos—. ¿A qué hora come la señorita Dacos?

—Depende. Come allí, en la habitación en que habitualmente desayuna, alrededor de la una.

—El señor Panzer la acompañará. Dígale que ha decidido decorar de nuevo el despacho, que lo va a pintar, a plastificar... algo por el estilo. Añada que no va a necesitarla más por esta semana. El señor Panzer iniciará inmediatamente los preparativos. La señorita Dacos, su secretaria, terminará siendo detenida. Ahora bien, no es lo mismo que la policía la saque de su casa, ya arrestada. No puedo querer eso

para mi cliente... ¿Ha comprendido, señora?

—Sí.

—¿Verdad que se llevaría una desagradable sorpresa si, cuando menos lo espera, hiciese acto de presencia en su despacho la policía con el propósito de llevarse detenida a su secretaria?

—En efecto.

—Pues déme las gracias por evitarle una ingrata escena. Ya veo que no está usted de humor, que de momento no se siente precisamente en una disposición idónea para agradecer nada. ¿Quiere que el señor Panzer la acompañe en su coche o prefiere reunirse con él después? Podrían cambiar impresiones por el

camino. El señor Panzer no es ningún necio.

La señora Bruner fijó su mirada en mí y luego en el rostro de Wolfe.

—¿No podría venir el señor Goodwin? —preguntó.

Wolfe respondió con una negativa. El señor Goodwin tenía algunas cosas que hacer todavía. La pobre mujer tuvo que arreglárselas con Saúl.

Este fue a buscar su abrigo a la habitación delantera y la ayudó a ponérselo. Admito que en aquellos instantes sentí una especie de punzada dentro de mí. Cuando estuviesen a la altura de la calle Setenta y Cuatro la señora Bruner comenzaría a apreciar a

su acompañante. No queriendo que me mirasen como a un intruso, me abstuve de pasar al vestíbulo con ellos.

Cuando oímos el golpe de la puerta al cerrarse, Wolfe inclinó la cabeza a un lado, diciéndome:

—Diga usted algo, hombre.

—¿Y qué quiere que le diga? ¿Algún camelo, quizá? Un tipo que yo conozco, llamado Birnbaum, recurre a ellos cuando pretende demostrar que no tiene prejuicios.

—Muy satisfactorio todo, Goodwin.

—Esto, lo otro y lo de más allá.

—Nuestro teléfono se halla todavía intervenido. ¿Verá usted al señor Cramer antes de la comida del mediodía?

—Será mejor que lo vea después. Se encontrará de mejor humor entonces. Obtener la orden de arresto será cosa de una hora, poco más o poco menos.

—Muy bien. Sin embargo, no...
¿Qué hay, Fred?

Fred Durkin, en la puerta del despacho, anunció:

—Esa gente quiere el desayuno.

14

El despacho del inspector que está al frente de la Brigada de Investigación Criminal del Sur, en la calle Veinte Oeste, no es, en realidad, una ruina, pero tampoco podría figurar en una exposición. El linóleo del piso está desgastado; los bordes de la mesa de Cramer se han redondeado con el tiempo... Yo nunca había llegado a ver allí las ventanas limpias, ni las sillas sin polvo, unas sillas (todas, con la excepción de la del inspector), de corte

clásico, construidas con una madera muy dura.

En el instante de dejarme caer en una de ellas, cosa que ocurría a las dos y treinta y cinco minutos, Cramer me dijo secamente:

—Le indiqué a usted la conveniencia de que no viniera por aquí, que no telefonara...

Contesté que sí con la cabeza varias veces, aclarando:

—Ahora ya no hay inconveniente alguno en que nos veamos. El señor Wolfe...

—A ver, a ver...

—El señor Wolfe se ha ganado los cien mil dólares más los honorarios que

se fijen.

—¡Bah! Ilusiones. ¿Quiere usted darme a entender que ha logrado que el FBI dejara en paz a la señora Bruner?

—Sí. Pero nosotros no hemos cumplimentado su orden. Nosotros...

—Yo no di ninguna orden.

— ¡Oh! Bien. Hemos averiguado que no fue un agente secreto federal el autor de la muerte de Morris Althaus. Creemos haber descubierto al culpable. Sabemos también cómo puede ser demostrado lo que afirmamos. No voy a explicarle ahora de qué procedimiento nos valimos para apretarles las tuercas a los del FBI. No he venido aquí por eso. El señor Wolfe pasará un buen rato

contándoselo más adelante, cuando usted lo crea oportuno y estoy seguro de que disfrutará lo suyo con su relato. Es una de las jugarretas más memorables de su carrera y dio resultado. Aquí he venido a hablar de un homicidio.

—Pues hable.

Metí la mano derecha en uno de los bolsillos interiores de la americana, del que extraje una cosa...

—Dudo de que haya visto esto antes de ahora. Uno o varios de sus hombres, sin embargo, han tenido esta foto en sus manos. Se hallaba en un cajón, dentro del dormitorio de Althaus. Su madre me dio las llaves del apartamento, de manera que no podrá us: ec acusarme de

haber entrado ilegalmente en una vivienda privada. Fíjese en el reverso.

Cramer dio la vuelta a la cartulina, leyendo la poesía.

—Estos cuatro versos han sido escritos imitando a Keats, en su poema «Oda a una urna griega». La imitación es bastante inteligente. La escritura es de la señorita Sarah Dacos, la secretaria de la señora Bruner, quien vive en la calle Sesenta y Tres Arbor, segundo piso, debajo del apartamento de Morris Althaus. ¿Por qué lo sé? La señora Bruner me procuró textos redactados por su secretaria... Aquí los tiene —extraje de otro bolsillo unos papeles, que puse en las manos de mi interlocutor—. A

propósito... Vio a tres agentes federales en el instante en que abandonaban la casa. Desde su ventana. Recuérdele cuando trabaje este caso...

—¿Y cuál va a ser mi punto de partida? ¿Esto? —inquirió Cramer tocando con un gesto de impaciencia la fotografía.

—No. Mi objetivo principal al venir aquí era el deseo de concertar con usted una apuesta. Un dólar contra cincuenta a que si usted se procura una orden de registro y lleva a cabo una detenida inspección del apartamento de la joven logrará hacerse con algo que ha de tener en mucha consideración. Cuanto antes mejor, inspector Cramer. Eso es todo

por ahora —añadí poniéndome de pie.

—¿Qué diablos va a ser todo? —el color rojo de la cara del policía se había intensado—. Siéntese. Voy a partir de usted para comenzar a trabajar. ¿Qué es lo que vamos a encontrar? ¿Cuándo lo puso usted allí?

—Escuche usted, inspector... Como ya sabe, cuando trata conmigo es como si estuviese tratando con el señor Wolfe. Le consta, además, que yo siempre me atengo a las instrucciones que me dan. De momento, he terminado. No pienso pronunciar una sola palabra más. Perderá su tiempo si empieza a chillar... Hágase con la orden de registro y utilícela. Si encuentra algo en el

apartamento, el señor Wolfe tendrá mucho gusto en conversar con usted sobre su hallazgo.

—Primeramente, hablaremos nosotros dos. Va usted a quedarse aquí.

—No me quedaré. A menos que sea detenido, claro —me dolía aquello, de verdad—. Por el amor de Dios, Cramer, ¿qué quiere más? Lleva casi dos meses intentando aclarar el caso... ¡Piense que nosotros se lo hemos resuelto en una semana!

Di la vuelta, saliendo del despacho. Me dije que alguien me pararía, allí o en la plañía baja, nada más salir del ascensor. Pero el gigante que estaba de guardia en el vestíbulo, que me conocía

de vista, se limitó a saludarme con un perezoso movimiento de cabeza, no muy cordial, pero sí casi humano.

No me entretuve ni un momento.

Crucé la Sexta Avenida, encaminándome hacia el sur. Todo se hallaba en orden en la casa de fachada color pardo rojizo. Ashley Jarvis y Dale Kirby habían hecho los honores a un copioso desayuno, tras el cual, habiendo cobrado cada uno sus mil dólares, tal como quedara concertado, se marcharon. Fred y Orrie habían percibido los honorarios correspondientes a sus dos días con sus noches de trabajo, abandonando la casa también. Saúl se encontraba en el despacho de la señora

Bruner, dispuesto a tomar las medidas necesarias para pintar o plastificar lo que fuese, a gusto de nuestra cliente. Wolfe, desde luego, tenía que estar leyendo algún libro, ciertamente no, *El FBI que nadie conoce*, entre otras cosas porque lo conocía ya, a tres o cuatro de sus miembros, por lo menos. A las cuatro subiría a sus invernaderos, volviendo así a la rutina cotidiana. Puesto que no tengo la costumbre de dormir la siesta, ni siquiera cuando ando falto de sueño, pensé que lo mejor era que diera un paseo. Eso hice.

Me detuve frente al número 63 de la calle Arbor. Llevaba encima unas llaves... Me metí en la entrada y subí

hasta el apartamento que había sido de Morris Althaus. Incluyo esto en el presente relato no por el hecho de que el episodio cambiara algo, sino porque recuerdo perfectamente cuál era mi actitud mental.

Habían transcurrido cincuenta y tres horas desde el instante en que yo escondiera el arma entre los muelles del diván. Es decir, había pasado un período de tiempo más que suficiente para que una muchacha inteligente pudiera descubrir una docena de pistolas para, a continuación, guardarlas donde se le antojase, en cualquier parte. Si aquélla no estaba en su sitio Wolfe y yo nos habríamos delatado, puesto que yo había

hablado ya con Cramer. Este sabía muy bien que Nero no me habría enviado a verle de abrigar tan sólo una sospecha, de haber tenido únicamente una corazonada. Le constaba que los dos estábamos seguros de que en aquel apartamento había algo importante y si la desaparición del arma era un hecho nosotros estaríamos en evidencia. Podía pensar que yo había realizado juegos malabares con una prueba decisiva, si le hubiese hablado concretamente de la pistola; silenciando su existencia me exponía a cosas peores... Entonces, ¡adiós a nuestras licencias de detectives privados!

Es posible que el lector no sienta el

menor interés por mi actitud mental. No era ése mi caso en aquellos momentos, de verdad. Ya frente a una de las ventanas del apartamento de Althaus, eché a un lado la cortina, apoyando la frente en el cristal, de forma que pudiera ver la acera, a mis pies. Eso fue una torpeza. Perfectamente. Hay disposiciones de ánimo que le llevan a uno a cometer las máximas tonterías. Eran las tres y veinticinco minutos. Hacía solamente treinta y cinco que me había separado de Cramer. Este tardaría una hora, aproximadamente, en conseguir la orden de registro. Así pues, ¿qué era lo que esperaba ver allí? El cristal estaba muy frío y aparté la frente

unos centímetros. Pero me encontraba nervioso y volvía a apoyarla en el vidrio una y otra vez.

Al cabo de un rato de espera distinguí a alguien...

Sarah Dacos apareció en la acera. Llevaba debajo de un brazo una gran bolsa de papel color marrón. Dirigióse hacia la entrada del edificio. Faltaban entonces diez minutos para las cuatro. La visión de la figura de la joven no me sirvió precisamente de alivio. Nada tenía yo contra Sarah Dacos. Desde luego, tampoco abrigaba algún especial sentimiento favorable a ella. Una mujer capaz de atravesar el pecho de un hombre con una bala, puede o no

merecer alguna simpatía... Lo que no ha de esperar es que un desconocido cambie de rumbo si se interpone en su camino cuando él está llevando a cabo un trabajo.



Aguzando el oído percibí el ruido de

la puerta de su piso al abrirse y cerrarse.

A las cuatro y cuarto dos coches de la policía se detuvieron delante del edificio. Reconocí a tres agentes de la Brigada de Investigación Criminal. Dirigiéndose en seguida a la entrada que llevaba el número 63. Uno de ellos, el sargento Purley Stebbins, estaba pensando en mí, probablemente, en el instante de apretar el botón del timbre. No hay nada que le siente peor que vernos a Wolfe y a mí trabajando en el mismo caso que ellos. Y el hombre estaba allí en virtud de una intervención personal de Archie Goodwin, un servidor... Me habría gustado salir al

pasillo para escuchar la conversación con Sarah Dacos cuando le mostrara la orden de registro. Me abstuve de proceder así, sin embargo. El sargento podía advertir mi presencia y el incidente retrasaría la gestión.

No necesitaron más de diez minutos para encontrar el arma. Los policías penetraron en el apartamento a las cuatro y veintiún minutos. A esta hora oí el ruido de la puerta al cerrarse. Purley dejó la casa en compañía de la muchacha a las cuatro y cuarenta y tres... Le doy doce minutos para hacerle unas cuantas preguntas a la chica tras el hallazgo. Desde la ventana los vi subir a uno de los automóviles. El coche

arrancó y yo me alejé de mi observatorio y me senté en el diván. Como se la habían llevado, la pregunta acerca del arma quedó contestada. Permanecí sentado durante unos minutos, mientras ajustaba mi actitud mental a la realidad.

Cogí sombrero y abrigo y salí de allí. Delante de la casa todavía quedaba un coche de la policía neoyorquina. Esperaba a los dos agentes que se encontraban aún en el apartamento. Quizá me conociera el conductor del vehículo. Bueno, ¿y qué? Yo no había llegado a identificarlo desde la ventana. Al deslizarme junto al automóvil me miró atentamente. Tal vez sólo porque

había salido de aquel edificio...

Me dirigí a casa. Eran poco más de las cinco cuando entraba en ella. Ya había oscurecido. Penetré en la cocina, donde me bebí un vaso de leche. Inquirí, mirando a Fritz:

—¿Te ha dicho que hemos dejado de ser vigilados?

—No.

Fritz inspeccionaba atentamente unas zanahorias.

—Pues es una realidad. Ya puedes decir lo que se te antoje por teléfono. Ya estás en condiciones de reanudar tus contactos con las amiguitas de siempre. Si alguna persona desconocida se dirige a ti, procede como gustes. ¿Quieres que

te dé un consejo?

—Sí.

—Pídele aumento de sueldo. Es lo que yo voy a hacer. A propósito... No te he preguntado por la cena de anoche. ¿Quedó satisfecha esa gente?

Fritz me miró atentamente.

—Es mejor que no aludamos a esa jornada, que fue terrible. *Epouvantable*. Mentalmente, estaba aquí con ustedes. No sé lo que les hice; ignoro qué se les sirvió. Me gustaría olvidar el episodio, si eso fuese posible.

—Hewitt nos contó por teléfono que terminaron poniéndose de pie para obsequiarte con unos cálidos aplausos.

—Ciertamente. Todos se mostraron

muy corteses. Pero me consta que no puse trufas en el *Périgourdine*.

—¡Dios santo! ¿Qué dices? Me alegra mucho no haber estado allí. De acuerdo. Olvidaremos el episodio. ¿Puedo coger una zanahoria? Con la leche resultan riquísimas.

Fritz asintió y yo me serví a gusto.

Me encontraba frente a mi mesa de trabajo, extendiendo cheques para pagar unas facturas cuando Wolfe bajó, procedente de las habitaciones de las plantas. Aunque no me lo había dicho, yo sabía que había pasado unas cuantas horas desasosegado y mientras se sentaba, levanté la cabeza para decirle:

—Tranquilícese. Los policías dieron

con el arma.

—¿Cómo se ha enterado de eso?

Le di explicaciones, que inicié con el detalle de mi conversación con Cramer y terminé con las palabras que intercambiara con Fritz. Me preguntó si me habían facilitado un recibo a cambio de la fotografía.

—No. Cramer no estaba en condiciones de firmar recibos. Le dije que Morris Althaus no había sido asesinado por ningún agente federal y eso es algo que tenía que dolerle.

—Indudablemente. ¿Se encontrará ahora el señor Wragg en su despacho?

—Puede.

—Llámele entonces.

Me volví para coger el teléfono. Apenas había empezado a marcar el número de Wragg cuando sonó el timbre de la puerta. Colgué el micro y me trasladé al vestíbulo para echar un vistazo...

—Ya puede usted pedirle el recibo, señor Wolfe —dije volviendo el rostro hacia el despacho.

Nero hizo una inspiración profunda.

—¿Ha venido solo?

Contesté afirmativamente y procedí a abrir la puerta. No. Cramer no me traía ningún *cartón* de leche. No tuvo nada para mí. Ni siquiera un leve movimiento de cabeza, a modo de saludo. Nada más poner en mis manos su abrigo se dirigió

hacia el despacho. Al entrar yo en éste lo vi sentado en el sillón rojo. Hablaba... Oí el final de su discurso:

—...y yo hubiera debido saber mejor a qué atenerme. Bien. Motivos no me faltan para haber esperado eso —su mirada se posó en mí al tomar yo asiento—. ¿De dónde sacó usted el arma y cuándo la colocó allí?

—¡Maldita sea! —gruñó Wolfe—. No debiera haber venido por aquí todavía. Hubiera debido esperar, hasta sentirse a tono con las circunstancias. Llame al señor Wragg, Archie.

Cuando Cramer está irritado no es fácil contenerlo. Este fue, sin embargo, el milagro que obró el apellido de

Wragg. No lo vi apretar las mandíbulas mirando centelleante a Wolfe. Como le daba la espalda, supuse que había adoptado tal actitud. Marqué el LE 5-7700. Me imaginé que debería tener paciencia para ponerme al habla con la «cumbre». Nada de eso. Por lo visto, Wragg había mandado conceder derecho de prioridad a las llamadas de Nero Wolfe. Buena señal. A los pocos segundos escuchaba la voz ya conocida de Wragg. También Wolfe, que había descolgado su teléfono. Seguí con atención el diálogo.

—¿Wolfe?

—Sí. ¿El señor Wragg?

—En efecto.

—Espero recibir la bala de que hablamos. Ahora. De acuerdo con lo convenido. Traiga su bala y yo le entregaré las credenciales de sus hombres en el plazo de un mes si no se da por satisfecho. Creo que las tendrá antes, mucho antes.

No hubo vacilación.

—Voy para allá.

—¿Ahora mismo?

—Sí.

Cuando colgamos, Wolfe me preguntó:

—¿Cuánto puede tardar?

Contesté que veinte minutos o menos, puesto que Wragg no tenía que echarse a la calle en busca de un taxi.

Mi jefe se volvió hacia Cramer.

—Dentro de veinte minutos se presentará en este despacho el señor Wragg. Le sugiero...

—¿El Wragg del FBI?

—Sí. Le sugiero que aplace su violento ataque hasta el momento de su llegada. Entretanto, describiré una operación que ha arribado a su término. Le dije al señor Wragg que al respecto no formularía declaraciones en público. Pero usted no es el público y dado que la hizo posible le debo eso. Para tratar con él, sin embargo, no me irá mal que conteste a un par de preguntas. ¿Fue hallada alguna arma en el apartamento de la señorita Dacos?

—Claro que sí. Le he preguntado a Goodwin cuándo la puso allí... Por cierto todavía no me ha respondido.

—Después, después... Una vez hayamos terminado con el señor Wragg. ¿Era ésa el arma cuyas características se detallaban en el permiso que poseía Morris Althaus?

—Sí.

—Tal hecho simplificará las cosas en grado sumo. Vayamos ahora a la operación a que he aludido...

Wolfe la describió. Y sus relatos o informes son casi tan buenos como los míos... Incluso mejores. No había por qué dejar de mencionar el apellido Hewitt, ya que el FBI conocía todos los

detalles, que mi jefe tampoco omitió. Cuando Wolfe llegó a la escena del despacho, con los dos agentes federales rodeados de armas, mientras él dejaba caer en el fondo de un cajón las credenciales, vi algo que yo no había visto nunca, algo que, probablemente, no volveré a ver jamás: una franca sonrisa en los labios del inspector Cramer. Sonrisa que prodigó al explicarle Nero su conversación con Wragg por la mañana, en el transcurso de la cual había llegado a decirle al agente federal que la palabra de Nero Wolfe valía más que la suya. Estaba pensando que Cramer, de puro contento, acabaría levantándose para darle a mi jefe unas

palmaditas cariñosas en la espalda cuando sonó el timbre de la puerta.

Ya anoté que Wragg se quedó enormemente sorprendido cuando Wolfe le pidió que le llevara la bala homicida. Bien. Su asombro de entonces no fue nada comparado con el que experimentó al entrar en el despacho y ver a Cramer. Yo me hallaba a su espalda y no podía, por tanto, observar su rostro, pero descubrí que se ponía rígido y apretaba los puños. Cramer, de pie, adelantó la mano derecha... Apresuróse a retirarla, sin embargo.

Mientras le acercaba una silla a Wragg, éste se dirigió a Wolfe en los siguientes términos:

—¿Su palabra mejor que la mía?
¡Canalla!

—Tome asiento —replicó Wolfe, pacientemente—. No sé si mi palabra será mejor o no, a su juicio, pero lo cierto es que tengo más sustancia gris —añadió Nero, tocándose la cabeza—. Antes de juzgar una situación pretendo comprenderla. El señor Cramer...

—Hay cosas muy fuera de lugar aquí.

—¡Bah! Yo no le considero un necio, Wragg. El señor Cramer lamenta haber llegado a suponer que uno de sus agentes pudiera convertirse en un asesino. Si usted se sienta, si se conduce como es debido, es posible que el propio señor

Cramer le hable en los términos en que yo acabo de hacerlo.

—De excusas, ni hablar —gruñó Cramer, volviendo la cabeza, como si hubiese querido asegurarse de que todo continuaba en el mismo sitio—. Quien retiene una información...

Wolfe replicó, ásperamente:

—Por ahí no, caballeros. Si ustedes desean reñir elijan otro escenario más adecuado que éste. Yo quiero resolver una situación y no enmarañarla. Adopte un tono más comedido, señor Wragg. Comience por sentarse.

—Resolverla... ¿cómo?

—Siéntese y se lo explicaré.

Se negaba a obedecer. Wragg miró a

Cramer. Luego, sus ojos se posaron en mí. Parecía un general inspeccionando el campo de batalla, preocupado por sus flancos. Lo hizo a disgusto, pero al final se sentó.

Wolfe le mostró las palmas de sus manos en un expresivo gesto.

—En realidad, la situación no es nada complicada. Todos queremos lo mismo. Yo aspiro a desembarazarme de una obligación. Usted, señor Wragg, pretende que quede bien claro la inocencia de sus hombres en cuanto al crimen. Usted, señor Cramer, desea identificar y detener a la persona que asesinó a Morris Althaus. La solución no puede ser más sencilla. Usted, señor

Wragg, va a dar al señor Cramer la bala que lleva en el bolsillo, dándole a conocer su procedencia. Usted, señor Cramer, comparará el proyectil con el correspondiente al arma encontrada en el apartamento de Sarah Dacos. Tal trámite, unido a la prueba que, indudablemente, sus hombres se están procurando ahora, lo dejará solventado todo. No hay que...

—Yo no he dicho que llevara una bala encima...

—Tonterías. Le aconsejo que sea razonable, señor Wragg. El señor Cramer tiene buenos motivos para suponer que usted conserva una pieza esencial, como prueba relativa a un

homicidio cometido dentro de su jurisdicción. De acuerdo con las leyes vigentes en la actualidad en el estado de Nueva York, él puede registrarle, aquí, ahora mismo, para hacerse con dicha prueba. ¿Es correcta mi apreciación, señor Cramer?

—Sí.

—Sin embargo —añadió Wolfe, dirigiéndose a Wragg—, no habrá necesidad de dar ese paso. Usted es un hombre inteligente. Evidentemente, al entregar al señor Cramer la bala no hará más que defender sus intereses y los de su Bureau.

— ¡Bah! —exclamó Wragg—, Y luego, uno de mis hombres sube al

estrado de los testigos y declara bajo juramento que estuvo en ese apartamento, donde cogió el proyectil con que se cometió el crimen, ¿eh?

Wolfe movió la cabeza.

—No. De veras que no. Usted da al señor Cramer su palabra de honor, aquí, privadamente, de que tal es la procedencia de la bala y entonces uno de sus hombres sube al estrado de los testigos para declarar que la encontró en el apartamento. De esta manera...

—Mis agentes no son perjuros — manifestó Cramer.

—Bueno, bueno. Esta conversación no está siendo registrada en cinta magnetofónica, señores. Si el señor

Wragg le entrega a usted, Cramer, una bala y afirma que fue hallada en el suelo, dentro del apartamento de Morris Althaus, alrededor de las once de la noche del viernes, día veinte de noviembre, ¿le creerá?

—Sí.

—Pues ahórrese suposiciones y...

—Es posible que no todo sean suposiciones —medió Wragg—. Es posible que suba al estrado de los testigos él mismo para explicar cómo se procuró la bala. A renglón seguido sería llamado yo.

Wolfe hizo un gesto afirmativo.

—Cierto. Cabe esa posibilidad. Pero no va a darse. En absoluto. Si

Cramer obrara de tal modo, también yo subiría al estrado, y el señor Goodwin... ¿Qué pasaría entonces? Simplemente: que el público se enteraría de que el asesinato ha sido aclarado tras ocho largas e inútiles semanas de tentativas realizadas por la policía y el fiscal del distrito. No. Cramer no reaccionará así.

—Me la ha jugado usted, Wolfe — rugió Cramer—. Los dos.

Mi jefe echó un vistazo al reloj.

—Caballeros: yo como a una hora fija y ésta ha quedado un poco atrás. He dicho, por otro lado, todo lo que tenía que decir, y me he liberado de mi obligación. ¿Quieren dejar

definitivamente arreglado el problema y pasar a otra cosa o insisten, con terquedad digna de mejor causa, en mantenerlo en pie?

Wragg miró a Cramer.

—¿Ve usted algo malo o inconveniente en ello?

El policía y el agente federal se observaron mutuamente.

—No —respondió Cramer.

—¿Tiene usted al arma?

—Sí.

Wragg metió la mano derecha en un bolsillo de su americana, extrayendo del mismo un pequeño frasco de plástico. Se levantó, dando un paso.

—Esta bala —declaró— fue

encontrada en el piso del apartamento de Morris Althaus, dentro del cuarto de estar, alrededor de las once de la noche del viernes veinte de noviembre. Ya es suya. No la he visto nunca.

Cramer también se puso de pie. Quitó el tapón del frasco e hizo caer el proyectil en la palma de su mano. Procedió a inspeccionarlo detenidamente y volvió a meterlo en el menudo recipiente.

—Tiene usted mucha razón al afirmar que esta bala es mía —murmuró.

15

Tres noches después, el lunes, alrededor de las siete, Wolfe y yo nos encontrábamos en el despacho, discutiendo cierto punto relativo al detalle de los gastos que habíamos de facturar a la señora Bruner. Admito que era un punto de menor importancia, pero se trataba en realidad de una cuestión de principios. El afirmaba que lo justo era incluir la comida del Rusterman, basándose en que allí se nos servía considerando los favores que había

hecho y continuaba haciendo al restaurante. Allí, pues, no había nada gratis. Yo me oponía a sus argumentos alegando que los favores de otros tiempos ya pertenecían al pasado y que los más recientes serían debidamente recompensados.



—Mire, señor Wolfe —agregué—,

voy a advertirle que si usted amplía los honorarios hasta el máximo (digamos que en otros cien mil dólares), no dispondrá todavía de lo necesario para tirar alegremente todo el año. Por los días del Trabajo o de Acción de Gracias, a lo más se verá obligado a hacerse cargo de cualquier caso criminal. Desde luego, convengo en que hay que hacerse hasta con el último centavo, pero tenga en cuenta que la señora Bruner ha sido una cliente maravillosa. Por eso es preciso tener alguna consideración con ella, lo que significaría indirectamente, tenerla conmigo, por si me decido a casarme con ella. Aparte de usted, se enfrenta

con muchos otros gastos, a los que hay que añadir otro nuevo: va a contratar los servicios de un abogado de gran categoría, quien defenderá a Sarah Dacos ante el tribunal que ha de juzgarla. Hay que tener corazón, señor Wolfe.

—Como usted sabe, Sarah Dacos ha confesado.

—Razón de más para contratar a un buen abogado.

Sonó el timbre de la puerta. Me levanté y me dirigí al vestíbulo. Desde éste vi una persona con la que no había hablado nunca, pero cuya fotografía ha aparecido un sinfín de veces en los periódicos. Retrocedí, anunciando:

—Vaya, vaya. El pez gordo.

Wolfe frunció el ceño y, levantándose, hizo algo que no hace nunca. Fue en busca mía. Nos quedamos uno al lado del otro, mirando... El visitante apoyó un dedo en el botón del timbre y éste sonó de nuevo.

—No hay cita concertada —dije—. ¿Lo llevo a la habitación delantera para que espere un poco?

—No. No tengo nada que decirle. Déjele apretar ese botón hasta que le duela el dedo.

Nero Wolfe regresó a su mesa.

Entré en el despacho.

—Es probable que haya venido aquí desde Washington con el exclusivo

propósito de verle a usted. ¡Qué honor!

—¡Bah! Acérquese, a ver si acabamos con esto.

Volví a sentarme en mi sillón.

—Como le decía: quizá ponga en su conocimiento, privadamente...

El timbre de la puerta volvió a sonar.

Rex Stout

Rex Stout nació en 1886. Para demostrar que no es necesaria la acción en la novela de misterio, creó la figura del hombre-máquina de pensar: Nero Wolfe, el detective que nació a la vida literaria en 1934 y en seguida logró eclipsar a su creador. Wolfe pesa 140 kilos, sólo mantiene discusiones acaloradas con su cocinero francés, no permite que nada ni nadie altere el horario ni turbe la paz de sus comidas, y dedica cuatro horas diarias a su

colección de orquídeas exóticas. En los ratos que le dejan libres la buena mesa y los invernaderos, se ocupa de su profesión: soluciona los problemas sin moverse de su casa, ver a los sospechosos ni examinar las pruebas: le basta con unir en su prodigiosa cabeza los elementos que estaban dispersos en los informes de sus ayudantes.